

Selecta

Fabiola Arellano

La casa de
los naranjos



La casa de los naranjos

Fabiola Arellano

Selecta

Índice

[La casa de los naranjos](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

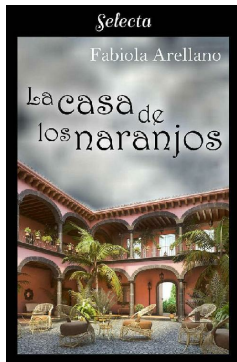
[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre Fabiola Arellano](#)

El miedo es cristal líquido que entra por los ojos, se cuela por las venas, te desgarras las entrañas y activa tu cerebro en modo ficción.



La vida de Julia, una mujer de treinta y tantos, se complica de la noche a la mañana. Descubrir que es adoptada, enfrentar la muerte de los que creía sus padres y enterarse de que se ha convertido en heredera de una tía que, hasta entonces, desconocía la tiene desbordada.

La Camelia es la finca que ha heredado de su difunta tía, Amelia. A primera vista parece una casa antigua igual a cualquier otra, pero en ella se combinan los componentes de la fórmula letal. Casa vieja + sacerdote + historias de pueblo = modo pánico activado.

La mente es poderosa y suele jugar nos malas pasadas, tal y como lo descubrirá Julia a lo largo de su paso por La casa de los naranjos.

En la tétrica casona hay algo que solo ella puede desvelar; los secretos de la respetable familia de la Rentería, los mismos que los habitantes, harán todo lo posible por mantener ocultos.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A la luz de mi vida,

Gina y Andrea.

A mi muso personal,

Roberto Orlando.

Soldados enramados custodian los secretos de los habitantes que cada tanto mudan de piel. Al anochecer, esos indolentes testigos susurran a los grillos, con su ilusorio perfume de naranja y azahar, las culpas compartidas. Al despuntar el alba se contemplan impávidos ante el viejo espejo que cambia de marco según la estación; algunas veces se cubre de musgo y fango; otras, de sol y lluvia. También viste de hojas ocres que, al llegar el frío, presumen impoluta escarcha, preparándose así, elegantes y orgullosos, para las fiestas que nunca celebran.

Asoman por las roídas ranuras de los escondrijos rumores de rezos añejos, sus voces no eximen ni liberan, solo aprisionan las cenizas de los que no pueden marcharse.

«Si entender los designios de la vida es difícil, lo es aún más aceptarlos. Nadie, en su paso terrenal, está exento a las “lecciones por aprender”. Más de una vez se pone a prueba nuestra resistencia llevándonos a drásticos extremos. Somos consecuencia de actos y decisiones, un tanto de esto y un poco de aquello, con la constante de que, mientras las asignaturas pendientes no sean aprobadas, estamos condenados a repetir».

Capítulo I

La tía Amelia

La verdadera historia se lleva escrita en la sangre.

—**B**uenos días, señorita, mi nombre es Julia Ibáñez; busco al licenciado Ortiz, él está esperándome.

—Tome asiento, por favor; por ahora el licenciado está ocupado, pero en cuanto termine la recibirá.

Y es así como Julia terminó sentada en la vieja pero formal sala de espera en un despacho de abogados.

«Qué manera tan espectacular de celebrar un cumpleaños», pensó irritada al tiempo que observaba todo a su alrededor, incluida la mujer que, detrás de su escritorio y con aire ausente, tecleaba sin parar como si no hubiera nadie más.

Una señora de edad avanzada la miraba fijamente desde el otro extremo, lo cual le puso los nervios de punta. Revolvió las revistas que estaban colocadas sobre una mesa, se decidió por una de temas fiscales y la hojeó sin real interés; esperaba con ello mantener la mente ocupada, sin embargo, no funcionó, le resultó imposible dejar de pensar en lo patética que era su existencia.

«Justo hoy cumplo 32 años y, en lugar de estar en una fiesta salvaje llena de chicos, música y alcohol, aguardo sentada en una sala de espera de un despacho de cuarta, por un abogado de tercera. Encima tengo que soportar la

mirada inquisidora de una mujer mayor que no me quita el ojo de encima, y la de un niño que me observa como si fuera un proyecto de laboratorio del cual tiene que investigar a fondo para sacar buenas notas. En definitiva, ¡algo estoy haciendo mal!».

La espera por el abogado que, al parecer, tenía las respuestas tan buscadas por ella estaba resultando exasperante. Harta de morderse las uñas hasta casi sangrar, no sabía qué más hacer para calmar los nervios. Por enésima vez miró el reloj de pared y resopló al percatarse de que solo habían pasado un par de minutos desde el último vistazo que le dio.

Su mente era un revoltijo de dudas y porqués. Desde que supo que era adoptada, su sentido de pertenencia, al cual todo ser humano tiene derecho, quedó hecho añicos. Cuando los que creía sus padres se negaron a darle cualquier indicio que pudiera orientarla sobre su origen, los cimientos de su vida se desmoronaron. En un instante y tras una absurda discusión, el eje sobre el cual giraba su mundo se tambaleó, provocando terribles tempestades que causaron daños irreparables y cambiaron para siempre la faz de lo que, ilusamente, había considerado suyo.

Sabía que era ingenua al tener la esperanza de que las respuestas a sus dudas estuvieran en manos del licenciado Ortiz, pero no podía evitarlo.

Hundida en sus pensamientos trataba de asimilar los acontecimientos de la última semana. Reconoció que todo le parecía muy extraño. De forma frenética retorció las manos sobre su regazo para calmar un poco la ansiedad al tiempo que, una vez más, repasaba los hechos.

Una mañana cualquiera estaba en su aburrido trabajo de auxiliar contable, metida en la claustrofóbica oficina sin ventanas ni iluminación natural que fungía como su prisión personal de nueve a cinco, de lunes a viernes.

Sentada en el destartalado escritorio y aporreando el teclado de una computadora tan lenta como una abuela cerca de cumplir el centenario, se

lamentaba de su vida tan rutinaria y carente de emociones. De pronto sonó el teléfono, dudó unos instantes antes de responder porque supuso que se trataba del pesado de su jefe, que de seguro tenía una queja más sobre su desempeño, el cual no podía ser más eficiente, aun así, el solemne señor Ramírez siempre se las ingeniaba para encontrar fallos donde no los había. Descolgó el auricular de mala gana y respondió con un seco *¿sí?*.

Asombrada recibió la llamada que cambiaría el rumbo de su vida; un tal licenciado Ortiz, que decía ser el representante legal de la señorita Amelia De la Rentería; su tía, de la cual Julia no tenía ni la más remota idea de que existiera.

—Como lo oye, la señorita Amelia De la Rentería era tía abuela de su madre biológica. —le había confirmado el litigante.

—¿Qué? ¿Cómo está seguro de que soy la persona que está buscando?

—Porque tengo en mi poder la documentación legal del trámite de su adopción. Es usted Julia Ibáñez, que fue adoptada por Heriberto Ibáñez y Claudia Plascencia, el día...

—Sí, en definitiva, esa soy yo —había interrumpido al abogado convencida de que ese hombre decía la verdad—. Comprenderá que estoy conmocionada, apenas hace unas semanas que enterré a mis padres y ahora me llama usted para decirme que una tal Amelia De la no sé qué me ha nombrado su única heredera.

—Pase, señorita Ibáñez, el licenciado está esperándola —la amable voz de la recepcionista la sacó de sus cavilaciones volviéndola de tajo al presente.

En silencio colocó la revista junto a las otras, admitió que unos minutos más en compañía de esos dos voyeristas, los impuestos y las nuevas leyes fiscales, así como sus funestos pensamientos acabarían poniendo su cordura en serio peligro y, más aún, porque ya no tenía más uñas que morder.

Se puso de pie con la firme intención de seguir a la secretaria. Al pasar junto a la mujer mayor, esta la tomó del brazo y con voz casi espectral dijo: «La salida no siempre es por la puerta».

En cuanto la huesuda mano la tocó, un estremecimiento la recorrió entera. No quiso ahondar en lo sucedido porque le pareció tétrico y tampoco estaba dispuesta a permitir que el pánico se apoderara de ella. Prefirió pensar que esa mujer era una loca más de esas que abundan en las calles. Sin decir palabra mostró una sonrisa falsa y de manera suave se soltó del agarre.

—Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta.

Siguió a la recepcionista a través de varias puertas hasta que esta se detuvo frente a una al final del largo pasillo.

—Es aquí.

—Gracias, señorita. —Julia llamó con los nudillos.

—Adelante —sonó la misma voz que había escuchado por teléfono unos días atrás.

Con el estómago encogido y en revolución por los nervios, Julia entró.

Un hombre de estatura baja, abultado abdomen y evidente falta de cabello la observaba atento detrás de un escritorio un tanto desgastado, al tiempo que le obsequiaba una cálida sonrisa de bienvenida.

—Señorita Ibáñez, ¿cómo está usted? Tome asiento, por favor. Si me permite, antes de partir a mostrarle la propiedad de la cual le hablé, tengo que leerle el testamento de su tía y aclarar algunas cláusulas.

Con los nervios a flor de piel, Julia tomó asiento en la silla que el hombre señaló. Sin perder tiempo le soltó una sucesión de preguntas sobre su origen, pero el litigante no fue capaz de resolver sus dudas.

—Siento no poder serle de gran ayuda, trabajé para la señorita Amelia

durante años y nunca me comentó nada sobre usted. Fue un par de semanas antes de su fallecimiento que me mandó llamar y pidió que redactásemos su último testamento, entonces mostró los papeles de la adopción y su verdadera acta de nacimiento como prueba del parentesco.

El licenciado hablaba sin parar sobre los pormenores de su última visita a la señorita Amelia, pero no decía nada relevante. En cuestión de instantes, comenzó con la lectura de la última voluntad de la fallecida.

No se mencionaba otros herederos ni parientes, por lo que Julia comprendió que, aparte de ella, no quedaba otro ser vivo con la sangre De la Rentería en las venas.

—¿Está diciéndome que no puedo hacer uso del dinero porque está en un fideicomiso?

—Así es. Véalo por el lado bueno; el plazo está por vencer.

—¿Y eso en cuanto tiempo será?

—Seis meses.

—¿Qué? ¿Por qué no lo mencionó cuando hablamos por teléfono?

«¿Por qué cuando la fortuna parece sonreírme siempre debe haber un “pero”?». Disgustada, vislumbró cómo sus planes se desmoronaban. Comprendió que el comprar, con parte de su finiquito, un pase de abordaje en uno de esos cruceros que van por todo el caribe, sin antes cerciorarse de los términos de la herencia, no había sido buena idea.

Nunca fue de carácter impulsivo y comenzar a serlo, después de los treinta y con una herencia en proceso, era una pésima decisión, como había podido constatar en ese momento.

Reconoció que el precipitarse y dejarse llevar por la fantasía que llevaba años arraigada en su cabeza, aquella en que tomaba unas vacaciones en un romántico crucero, conocer personas interesantes mientras bebía todo el

tiempo cocteles de esos exóticos, de colores llamativos que se ven en las películas hollywoodenses, le había pasado factura.

Tendría que rogar a la agencia de viajes para que le dieran una nueva fecha y tener que pagar la penalización correspondiente por el cambio.

Con los labios apretados y el ceño fruncido, respiró hondo para tratar de apaciguar la rabia que amenazaba con salir a la superficie. «Tranquila, Julia, solo tendrás que posponer un poco tus planes. No es el fin del mundo».

«¿Que no es el fin del mundo? —cuestionó irónica su voz interna—. Chica, te apresuraste a renunciar a tu trabajo y, no conforme con eso, también dejaste el cuchitril al que llamabas casa, sin antes cerciorarte de nada».

La perspectiva de tener que esperar a echar mano del bendito dinero de la herencia hasta dentro de seis meses, porque a la senil dama se le había ocurrido ponerlo en un fideicomiso a plazo, la llenó de frustración.

No tenía trabajo ni dinero ni casa. «¿Qué has hecho, Julia?», se recriminó al recordar cómo, segura de que al día siguiente sería millonaria, había despilfarrado su finiquito y sus ahorros.

El abogado seguía leyendo el documento; Julia se percató de que se había perdido las dos últimas cláusulas por lo que le pidió que las repitiera.

—Como ya le dije, tiene que hacerse cargo de los gatos de su difunta tía.

—¿Qué? —parpadeó confusa—. ¿Gatos?

—Sí, su tía tenía unos cuantos —desvió la mirada.

—¿Qué tanto son «unos cuantos»? —preguntó temerosa de la respuesta.

—Ciento dos.

—¿¡Ciento dos!? ¿Qué voy a hacer con tanto animal?

—Hay una cláusula más —comentó el litigante que revolvía los papeles con aire ausente, como si lo que acababa de decir no hubiera dejado noqueada

a su interlocutora—. Tiene que permanecer en la casa al menos un año. En caso de que usted fallezca y no exista otro De la Rentería, es decir, un hijo suyo, o no se cumpla con el plazo estipulado, todo, tanto la propiedad como los felinos y el fideicomiso, pasarían a manos del padre José Martínez o el sucesor de él, para beneficio de los internos del orfanato.

—¿Padre José? ¿Quién es ese hombre?

—Un sacerdote del pueblo donde vivía su tía; el buen hombre está abocado a rescatar niños y jóvenes de las calles. Su tía era una de sus máximos benefactores. De hecho, si yo no la hubiera encontrado, la sucesión había sido inmediata.

—¿Está diciéndome que, si usted no me hubiera contactado, a estas alturas la casa de la tía ya sería un orfanato?

—Algo, así, pero no se preocupe, mientras usted no incumpla con las cláusulas, muera repentinamente o renuncie a su derecho legal, todo seguirá siendo como su tía deseaba.

—Espero que eso nunca suceda, digo, lo de morirme de forma repentina, no porque le desee mal al padre y sus niños —aclaró, nerviosa—, es solo que, aunque no tengo prisa por casarme, me gustaría conservar el patrimonio que dejó la tía. Es lo único que me liga a mis raíces y al pasado del cual provengo.

—La señorita Amelia quería que usted tuviera contacto con su verdadero origen o algo así, incluso expresó su deseo de que el último De la Rentería habitara la casa, por ello la cláusula sobre el plazo de un año.

—¿En verdad? ¿Ella quería que yo...?

—Sí, eso le hacía mucha ilusión, decía que siempre tenía que haber un De la Rentería para mantener el equilibrio. Si le soy honesto, no sé a qué se refería, pero así era ella de —hizo una pausa como buscando la palabra adecuada—, misteriosa —concluyó.

Incrédula, Julia levantó la ceja. «Esa vieja estaba más chiflada de lo que creí, no solo me obliga a mantener sus cien gatos, sino también quería que yo viva en un escondrijo apartado de la mano de Dios. ¿Qué más sigue?», se cuestionó al tiempo que intentaba asimilar lo dicho por el abogado.

Angustiada, se preguntó qué haría ella, una chica de ciudad, metida en una casa de pueblo y rodeada de tantos animales mientras se liberaba el dinero y se cumplía el plazo para poder salir de su prisión obligada. No pudo ni quiso disimular la ira que comenzaba a bullir dentro de ella.

—¿Podría hablarme un poco más de la casa pueblerina de mi tía? —pidió.

—Técnicamente la propiedad no está en el pueblo, sino a las afueras. Le recuerdo que no está obligada a habitar la casa, puede renunciar a ese derecho cuando quiera —agregó el litigante.

«¿Y dejarle el camino libre al dichoso padrecito? ¡Ni muerta!».

—¿Puede adelantarme algo del dinero?

—No. Por desgracia no me es posible. En verdad siento no poder ayudarla, señorita Ibáñez. —Colocó frente a ella un legajo de papeles—. Necesito que me firme estos formatos.

—¿Qué es esto? —Comenzó a hojear los documentos.

—Es para el banco; requieren su firma para los trámites del fideicomiso, pero el dinero se liberará en el término estipulado —aclaró—. Quizá podríamos hacer solicitud para un préstamo que se cobre en automático cuando las restricciones para su herencia terminen.

—Se lo agradeceré en el alma, licenciado. Sé que no es de su incumbencia, pero —sintió las mejillas arder—, estoy desempleada y ayer finiquité con mi casero; debo reconocer que no quedé en muy buenos términos con él, así que el préstamo me vendrá bien. —Nerviosa, tragó saliva—. ¿Cree que pueda instalarme en la casa cuanto antes?

—Admito que la propiedad no está en su mejor momento, pero creo que es habitable. Su tía vivió allí hasta el último instante.

—Cuando dice «habitable», ¿a qué se refiere exactamente? —Lo miró con desconfianza.

—No creo que tenga problema alguno en instalarse, si eso es lo que le preocupa.

Algo en la expresión del abogado hizo que Julia pusiera en duda sus últimas palabras.

—¿Entonces? ¿Podría ser hoy mismo?

—Lo siento, tengo citas agendadas que no me es posible cancelar, pero mañana la llevaré, tal y como habíamos quedado.

—Está bien, veré cómo me las arreglo por esta noche.

«No te quejes, Julia, te precipitaste y ahora no tienes ni dónde dormir. Agradece que al menos cuentas con esa propiedad, sea donde sea que esté ese tal pueblo».

—Vivir fuera de la ciudad no es tan malo como parece, señorita Ibáñez, podría tomárselo como unas vacaciones —sugirió el abogado con una sonrisa.

«¿Vacaciones? Sí, seguro; serían las vacaciones de terror, ¿o de qué otro modo se le podría llamar a vivir a las afueras de un pueblucho, sin las comodidades propias de la ciudad y, sobre todo, sin wifi», pensó mientras se despedía del litigante.

Con sus pocas pertenencias resguardadas en el maletero y en el asiento trasero de su viejo auto, se marchó del despacho sin rumbo fijo.

«Ojalá no todo esté perdido. Quizá, y por una vez en mi vida, la suerte decida sonreírme y la tarjeta pase el cobro de una noche en un hotel de paso, aunque sea uno de esos de los que llaman “de mala muerte”, sin que la

rechacen».

Llegó hasta uno que no estaba tan retirado del despacho y, cuando su tarjeta pasó el cobro sin ningún problema, en silencio, dio gracias al cielo.

Al llegar a la habitación que le asignaron, cerró a cal y canto puertas y ventanas. Sabía que era un tanto paranoica, pero no en balde había visto tantas películas hollywoodenses de asesinatos en esa clase de lugares.

Como lo temía, pasó pésima noche; ante cada ruido o sonido, se sobresaltaba. Fue ya entrada la madrugada cuando el cansancio le pasó factura y pudo quedarse dormida.

A la mañana siguiente, su carcacha de auto no quiso arrancar y batalló las mil guerras para encenderlo. Quince minutos más tarde de la hora acordada, se presentó en el despacho del abogado.

Después de firmar otra tanda de papeles, el litigante la llevó al que sería su nuevo hogar.

Atenta a no perder de vista el auto del licenciado, apenas si pudo poner atención al pueblo que pasaron antes de tomar un nuevo camino de terracería, el cual parecía interminable.

—Señorita Ibáñez, hemos llegado.

Ni siquiera fue consciente de en qué momento el abogado bajó de su vehículo para acercarse al de ella.

—Mmm. Oh, disculpe usted, estaba un tanto distraída.

—No se preocupe —movió las manos como restándole importancia—, supongo que es difícil asimilar tantas noticias en tan poco tiempo. ¿No es así? —Sonrió amable, le extendió la mano y la ayudó a salir del auto.

—No es eso, es solo que esperaba otra cosa, no... esto. —Señaló.

En efecto, el hombre tenía razón, vaya que era difícil asimilar que la casa

de su tía era todo menos espectacular. Cuando su vista se adecuó a la brillante luz del sol de mediodía, pudo ver el panorama, el cual, por cierto, era aterrador.

Sintió un desagradable escalofrío recorrerle la espalda. La decepción se instaló en sus células, aunque con rapidez fue remplazada por ira, y una vez más se cuestionó cómo pudo ser tan estúpida al precipitarse tanto en la última semana.

Envalentonada por la noticia de su inesperada herencia, Julia se había dado el lujo de aventarle el trabajo en la cara a su jefe y de cantarle unas cuantas verdades a su casero.

En ese momento, de pie frente al viejo caserón, comprendió que no había marcha atrás. Regresar a la patética oficina de auxiliar contable estaba descartado, y qué decir de volver al cuchitril, que no se podía llamar casa, en el cual habitó hasta un par de días atrás.

«Qué irónica es la vida», pensó mientras recordaba las dos noches que pasó en el hotel cinco estrellas, dándose la gran vida con el dinero de su liquidación. Se había atrevido a pedir champaña y fresas confitadas en chocolate, mientras una masajista personal mimaba su tenso cuerpo, todo esto atendida a que al día siguiente tomaría posesión de una preciosa hacienda y una gran fortuna. Darse de bruces con la cruel realidad no era la mejor forma de iniciar «una nueva vida».

Hierbajos silvestres se apoderaron de lo que en algún tiempo fue un jardín; apenas si se podía transitar por el caminito de lozas color bermellón que llevaba a la entrada de la casa, la cual debió tener paredes blancas, las mismas que habían visto tiempos mejores.

Todo en general estaba en condiciones deplorables. Las amplias ventanas con sus respectivas rejillas de herrería fina, que en su momento debieron ser muy bonitas, estaban llenas de óxido y enredaderas silvestres.

—¿Cuánto lleva deshabitada? —preguntó al licenciado al tiempo que sentía cómo sus planes de algún día vender la propiedad y poder darse una vida desahogada se iban por el retrete.

—¿Eh?, ah, sí, se refiere a la casa, ¿verdad? Qué tonto soy —balbuceó nervioso—. Si recuerda, el día que la contacté le informé que su tía murió hace aproximadamente tres semanas.

—¿Ella vivió aquí? ¿Así? —Señaló la casa que, a su percepción, era inhabitable. El hombre asintió—. ¡Dios! Mi tía debió estar más loca de lo que creí. ¿Y pretende que yo viva aquí? ¿En estas condiciones? —repitió el gesto.

—Es lo que hay, señorita Ibáñez, tómelo o déjelo, así de simple. Ahora que —se rascó el mentón— puede utilizar el fideicomiso para arreglarla.

—¿Qué? ¿Habla en serio? Se me iría todo el dinero en ello y aun así nunca lograría adecentar esta... casa.

—Que las apariencias no la engañen. Sí, la casa necesita una buena inversión, pero la finca lo vale. Piénselo, con lo que hay en el fideicomiso alcanza suficiente para, como dice, adecentarla y devolverle algo de su antiguo esplendor; porque sepa usted que esta propiedad fue una de las más productivas e importantes de la región. ¡Tiene tanta historia!

—No me diga.

—La familia De la Rentería fue pieza clave en la fundación del pueblo. ¿Lo recuerda? Pasamos por allí hace como quince minutos.

Julia no quiso admitir en voz alta que no se había percatado casi de nada a excepción de la pobre «tiendita de abarrotes».

—Si dicha familia ha sido tan importante y aristócrata, ¿por qué mi tía, teniendo tanto dinero, permitió que la finca decayera de este modo?

—Su tía era una persona, ¿cómo decirlo? —hizo una pausa, como buscando la palabra adecuada—: «compleja» —dijo al fin—. No gustaba

mucho de este lugar, sin embargo, nunca salió de aquí. ¿Sabe? Esa mujer era un misterio viviente. En fin —soltó el aire como si lo dicho careciera de relevancia—, como le decía, el señor Genaro De la Rentería y Corcuera, su tataratatarabuelo, fue regidor por muchos años y pionero en el comercio de la zona. Gracias a él y a sus excelentes relaciones con altos funcionarios estatales, se asentó un pueblo en lo que antes era una tierra sin nada. Se dice que era un hombre de armas tomar y muy respetado. Esta propiedad es una joya, algo descuidada, pero cuenta con más valor de lo que aparenta a primera vista; incluso se habla de un tesoro enterrado...

El hombre hablaba sin parar del tal don Genaro, sin embargo, Julia había dejado de ponerle atención hasta que escuchó la palabra «tesoro».

—¿Un tesoro?

—Es solo un mito que cuenta la gente de las inmediaciones, pero no haga caso, son solo chismes de viejos que no tienen nada mejor que hacer.

Julia, una vez más, recorrió con la mirada la fachada colonial de la casa y pensó que, a pesar de las condiciones, estaba mejor que el cuarto que le rentaba al abusivo de su casero.

«Pensándolo fríamente no suena tan descabellada la propuesta del abogado». Decidió que, con el dinero que había dejado su tía, bien podría darle una manita de gato a la finca, así, al momento de venderla —porque era un hecho que la vendería— esta se cotizaría más cara, de lo contrario le pagarían una miseria. Debía aprovechar el auge por las haciendas viejas que estaba tan de moda.

Analizó con ojo crítico y se obligó a usar la imaginación, no le fue difícil visualizar la belleza y esplendor que la propiedad debió tener en sus años buenos. Había mucho que resaltar: el pórtico lleno de arcos con su barandilla de cantera y la bella estructura de la escalinata, la construcción estilo colonial de paredes blancas y ventanas enrejadas, las amplias extensiones de jardines,

el lago...

Al volver la vista hacía él, contempló como el sol se reflejaba en el agua, concediéndole el aspecto de miles de cristales brillantes sobre un manto de terciopelo parduzco. El lago era hermoso, tenía un encanto especial, el cual parecía llamarla.

«Sí, en definitiva, tengo que hacerle las reparaciones necesarias si quiero un trato de compraventa decente», decidió mientras repasaba con la vista todo a su alrededor. «Una vez vendida la finca, podré multiplicar con creces el dinero invertido». Sonrió complacida. «¿Qué tanto son doce meses? ¿Qué podría cambiar en ese tiempo?». Más animada siguió al abogado a la puerta principal de la casona.

Capítulo II

Desilusión a la vista

Los ojos son mentirosos y fáciles de engañar.

El abogado, con mano temblorosa, colocó la llave en la cerradura. La puerta doble de madera labrada opuso algo de resistencia, sin embargo, terminó cediendo. Al abrirse, un desagradable olor a viejo y humedad impregnó el ambiente.

—Será mejor que esperemos un momento para entrar, hay que dejar que se airee un poco —señaló el hombre un tanto apenado.

—Sí, tiene razón, este olor añejo es insoportable —respondió Julia mientras con una mano tapaba su nariz, bajó unos cuantos escalones y se alejó del porche.

Cuando el abogado por fin se decidió a entrar, la joven se encontró ante un recibidor en penumbras. Tenía puertas a la izquierda y derecha, así como una doble al frente; esta era de madera y tenía tres tramos de vidrios a cada lado, que al parecer daba a una especie de patio central pues, a pesar del grueso cortinaje, se colaba un tenue halo de luz a través de los sucios cristales.

Sin perder tiempo la abrió y ante sus ojos apareció la asombrosa visión de un enorme patio de lozas marrones, el cual tenía una fuente de cantera rosa en el centro, que, de seguro, en sus buenos tiempos fue preciosa. Los regordetes querubines revoloteaban alrededor de una hermosa dama que vertía el agua desde un cantarito. No le fue difícil imaginarla luciendo todo su esplendor y

magia, por eso decidió que le pediría al arquitecto encargado de las reformas que restaurara los rostros mutilados y la adornase con luces para dar un mejor efecto.

Al fondo había una preciosa escalera que a partir del centro se dividía en dos; a pesar de su deterioro, daba un aspecto de opulencia y buen gusto. Desde el exterior no se podía apreciar lo grande que era la casona. Tenía dos pisos; toda la planta alta contaba con un corredor perimetral que rodeaba el patio central. La barandilla, al igual que la escalera, las columnas talladas y los arcos entre estas eran de cantera rosa.

«En definitiva, la construcción parece ser la de una hacienda colonial del tiempo del virreinato». Apenada reconoció que no sabía mucho de historia, pero sí recordaba las clases en el colegio sobre los tiempos de los terratenientes y sus impresionantes haciendas.

De pronto se despertó en ella la curiosidad de saber un poco más sobre sus orígenes, de conocer acerca de las personas que vivieron en ese lugar antes que ella, de las cuales llevaba su sangre y que, hasta antes de que el licenciado Ortiz la contactara, ignoraba por completo que tuvieran relación con ella. Una repentina sensación de pertenencia se apoderó de su ser.

«¡Dios! ¿Qué rayos me pasa? Nunca en mi vida había estado en este lugar, sin embargo, a pesar de ser del todo desconocido, al mismo tiempo parece no serlo. Es como si una parte de mí reconociera que por fin ha regresado a casa».

Las emociones que experimentaba desataron en ella miles de inquietantes preguntas; la principal era: «¿Por qué, habiendo tanto dinero en la familia, sus antepasados dejaron perder el valor y esplendor de la propiedad? Si Don Genaro de la Rentería era tan importante, ¿por qué no se hablaba de él en los libros de historia regional?».

—Señorita, será mejor que nos demos prisa en recorrer la casa, la luz del

día no durará mucho y tengo entendido que la instalación eléctrica es deficiente, de hecho, su tía prefería usar velas o lámparas de aceite —explicó impaciente el licenciado.

—¿Está diciéndome que no hay luz eléctrica? Esto es el colmo, ¿cómo pude vivir una persona así? —rezongó molesta mientras lo seguía.

Si otras fueran las circunstancias, el abogado sería el candidato perfecto para el premio al *tour* más rápido de la historia, pues en solo quince minutos recorrió la enorme casona. Informó a grandes rasgos lo que él consideraba debía saber, incluida cuál era la habitación que había ocupado la tía Amelia.

«Debo reconocer que la casa tiene potencial, pero eso no me tranquiliza. Si ya el hecho de vivir en el campo, alejada de los Starbucks y de los centros comerciales, es un martirio, hacerlo sin las comodidades básicas hará mi estancia insoportable. Eso sin contar que a cada paso que doy aparece un gato de un color o pelaje distinto. ¡Perfecto! ¡Viva mi nueva vida!». Ironizó.

—Quiero que mañana a primera hora mande a un arquitecto y a un señor de esos que arreglan todo. No pienso vivir alumbrándome eternamente con velas. No mientras esté aquí —pidió Julia esforzándose por no perder la compostura.

—Sí, señorita, lo que usted ordene. Tengo un conocido que es perfecto para el trabajo, me pondré en contacto con él a la brevedad. —alegó el hombre mientras retorció sus manos con evidente nerviosismo al tiempo que miraba hacia la puerta principal, como si analizara una posible ruta de escape.

—¿Hay algo importante que deba saber, licenciado Ortiz? —lo cuestionó la joven ante su actitud extraña.

—¿Eh? No, no. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque desde que puso la llave en la cerradura actúa usted como un lunático con delirio de persecución; pareciera como si la casa fuera a devorarlo.

Aunque la intención de la chica era bromear a costa del litigante, lo que no esperaba era la repentina palidez que cubrió el rostro del hombre.

—Yo... es solo que... ¡Rayos! ¡Es que esta casa me da miedo! De hecho, su tía me causaba calosfríos. Era una mujer muy extraña, hablaba de cosas sin sentido; siempre repetía algo sobre un sello y otras tonterías más sobre, ¿cómo los llamaba? Ah, sí, los habitantes.

—No estará diciéndome que cree usted en aparecidos y todas esas cosas, ¿verdad?

—Sí, usted también debería. Como ya le dije, esta casa tiene historia y hasta donde sé, no toda es feliz.

—Le agradezco el consejo, pero, como verá, estoy bien.

El abogado caminó fuera de la casa y se dirigió al auto de la joven para ayudarla a bajar la maleta y sus cosas. Una vez descargado todo, el hombre se despidió.

—Gracias por todo, licenciado. ¡Ah!, una cosa más, por favor, envíeme en calidad de urgente una mucama.

—Sí, señorita, como usted ordene. Cualquier cosa ya tiene mi teléfono, ¿verdad? —Julia asintió, sin decir más estrechó la mano del licenciado; este arrancó y se fue como alma que lleva el diablo.

La chica se quedó fuera unos minutos más, no se cansaba de contemplar el impávido espejo en que se había convertido el lago. Cuando regresó al interior, se detuvo frente a la fuente.

—Y bien, ¿qué haré en mis nuevos dominios?, ¿tú por dónde me aconsejas que empiece? —preguntó al pequeño querubín de cantera que parecía mirarla con atención.

Un gato de color perlado se restregó en sus botas, lo cual la hizo saltar.

Julia no se consideraba muy amante de los animales, pero los gatos, en especial, no eran la mascota que hubiera elegido y, por azares del destino, de la noche a la mañana tenía un centenar de ellos mirándola con sus felinos ojos, como si esperaran algo de ella, lo cual le ponía los nervios de punta.

Hizo de todo cuanto se le ocurrió para espantar al animal, pero sus patéticos esfuerzos fueron inútiles, el gato parecía empeñado en que lo acariciara. Decidió darle gusto con la esperanza de que así la dejaría en paz; grave error, pues no volvió a quitárselo de encima.

—Tú te llamarás Plegoste, supongo que imaginas por qué, ¿no? —El gato comenzó a ronronear en sus brazos y se acurrucó en su pecho—. Perfecto, por lo visto la locura viene de familia, pues ya comencé a hablar con los gatos. — La ironía era un aspecto de su personalidad que no conocía o, al menos, no la había utilizado antes.

Se sorprendió al notar que pasar la mano sobre el pelaje del felino le gustaba, nunca esperó que se sintiera tan bien; era suave y le producía una sensación de calma.

Pasó a revisar la caja de los fusibles y subió la pastilla de la instalación eléctrica.

—No sé por qué el licenciado dijo que había problemas con la luz, todo parece funcionar bien —rezongó indignada ante lo que consideró una exageración.

Recordó las últimas conversaciones con el hombre y la sospecha sobre si el abogado estaría pensando en asustarla se asentó en su cabeza. Repasó los hechos desde que llegaron a la finca y cada vez estaba más convencida de que esa era su intención, pero ¿con qué fin? El único que saldría beneficiado con su partida o que algo le sucediera era el tal padre José. ¿Qué tendría que ver el licenciado con el padre? ¿Se pondrían de acuerdo para despojarla?

«Vamos Julia, estás siendo paranoica, es obvio que no. Deja de crearte

novelas en tu cabeza y mejor ponte en acción. Ahora sí puedes recorrer la casa a tus anchas».

Satisfecha con su monólogo mental, comenzó por el recibidor; quitó las mantas que cubrían los muebles y para su sorpresa se deleitó con lo que la amarillenta tela escondía: un par de banquitas estilo Luis XV y una coqueta de dos cajones. La sombra en la pared indicaba que esta iba a juego con un espejo, pero este no estaba, al menos, no ahí.

Las banquitas estaban algo deterioradas, nada que un buen tapicero no pudiera solucionar. En cuanto a la madera, un adecuado ebanista la dejaría como nueva.

Abrió la puerta de la derecha, que, según comentó el licenciado, era un salón de recreo en el que la familia solía reunirse a disfrutar de tertulias amenizadas por piezas tocadas en el clavicordio y un poco de canto por parte de las damas, o quizá para jugar a las cartas. En ocasiones especiales, fungía como salón de baile.

Recordó las palabras del litigante:

«Aunque no lo crea, en esta sala estuvo el mismísimo Maximiliano de Habsburgo».

Retiró varias mantas más y con gran regocijo descubrió que, en efecto, entre todos los muebles estaba el mencionado instrumento musical situado en una de las esquinas. El mueble la enamoró nada más verlo, al grado que decidió conservarlo.

A pesar de no saber nada de música, pudo notar que el instrumento necesitaba una buena afinada. Incapaz de contenerse, pasó los dedos por las teclas.

Una vez más, ese extraño sentimiento de pertenencia se apoderó de ella; era como si de pronto supiera cómo tocarlo, lo cual era imposible.

Sacudió la cabeza para desechar esos absurdos pensamientos. Un tanto asustada por las emociones que la embargaban, lo cubrió con la manta como si de esa manera pudiera esconder lo que provocaba en ella.

Regresó al recibidor; en esta ocasión abrió la puerta de la izquierda, esta daba paso a lo que, supuso, fue la sala de estar o de té.

Amontonados en una esquina y cubiertos por mantas, estaban los muebles. Los fue destapando uno a uno. Los sillones principales eran exquisitos, también estilo clásico, la tela estaba raída por el tiempo y los arañazos de los gatos, pero Julia estaba segura de que un buen trabajo de tapicería y carpintería le devolvería su antiguo valor a todo.

Las mesillas a juego y las lámparas eran una verdadera joya. Después de analizarlas, pensó en la posibilidad de buscar a una de esas personas que se encargaban de restaurar cosas antiguas. No sabía explicar por qué, pero quería que todo quedara lo más parecido al original, algo dentro de sí no deseaba cambiar nada.

Al ser una persona obsesiva por el orden, estuvo a punto de arrastrar los muebles y devolverlos a su lugar, aunque no tenía ni idea de cuál era. Estaba decidida a limpiar y sacudir cuando cayó en la cuenta de que no tenía caso; en breve comenzarían con las obras de restauración, porque ese era el plan, así que solo sería perder el tiempo, pues habría que amontonarlos y taparlos otra vez para protegerlos del ajetreo. Casi podía ver a los albañiles entrar y salir, llenando de polvo y enjarres todo a su alrededor.

«No, en definitiva, lo mejor es que esto se quede como está hasta hablar con el arquitecto», se dijo para obligarse a dejar todo en su sitio.

—¡Cielos!, estos muebles bien renovados deben valer una fortuna — murmuró al momento en que sentía cómo el amor por su nueva casa la invadía al imaginarse los ceros que podría agregar al precio de la venta. Y, si el cliente no la quería amueblada, bien podría realizar una subasta.

Regresó al recibidor y tropezó con una de las bolsas que el licenciado tuvo la amabilidad en dejarle. En ellas había algo de despensa y víveres que compraron de camino. Tomó todas de una vez y se dirigió a la cocina.

Encontrarla no fue tan difícil, solo había que cruzar el patio central y abrir la última puerta de la derecha en el pasillo que daba a unas puertas dobles que, según comentó el abogado, llevaba a un camino empedrado que conducía a un jardín tipo inglés, los huertos de naranjos, y daba un rodeo hasta el lago.

Un rápido vistazo al exterior a través de los mugrientos cristales le confirmó sus sospechas: del mencionado jardín de ensueño, solo quedaban hierbajos salvajes apoderándose de todo, apenas si se veía un poco de una banquita de herrería.

Decepcionada, soltó un resignado suspiro al comprender que esa casa ocupaba más dinero y trabajo del que supuso en un inicio. ¿Y si no conseguía quién la comprara al precio que pretendía? ¿Y si invertía todo su dinero en vano?

Las dudas cobraron más sentido cuando encendió la luz de la cocina; esta necesitaba una remodelación total, pues era un verdadero asco. Los fogones antiguos estaban llenos de carbón.

«¿Qué? ¿Acaso mi tía cocinaba con leña?». Al borde de la histeria, se acercó a la estufa de gas. Aliviada, comprobó que, aunque vieja, parecía funcionar bien.

No entendía el comportamiento de la difunta mujer. Se preguntó por qué, teniendo las comodidades de la época moderna, se empeñaba en vivir como en la era de las cavernas. Se dijo que quizá el licenciado Ortiz tenía razón y la señora Amelia estaba mal de la cabeza, aunque el hombre amablemente disfrazó la palabra «loca» al utilizar «compleja» para describirla.

¿Estaría esa misma demencia presente en ella o solo sería un caso senil por la edad de su tía? El hecho de ser adoptada y no saber nada de sus

antecedentes familiares la dejaba desarmada contra toda clase de especulaciones. ¿Y si la locura era una constante en la familia De la Rentería? Solo Dios sabía qué genes habitaban en ella.

Decidida a dejar para después sus dudas, se dispuso a seguir con el recorrido y aprovechar la luz natural, ya que la tarde estaba llegando a su fin.

Intentó abrir la puerta que daba a lo que fue el jardín tipo inglés y a los huertos. El licenciado le había dado un juego de llaves que pesaba horrores y contenía tantas que ya no recordaba cuál era para qué. Por varios minutos probó una y otra en la cerradura hasta que dio con la correcta. De un fuerte empujón lo logró, dio un salto mental por haber conseguido su objetivo, pero la euforia duro poco al percatarse de que la hierba hacía imposible el paso.

—¡Demonios! ¿Es que acaso nada en esta casa está en condiciones?

Recordó haber visto un machete colgado en una de las paredes de lo que en tiempos antiguos se denominaba «la cocina sucia», que era donde se mataba y preparaba a los animales para ser cocinados, así como todo tipo de conservas.

Sin perder tiempo se dirigió al lugar y unos minutos después estaba de regreso con el arma letal en la mano. Macheteada tras macheteada fue abriéndose paso hasta llegar a un claro, a partir de allí no había tanto hierbajo y el camino hacía el lago estaba despejado.

Tomó asiento en el embarcadero que, por ironías del destino, parecía estar en mejores condiciones que el resto de la propiedad.

No supo cuánto tiempo estuvo contemplando el paisaje, solo que, en un abrir y cerrar de ojos, ya era de noche. Pensó en que por fortuna había dejado las luces de la casa encendidas.

—¿Y tú? ¿qué haces aquí? —Levantó del suelo a Plegoste y lo acunó en su regazo—. Viniste para hacerme compañía y que no regrese sola a la casa, ¿eh? Chico listo, a mí no me engañas, solo me buscas porque sabes que ahora yo

soy quien te dará de comer.

En cuanto cruzó la puerta trasera, cerró con llave. Justo en ese momento fue consciente de que estaba sola en esa casona repleta de gatos. Como invocados, los animales se acercaron a ella ronroneando y pidiendo de comer.

Entro en la antecocina y sirvió el alimento para gatos que sacó del costal que el licenciado le había dado.

Los felinos corrieron a tomar posesión de los platos metálicos y comenzaron a comer como si llevaran semanas sin hacerlo, lo cual era muy probable.

De pronto las luces comenzaron a parpadear y, como por arte de magia, el ambiente se cargó de una extraña vibración. Los gatos se erizaron y comenzaron a bufar; un segundo después, la luz se fue por completo.

—¿Qué demonios...? —Recordó haber visto un generador de electricidad, de esos que funcionan con gasolina, en alguna parte del recorrido expés que le dio el licenciado—. Vamos, Julia, piensa, ¿dónde lo viste? —se cuestionó mientras se obligaba a pensar en más detalles—. ¡Eres un genio! —Se emocionó al visualizar en su mente el sitio exacto donde estaba segura que lo encontraría.

Pero antes tenía que conseguir una vela o algo para alumbrar el camino, porque, aunque la casa era suya, no la conocía.

Guiándose por la poca luz que entraba del exterior, se dirigió a la cocina y sacó de una de las alacenas una vela, así como una caja con cerillas. Su tía no tendría alimentos ni conservas en dicho mueble, pero, eso sí, contaba con una dotación de veladoras que bien podría durar varios años.

Sin perder más el tiempo, se dirigió al ático. Subir las escaleras al segundo piso y de ahí otro tramo, la obligó a respirar jadeante. Con mucha dificultad abrió la puerta, dentro reinaban las telarañas y el polvo. Estornudar fue inevitable.

Arrastró el oxidado aparato y lo conectó a la instalación según las instrucciones que le había dado el licenciado, quien, por cierto, era el dueño y lo había llevado allí después de la muerte de la señora Amelia, cuando hicieron el inventario de los bienes.

—¿Qué dijo respecto al combustible? —Se forzó a recordar—. Ah, ya. Un tanque de gasolina dura alrededor de ocho horas.

Con base en ello, echó el aditivo suficiente para que funcionara solo por un par; calculaba que con eso sería suficiente para cenar e irse a la cama.

—¡Y se hizo la luz! —exclamó orgullosa mientras maniobraba el apagador para encender la bombilla una y otra vez.

Capítulo III

La luz que no enciende

El enemigo no es la oscuridad, sino lo que en ella proyectan nuestros miedos.

Un tanto aturdida, Julia abrió los ojos; de pronto no reconoció el lugar donde se encontraba, ni el sonido que la arrancó de los brazos de Morfeo.

«Oh, sí, ya lo recuerdo, estoy en la habitación que perteneció a mi difunta tía Amelia, ya que esta es la única cama decente que encontré».

Adormilada, trató de encender la bombilla de la habitación y con enfado recordó que esta no funcionaba. Las palabras del licenciado resonaron en su cabeza: «Tengo entendido que la instalación eléctrica está algo defectuosa, por eso su tía prefería usar velas».

«¡Demonios!, ¿dónde rayos dejé la maldita vela?». Irritada, se levantó de la cama de latón y revolvió el cajón de la mesita de noche en busca de las cerillas. Entonces escuchó el mismo ruido que la despertó y sus sentidos se pusieron en modo «alerta».

En medio de la calma nocturna cualquier sonido se intensificaba en un mil por ciento. «Hay alguien más en casa», reflexionó llena de incertidumbre.

La paranoica que habitaba en ella amenazaba con salir de lleno a la superficie. Tomó unas cuantas respiraciones para tranquilizarse y no caer en la histeria. Por unos instantes analizó las posibles acciones que debería seguir; estar sola en una casona en medio de la nada, la convertía en presa fácil, por

lo que tenía que ser muy cautelosa.

Recordó haber visto una pistola en la sala de armas de Don Genaro; también estaban los rifles y escopetas con sus respectivas municiones, así como un par de espadas.

«¿Y? ¿De qué te sirve? No tienes ni la más remota idea de cómo utilizarlas, quizá solo terminarías dañándote», la traicionó su voz interior. «Eso sin contar con que el salón de armas está del otro lado de la casona y, si me arriesgo a ir para allá, con la luz de la vela, solo delataría mi presencia a los invasores y ni loca me animaría a ir a oscuras. Ya tengo los nervios de punta como para andar de aventurera en medio de la noche», caviló.

Plegoste se frotó contra sus pies recordándole su presencia; el terco gato se empeñó en dormir con ella en la cama y, como la soledad caló en la chica, se lo permitió.

Encendió la vela y con piernas temblorosas abandonó la habitación. Con sigilo avanzó por el pasillo. El sonido de los latidos de su corazón era ensordecedor y respirar con normalidad le parecía toda una misión imposible.

Al llegar a la escalera, un nuevo ruido la hizo saltar, solo que esta vez fue más intenso, como el de platos que caen y se quiebran.

«¡Dios! Están en la cocina. ¿Qué hago?». Una parte de ella le decía que se colara al salón de armas, tomara la escopeta y tirara al aire para espantarlos. La otra le gritaba: «Huye».

Estaba por descender el último tramo de escalones cuando la puerta principal fue azotada al cerrarse. Suaves risas y cuchicheos juveniles se escuchaban en el exterior.

«Tranquila, Julia, los fantasmas no necesitan usar las puertas». La mente de la joven funcionaba a mil revoluciones por minuto; en un momento estaba al borde del pánico y al siguiente, era la desconfianza quien reinaba.

Con paso vacilante se encaminó a la entrada principal; al salir, el aire frío de la noche le golpeó de lleno en el rostro refrescándole las ideas.

Lo que corría rumbo al lago no eran ni fantasmas ni asaltantes, sino una sarta de vándalos adolescentes que trepaban en un bote y remaban con dirección al lado contrario de la casa.

«El padre José está a cargo de un orfanato y del centro juvenil para chicos con problemas». Las palabras del abogado, así como su extraño comportamiento, no dejaban de rondarle en la cabeza.

Todo apuntaba a que el hombre había pretendido asustarla. La presencia de los jóvenes en medio de la noche haciendo ruidos por aquí y por allá ya no le parecía una coincidencia, sino un acto premeditado. ¿Quién saldría beneficiado si ella se moría de un susto? Obvio, el bendito padre José y sus «muchachos».

«Malditos desgraciados». Se imaginó a los vándalos haciendo de las suyas en la cocina y degustando las delicias enlatadas que le trajo del centro comercial, lo cual le provocó rabia.

—¿Conque quieren guerra? ¡Pues guerra tendrán! —Entró en la casa dando un estruendoso portazo.

Al día siguiente, lo primero que hizo Julia fue montar en su auto y marchar al pueblo. Se detuvo en la única tienda de abarrotes con la intención de comprar algunas cosas de uso personal.

—¿Es usted la sobrina de Amelia? —Un hombre de edad avanzada la detuvo al entrar.

—Sí, lo soy. —Mostró la mejor sonrisa de su repertorio.

—Hilario, Pedro, miren. Está señorita es la nueva inquilina de La Camelia. —El señor llamó la atención de los otros dos que estaban sentados en la banquilla de al lado.

—¡Vaya!, es más joven de lo que pensé —dijo uno.

—Se nota que no sabe nada de la vida en el campo —expresó el otro.

Julia no supo qué responder, así que optó por la efectiva retirada.

—Un gusto, señores. Que sigan disfrutando de su día. —Antes de dar oportunidad a nada, entró en el establecimiento. Estaba en el refrigerador de la leche cuando escuchó que los tres caballeros seguían la conversación.

—Es una pena que Amelia prefiriera dejar la propiedad a esa desconocida, que nada sabe sobre la vida aquí, que al padre José.

«Si vuelvo a escuchar una vez más algo sobre el pobre padre José, juro que rodarán cabezas».

La parroquia era justo lo que esperaba: una iglesia antigua, hermosa pero pequeña. Un tanto desgastada por lo años y la falta de presupuesto, aun así, su estado de conservación podría catalogarse como aceptable. «Otro punto para el bendito padre José».

Al lado del templo estaba una construcción de adobe con unos arcos; supuso que sería la notaría parroquial.

—Buenos días, señorita, ¿se encontrará el padre José disponible? — saludó a la joven que no parecía mayor de quince años, que estaba detrás de un viejo escritorio.

—¿Quién lo busca?

—No creo que mi nombre le suene de algo, pero dígame que Julia Ibáñez quiere verlo.

—Un momento. —La chica se puso en pie y desapareció por un oscuro y largo pasillo. Minutos después regresó sola—. En este momento no se encuentra, justo acaba de salir para hacer su ronda de visita a los enfermos. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

Julia no supo si creerle, pero ¿qué motivo podría tener el padre para negarse?

—Solo dígame que la sobrina de Amelia De la Rentería vino a verlo.

La chica la miró, primero con la boca abierta y la sorpresa pintada en el rostro, después con algo muy parecido a la culpa.

«Así que estabas allí anoche, ¿eh? Qué coincidencia que el padre no se encuentre, ¿no?», pensó con sospecha.

Sin decir nada más, salió de la oficina. Con calma observó las construcciones aledañas a la iglesia. Un caserón de dos pisos, adobe y algo desvencijado ostentaba el letrero «Orfanato Casimira Arteaga». Al lado, una finca de un piso, no menos descuidada, anunciaba «Centro juvenil Nuevo Amanecer».

El comprobar con sus propios ojos lo que ese lugar representaba en la comunidad y el gran apoyo económico que, se notaba a leguas, requería removi6 algo dentro de ella.

Regres6 sus pasos con la intenci6n de marcharse, sin embargo, al pasar por el frente de la iglesia, avanz6 hasta la verja que llevaba al cementerio. Vacil6 unos instantes; no sabía qué la había llevado hasta allí, y menos aún, a buscar la tumba de su tía. Para su sorpresa, el único y magnífico mausoleo pertenecía a los De la Rentería.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Estar frente a su extinta familia sanguínea le producía emociones encontradas.

El frío mausoleo estaba en el extremo sur del lugar, por lo que, al levantar la vista, vio el lago y no supo qué le sorprendió más: descubrir que había un pequeño embarcadero y que la barca que estaba atada a él era la misma que utilizaron los misteriosos excursionistas de la otra noche, o que, desde ese punto del pueblo y a una distancia considerable, el frente de su casa era parcialmente visible.

«Así que todo es verdad», pensó irritada. «Esos... muchachitos se toman tiempo para hacer paseos nocturnos, pasando por el lago hacia La Camelia».

Decidida a ponerle cara al bendito padrecito, regresó a la notaría.

No le sorprendió que el lugar estuviera vacío, seguro la chica había ido con el chisme. Más furiosa que molesta, tomó asiento.

Después de varios minutos, se hartó de esperar; resoplando salió del lugar y se subió a su auto.

El resto del día se le fue en revisar las habitaciones y catalogar cuál era la que más le gustaba para trasladarse a ella. No comprendía por qué su tía se había instalado en la más pequeña y austera.

El dormitorio principal era impresionante, daba a la parte frontal de la propiedad, tenía una cama con dosel y, a cada lado, dos ventana-puertas de madera con cristal biselado que daban a un balcón con un juego de exquisita herrería.

Una vez más se preguntó el porqué de las excentricidades de su tía; era obvio que esa habitación era el sueño de cualquier mujer. El tocador era una verdadera obra de arte, claro que, al igual que todo, requería un poco de mantenimiento; nada que no se pudiera solucionar con un buen restaurador.

Se sorprendió al descubrir que los cajones abrían con suma facilidad; dentro de uno de ellos, encontró un juego de cepillo y espejo de mano con mango de plata.

«Dios, esto es... bellísimo», pensó al contemplar el paisaje pintado de forma artesanal al reverso del espejo de mano. Lo giró y no le sorprendió encontrarlo vacío, sin su respectivo cristal. Retiró la manta correspondiente al tocador y cayó en la cuenta de que, en esa casa, todos los espejos o estaban destrozados o habían sido removidos.

«¿Por qué, tía? No luz eléctrica, cero mantenimiento o comodidades, no

espejos... ¿Qué clase de persona eras, Amelia De la Rentería? ¿Qué misterios viven en mis genes?». Dejó los objetos de plata en el cajón y lo cerró de golpe.

El sol del atardecer se reflejó en la superficie del lago, que a su vez refractó la luz filtrándose por las puertas del balcón y proyectando el encanto de finos cristales en la habitación. Las distintas tonalidades de rosas, anaranjados y un dorado espectacular bailaban por las paredes y cuanta superficie tocaban.

«Esto es hermoso». Atraída por el mudo hechizo que las aguas producían en ella, abrió una de las puertas y salió al balcón, desde allí, contempló embelesada cómo la tarde daba paso a una noche fresca, rica en sonidos y aromas mezclados con una suave brisa de verano.

No supo cuánto tiempo estuvo fuera, abstraída en la belleza y quietud de las aguas e inmersa en ese estado de contemplación absoluta.

El haber crecido y vivido desde siempre en la ciudad terminó por someterla al régimen de rutinas prefabricadas creadas para una civilización «avanzada». Todo ello la privó de experiencias tan placenteras como tomarse un tiempo para hacer un alto y contemplar algo tan cotidiano como una puesta de sol.

En cuanto la luz escaseó, los mosquitos aguijonearon su piel sin piedad alguna obligándola a refugiarse en el interior.

Decidió dedicar el día siguiente a reacondicionar esa habitación, porque, en definitiva, ese sería su dormitorio. Tomó el candelabro con las velas que había preparado para pasar la noche; esperaba que el licenciado no tardara en mandar al arquitecto que se ocuparía de las obras, ya que urgía que repararan la deficiente instalación eléctrica.

Cansada de un día lleno de ajetreo, se dirigió a la cocina, se preparó un tazón de avena con leche de caja y lo llevó directo a la recámara que había

ocupado la noche anterior. El plan era cenar en la cama mientras veía una película en su laptop.

La batería se agotó a mitad de la segunda función, por lo que decidió tirarse a los brazos de Morfeo.

Un fuerte ruido la despertó. De pronto no relacionó en dónde se encontraba y por qué; cuando la lucidez inundó su entendimiento, respiró hondo para calmar el trepidante palpitar de su corazón. Un nuevo sonido alertó sus sentidos, en definitiva, había alguien merodeando por la casa.

«Malditos escuincles, son una sarta de vándalos. ¿Acaso no tienen nada mejor que hacer que rondar y molestar en propiedades privadas en medio de la noche? ¡Esta vez ese mentado padrecito sí que me va a oír!».

Enfurecida por lo que consideraba una invasión y violación a su intimidad, se encaminó hacia el salón de armas con la intención de tomar la pistola de salva que, según le explicó el licenciado, su antepasado utilizaba en las carreras de galgos y caballos, para indicar el arranque de la competencia. Sí, en definitiva, esa era el arma ideal; haría suficiente ruido para espantar a los jóvenes delincuentes, sin causar daño alguno fuera del susto.

Se calzó las pantuflas de perrito, tomó su linterna de mano, pero no la encendió, pretendía escurrirse entre las sombras para llegar hasta el salón de armas, salir al patio central y hacer un par de disparos. Estaba convencida de que eso bastaría para alejar a los rijosos de su propiedad.

Tal y como lo planeó, llegó sin contratiempos al salón de armas; unos cuantos gatos le habían seguido el paso de cerca, les impidió entrar al cerrar la puerta con tal cuidado de no hacer ruido. «Como si estos ingratos con su maulladera y ronroneos no llamaran la atención de nadie», se mofó de sí misma.

Como el salón tenía las cortinas corridas, estaba en total oscuridad, por lo que tuvo que recurrir a la linterna de mano para localizar en el exhibidor el

arma seleccionada.

Ya le había pasado por la cabeza hacerse de esa pistola y guardarla en el cajón de su mesita de noche, sin embargo, no esperó que los chicos se atrevieran a volver tan rápido.

—Ahora sí van a saber lo que es bueno, escuincles del demonio —masculló molesta. Abrió la vitrina y tomó el arma—. ¿Dónde dijo el abogado que se guardaba la munición? Tercer cajón de la derecha —recordó.

Arma en mano salió del salón; era momento de poner en marcha la segunda fase de su plan, pero el azote de la puerta trasera la hizo cambiar de idea.

Los felinos se erizaron ante el ruido y de inmediato corrieron en diversas direcciones. Enfadada a más no poder, se encaminó a la dichosa puerta y la abrió; la fresca brisa nocturna le caló de lleno en el rostro cuando salió.

«¿Qué es ese aroma? ¿Acaso...?». Incredula, aspiró una vez más para estar segura. «¿Será posible?». No, no era su imaginación, en efecto, el aire estaba impregnado en naranja y azahar. «¿No se supone que los huertos fueron quemados? Según el licenciado, hace años, décadas, que no se produce la fruta, ¿entonces? —respiró hondo para calmarse y centrarse en lo que la había llevado hasta allí—. Deja de lado tus paranoias, seguro hay arboles de esos en las cercanías y la brisa arrastra el aroma, punto. Ahora lo importante es dar con esos vándalos y darles una buena lección».

Avanzó unos cuantos pasos cuidando no hacer ruido; desconcertada captó que no había ni rastro de los chicos. «¿Y qué esperabas, Julia? Seguro que en lo que estuviste con la tontería del aire perfumado, los chamacos dieron pies de polvorosa. ¿Acaso creíste que te esperarían a ver a qué hora te dignabas a darles alcance?», recriminó su voz interna.

Estaba por dar perdida la causa y regresar al interior de la casa cuando, por el rabillo del ojo, una silueta llamó su atención. Fuere lo que haya sido, se internó en los esqueletos enyerbados de los naranjos quemados de lo que antes

fue un prolífero huerto.

—Esta sí que me la pagan. —Echando humo a causa de la rabia, se dirigió al punto en que la borrosa silueta desapareció. Una a una recorrió las hileras de lo que antaño fueron árboles hasta que vislumbró lo que parecía ser una niña.

Capítulo IV

La niña

La inocencia no siempre pasea con camisión blanco.

Cada vez más indignada, se preguntó cómo era posible que esa sarta de irresponsables cargara con ellos a una niña y, sobre todo, ¿cómo podían largarse y dejarla abandonada a su suerte?

—¿Estás bien? —Avanzó hacia la pequeña, calculó que tenía entre siete y nueve años de edad. Preocupada, observó que solo llevaba una especie de camisión blanco y largo, una prenda un tanto ligera para una noche tan fresca —. ¿Quieres entrar para calentarte? Hace frío y podrías resfriarte.

La niña no contestó, permanecía quieta y de espaldas.

—No tengas miedo, no te haré daño; es más, te invité a beber un vaso de leche con chocolate y luego te llevaré devuelta al pueblo, ¿te parece? —Cada vez estaba más cerca por lo que ya no era necesario gritar.

La chiquilla seguía inmóvil y sin mostrar reacción alguna a su presencia. A unos cuantos pasos de alcanzarla, Julia experimentó un estremecimiento que sacudió su cuerpo hasta la médula; un segundo después, una fuerte ráfaga de viento la azotó al grado que tuvo que hacer esfuerzos para no perder el equilibrio y protegerse con los brazos el rostro, sin embargo, antes de cubrir sus ojos pudo percatarse de cómo la niña giraba para verla de frente y clavaba sus ojos oscuros en ella.

Así de rápido e imprevisto como vino, la ráfaga se detuvo, Julia abrió los

ojos y consternada comprobó que no había ni rastro de la chiquilla. No le extrañó que aprovechara el acontecimiento para huir, pues estaban cerca del final del huerto y una pared de hierbajos y enredos sería un buen camuflaje en una noche con media luna.

Resopló más molesta que al inicio. Esos vagos sin oficio ni beneficio la habían despertado y obligado a salir en bata de la casa en medio de una noche un tanto fría y escalofriante.

Menos mal que ella sabía que detrás de esa serie de «extraños acontecimientos» estaba un grupo de jovenzuelos que lo único que buscaban era espantarla para quedarse con su patrimonio. Incluso reconoció que habían hecho un gran trabajo con lo de la chiquilla. ¿Qué podría ser más terrorífico que encontrarte con el supuesto fantasma de una niña en pena?

—¡Sobre mi cadáver!, ¿entienden? —gritó a nadie en particular.

Recordó en una ocasión que escuchó por la radio a un supuesto caza fantasmas, el cual decía que las apariciones de niños no podían augurar nada bueno, ya que estos son seres puros que, cuando fallecen, tienen pase directo al paraíso. Su mente citó las palabras exactas del hombre: «Cuando un “espectro” o “aparición” se presentaba en forma de infante, solo puede tratarse de un ente maligno».

«Qué mentes tan retorcidas tienen esto chicos. Ahora caigo: lo que realmente desean es quedarse con lo que es mío, pero con lo que no cuentan, es con que yo no creo en esas tonterías de aparecidos, cadenas y lamentos».

Hecha una fiera entró en la casa, revisó que las puertas y ventanas quedaran bien cerradas y se dirigió a su recámara.

—Ni crean que los voy a dejar pasar —dijo a los felinos que, en cuanto cruzó la puerta, salieron de la nada y, como siempre, comenzaron a seguirla—. Son unos traidores, cuando los necesito, huyen; ah, pero, eso sí, quieren un espacio en mi cama y dormir calientitos.

Sin remordimiento alguno dejó los felinos fuera, apagó la luz de la linterna y se adentró entre la mullida colcha. Plegoste la esperaba a los pies de la cama y, en cuanto la vio, comenzó a ronronear.

—A ti también debería echarte fuera; eres el desertor principal. —El cínico felino ignoró sus pullas y con toda elegancia dio un par de vueltas antes de recostarse sobre la almohada disponible.

El clima a la mañana siguiente era idóneo para trabajar fuera, por lo que, después de un copioso desayuno, se embarró de crema solar, cogió los guantes, el sombrero, las tijeras y demás equipo de jardinería, dispuesta a pasar la mañana tratando de rescatar el juego de jardín y las banquetas que se observan desde la cocina.

Después de varias horas logró despejar gran parte del lugar. Cansada, tomó asiento en una silla de herrería, que, aunque antiguas, el metal permanecía firme, solo era cuestión de pulido y pintura para que ese exquisito trabajo artesanal recuperara toda su belleza.

El licenciado había comentado que ese espacio se trataba de un precioso jardín tipo inglés. Al observar a su alrededor, algo de esa belleza de antaño se podía vislumbrar. Pensó en que no le llevaría mucho regresarle todo su esplendor.

No fue difícil deducir que en su momento ese lugar fungió como una especie de terraza, pues desde esa posición podía verse todo, incluido el camino que llevaba a lo que en un tiempo fueron los huertos de naranjos y desembocaba en el lago.

A la luz del día era aún más impresionante ver los esqueletos de los que una vez fueron frondosos naranjos, reducidos a muerte y desolación. Se preguntó por qué su tía nunca mandó quitarlos. ¿Para qué conservar algo tan deprimente como eso? Además, ¿de dónde provenía el agradable olor a azahar que noche a noche impregnaba la casa? El rumbo de sus pensamientos solo

desató más inquietudes en su cabeza.

El día siguiente amaneció con nubarrones y una sutil lluvia, no muy abundante, pero sí constante, aun así, eso no la desanimó para tomar el vehículo y presentarse en los dominios del bendito padre José.

—Buenos días, señor, ¿sería tan amable de informarme dónde puedo encontrar al padre? Las oficinas están cerradas —preguntó a un anciano que barría el pasillo central de la iglesia.

—El padre salió a llevar los santos óleos a Rubén, el pobre hombre lleva mucho tiempo enfermo, pero, al parecer, ahora sí le llegó la calaca.

—¿Sabe si tardará mucho? —Esa absurda situación de te busco y no te encuentro estaba comenzando a cansarla.

—Ni idea. A veces el padrecito aprovecha para visitar las ranherías y hacer uno que otro recado. —Por primera vez el anciano le prestó atención—. ¿Es usted la sobrina de Amelia De la Rentería?

«Vaya, por lo visto, en ese pueblucho las noticias corren como reguero de pólvora».

—Sí, soy Julia Ibáñez —se presentó.

—Arnulfo González, para servirle a Dios y a usted —El hombre extendió la mano, la misma que Julia estrechó de inmediato—. ¿Qué la trae por aquí, señorita?

Julia meditó por un instante si valía la pena dejar, otra vez, recado al susodicho sacerdote.

—Es sobre los muchachos del padre. —Hizo una pausa para observar la reacción del anciano, sin embargo, el hombre permaneció impávido, a la espera de que ella continuara con su queja—. Han estado invadiendo mi propiedad: se cuelan por las noches y arman uno que otro alboroto, pero el colmo fue anoche.

—¿Qué hicieron ahora esos condenados mocosos? —Ahora sí parecía un tanto molesto.

—Aparte de cruzar el lago en bote en medio de la noche, llevaron con ellos a una niña pequeña a la cual dejaron tirada en cuanto salí a enfrentarlos. No sé si la niña logró llegar con bien; por más que traté de persuadirla, ella no hizo caso a mis ruegos y se perdió entre la maleza. Es una verdadera irresponsabilidad dejar que esos vándalos hagan semejantes tonterías...

—¿Una niña? Eso es imposible, el padre solo tiene alojados a varones, fuera de Layla, que lo auxilia en la notaría, no hay más que varones, como ya se lo dije.

—¿Qué? ¿Está insinuando que miento?

—No, ¿cómo cree? Solo le digo la verdad, en la casa hogar no hay más que varones.

—Pues anoche la vi, estaba en el huerto quemado. ¿Cómo explica eso?, ¿eh?

—¿Cómo dice que era la niña?

—Tenía entre siete y nueve años, como de esta estatura —señaló—, traía un camisón blanco, como los que se usaban antes y...

—¡Por Dios! ¡Es La maldita!

—¿Qué?

—Es el fantasma que...

—¿En verdad espera que me trague ese cuento?

—No es ningún cuento, señorita, La maldita y La dama de las tijeras son...

—Mire, don Arnulfo —lo interrumpió—, no sé qué juego se traen, pero les advierto que asustarme no les va a funcionar. Dígale al padre que ponga un alto a esos... muchachos o se atenga a las consecuencias. —Sin esperar

respuesta se marchó hecha una energúmena.

Cuando regresó a la casona dejó la compra en las alacenas y luego se puso a limpiar y dejar a su entero gusto la recámara principal, pues su objetivo era dormir allí a partir de esa noche.

—¡Dios! ¡Qué vistas! No me canso de admirarlas. —Hizo un ligero receso y, con un enorme vaso de limonada, tomó asiento en el juego de jardín de la terraza principal.

Por más que trataba de olvidarse del asunto, no podía evitar pensar en la cara del anciano cuando le describió a la niña. Estaba convencida de que en ese pueblucho de mala muerte se orquestaba un complot para echarla. No era un secreto que la consideraban una intrusa.

«Pues pierden su tiempo, de aquí no me muevo ni muerta». Decidida a presentarles cara, comenzó con los preparativos para esa noche. «Escuincles del demonio, no saben la que les espera».

Recordó que tenía otro asunto pendiente por atender, así que sacó el móvil del bolso trasero de sus jeans y marcó el número del licenciado para meter presión sobre el acuerdo de mandarle el personal que le había solicitado, pues habían pasado unos días y nada.

—Buenos tardes, licenciado, ¿cómo está usted? Soy Julia Ibáñez, le llamo para saber qué ha pasado con el personal. Me urge al menos una mucama.

—*Buenos tardes, señorita Ibáñez, créame que estoy haciendo todo lo posible, pero la gente del pueblo se niega a trabajar en ese lugar, y conseguir una muchacha de agencia y con referencias lleva al menos un par de días.*

—Lo entiendo, discúlpeme, es solo que urge alguien que me ayude a poner en orden todo este caos.

—*Hablando de caos, el arquitecto del cual le hablé está terminando un*

proyecto. Dijo que tardará una semana en poder ocuparse de su asunto.

—Está bien, solo espero que ese arquitecto sea en verdad tan bueno como usted dice y que el retraso valga la pena.

—*No tendrá queja, se lo aseguro.*

—Por su bien y la millonada que cobra, espero que así sea. —Sin más colgó.

Ansiosa esperó, pero nada ocurrió, ni la noche siguiente, ni las posteriores. Una mezcla entre regocijo y decepción se apoderó de ella. «¿Quién te entiende, Julia? Primero querías que esos muchachos se calmaran y ahora que, al parecer, el padre hizo lo suyo al controlarlos, echas de menos esas pullas. Vamos, reconoce que esa absurda batalla era lo que le daba sentido a tus días». Con pesar aceptó que esperar a esos vándalos era lo único entretenido desde que llegó a ese lugar.

Se había comunicado con el licenciado en un par de ocasiones y este siguió con las excusas de siempre, que aún no conseguía una mucama, que nadie del pueblo quería aventurarse a trabajar en una casa que consideraban estaba maldita, y que, en la agencia de colocaciones de su confianza, estaban faltos de personal.

—*Espero que la semana próxima ya contemos con una flotilla decente para usted, señorita.* —Había prometido el abogado el día anterior.

—Qué contradicción, ¿no le parece? Esta gente afirma que no quieren trabajar en una «casa maldita», pero bien que buscan quedársela.

—*¿Qué quiere decir con ello?*

—Lo que oye. Los muchachos del padrecito ese se han estado aventurando en la propiedad y toda esa gente parece empecinada en hacerme correr.

—*No creo que...*

—Déjelo así. ¿Cuándo vendrá el encargado de las reformas? ¿O también tendré que esperar otro siglo para que se digne a venir?

—*No, el arquitecto Manrique la visitará a mediados de la semana.*

—Menos mal; esto se está alargado demasiado. —Molesta con tanto pretexto y emplazamientos, había colgado.

Era media tarde cuando, agotada de limpiar el desván, decidió tomarse un descanso. El ático estaba lleno de baúles, fotos viejas y demás objetos olvidados. Decidió curiosear en todo con el fin de conocer, aunque fuera un poco, a sus ancestros, su modo de vida y quizá hasta sus costumbres.

—¿Y este guapo caballero? ¿Quién será? —Si perder tiempo, retiró el resto del polvo que cubría el retrato—. Apuesto todo a que es usted el tal Don Genaro De la Rentería y Corcuera —mencionó el nombre de su antepasado en tono petulante.

Reconoció que el hombre tenía una presencia imponente. Su mirada era dura y el gesto severo. El bigote y las marcadas facciones acrecentaban esa apariencia de poderío. Cuando posó la mirada en los ojos de él, sintió algo parecido al miedo que le erizó la piel.

Apartó la vista al tiempo que se decía que lo sucedido era mera sugestión. Se preguntó por qué su tía había mandado todos los cuadros y retratos familiares al destierro cruel del ático. En verdad Amelia De la Rentería era todo un misterio.

—¿Por qué la bendita luz solo falla cuando el sol se oculta? Todo el día está perfecto, ah, pero nada más entra la noche y comienzan los fallos. ¡Dios! ¡Me urge que venga el maldito electricista! —masculló furiosa, pues su aventura en la dimensión desconocida del ático tendría que esperar al día siguiente. No quería arriesgarse a provocar un incendio con el uso de velas, pues para seguir con su labor no bastaría con la luz de solo una.

La bombilla parpadeaba hasta que, en una de las intermitencias, ya no

encendió.

—Por fortuna traje una vela conmigo, si no, el camino de regreso y las escaleras de la muerte serían un recorrido de los más accidentado.

En un santiamén estaba en la cocina; esculcó la nevera, la cual, a causa de los continuos apagones, funcionaba en intervalos.

«Demonios, creo que otra vez será cereal para cenar». Preparó el tazón, después llenó los comederos de los felinos, tanto el de comida como el del agua y, al final, con Plegoste pisándole los talones, se encaminó a su habitación.

Encendió la laptop, seleccionó una película un tanto cursi y se preparó para disfrutar de la función.

No supo en qué momento se quedó dormida; la reproducción automática en la laptop siguió y corría otra película. De pronto no relacionó qué fue lo que la despertó hasta que el sonido de una loza que se quebraba inundó el lugar.

«Hijos de su... ahora se metieron hasta la cocina. ¡Es el colmo!».

Malhumorada retiró las mantas, tomó la pistola de salva del cajón, se colocó las pantuflas y, con cautela, salió de la habitación. Al tiempo que cruzaba el oscuro pasillo, agradeció al cielo que sus «zapatos de peluche» amortiguaran todo ruido, permitiéndole así, acercarse sin ser detectada.

«Esta noche es más oscura y tétrica que ninguna otra que me haya tocado vivir; la luna está ausente, incluso, pareciera que hasta las aves le temen. ¡Mal augurio!». Un escalofrío la recorrió entera. «Tranquila, Julia, una vez más te dejas dominar por el pánico. Sabes que eso no conduce a nada bueno, así que respira hondo y a reiniciar el cerebro. Modo miedo: apagado».

Sigilosa llegó hasta la cocina; grande fue la sorpresa que se llevó al comprobar que esta se encontraba vacía y tal cual la había dejado.

—¡Demonios! ¿Qué rayos pasó aquí? ¡Por el estruendo que se escuchó,

juraría que hubo una guerra de platos!

Aún consternada giró sus talones con la intención de regresar a su dormitorio cuando los gatos, que habían acudido a ella en cuanto la sintieron, se erizaron y comenzaron a bufar.

—¿Qué les pasa? ¿Acaso esos pillos aún andan por aquí? —Levantó a Plegoste y lo acurrucó en su regazo—. ¡Dios bendito! ¿Y ahora qué?

Sintió cómo la rabia se esparcía con rapidez y bullía en su ser, al tiempo que las notas de una melodía, que para poner la cerecita en el pastel, le sonó familiar. «¿De qué conozco yo esa pieza? En fin, eso no es relevante ahora, lo importante es que esos malcriados escuincles se metieron con mi precioso clavicordio ¡y eso sí que no se los voy a perdonar!». Marcó al 911 en su móvil. «¿Qué? ¿Sin señal?». Entonces recordó que fuera de la casa la recepción era mejor. Sin perder tiempo, salió.

—Buenas noches, soy Julia Ibáñez, estoy en la hacienda La Camelia; hay unos vándalos dentro de la casa.

—*¿En la hacienda de las tijeras?* —expresó con cierto hartazgo la voz del otro lado de la línea—. *Sí, claro, ¿en verdad cree que voy a caer? Ya les he dicho que dejen de jugar con el teléfono. Esa broma ya está muy gastada, mejor váyanse a dormir.*

—¿Qué? No, no me está entendiendo: acabo de heredar la propiedad y hay unos vándalos vagando por la casa; estoy sola y necesito que mande a alguien. ¿Tan difícil es eso de asimilar? —gritó enfadada. Por lo visto la persona al teléfono no parecía estar interesada en lo que ella tuviera que decirle.

—*Mire, señorita, por el momento no hay nadie disponible. Le recuerdo que solo hay cinco patrulleros en el pueblo y todos están ocupados con una volcadura de unos chicos borrachos. En cuanto pueda mandaré a alguien, pero no le aseguro a qué hora llegue. Lo mejor es que se encierre en su habitación con llave y no salga.*

—Gracias. —«por nada». Colgó furibunda, entró y dio un portazo—. ¡Esta sí que me la pagan, malditos vagos!

Con pistola en mano se acercó al salón de música; le llevó unos minutos caer en la cuenta de que la melodía había cesado desde hacía un rato.

«¿Y ahora qué?» Tentadoras ideas cruzaron por su mente para sorprender a los invasores, entonces comprendió que el salón permanecía en silencio absoluto y no había rastro de actividad alguna. Decepcionada recorrió la estancia con la vista. La falta de luna en una noche tan cerrada jugaba en su contra, ya que la oscuridad en la parte interna de la estancia era completa.

Tanteó los bolsillos de su pantalón de chándal en busca de la caja de cerillas que procuraba traer consigo. Sin perder tiempo, encendió una. A esas alturas ya no le importaba delatar su presencia, solo quería encararlos de frente y, con un poco de suerte, darles un buen susto como escarmiento.

En cuanto se hizo la luz, delante de ella, a solo un par de metros, se encontraba la niña de la otra noche.

—¡Dios! ¡Qué susto me diste! — Soltó un grito escalofriante que rompió el silencio y se llevó la mano al pecho, en el cual su corazón latía desenfrenado—. ¡No andes haciendo esto! ¿Qué no ves que es peligroso? Puedes ocasionar un infarto.

La cerilla comenzó a quemarle las yemas de los dedos, por lo que, segundos después, tuvo que soltarla.

—¡Ay! —Por inercia metió el dedo más lastimado a la boca para aliviar un poco el ardor—. Espera un segundo, ahora enciendo otra. ¡Ey! ¿Dónde estás? Te dije que esperaras. —Recorrió el salón con la mirada y ni rastro de la chiquilla.

«¡Demonios, solo esto me faltaba!». Un rayo atravesó el cielo y, segundos después, el estruendoso retumbar de dicho fenómeno natural sacudió la casa hasta cimbrar los vidrios. «¡Y con lo que me gustan las tormentas! —ironizó

—. Eso sí asusta».

El repiqueteo de la lluvia al caer causó un sonido que, en medio de la quietud de la noche, resultó casi ensordecedor. En cuestión de minutos no solo el clima había cambiado, sino también la temperatura ambiente, que pasó de ser agradable a un tanto fría.

La humedad llenó sus fosas nasales y el fresco le caló en los huesos. Plegoste llegó hasta ella y se restregó en sus pies para que lo cargara. Con el felino en brazos, Julia llegó hasta la mesilla junto al clavicordio, pues recordó haber dejado un candelabro con vela justo ahí.

«Excelente». Victoreó al ver el objeto donde lo había colocado días antes. Entonces recapituló el motivo por el cual se encontraba en el salón y se percató de que el artefacto musical estaba tal cual lo había dejado; cubierto con la manta y no mostraba signos de haber sido tocado en brevedad.

«Estos chicos sí que son unos genios. Tienen un talento envidiable para manipular las escenas y hacer parecer que todo eso de los fantasmas y aparecidos es real».

Un tanto molesta abandonó el salón para ir en busca de la chiquilla que, una vez más, esos irresponsables habían dejado atrás. Un nuevo rayo iluminó el patio central, seguido del estruendo que conlleva. Plegoste se erizó y encajó sus uñas en la carne de su dueña.

—Tranquilo, a mí también me dan miedo los truenos, pero no es para tanto, ya pasará. —Alisó el lomo del felino en un gesto protector.

Amparada de la lluvia gracias al pasillo bajo la terraza corrida del segundo piso, se dirigió a la escalera de servicio, ya que la principal estaba expuesta a la furia de la tormenta.

A pesar de que la lluvia no llegaba a ella de forma directa, la brisa humedeció su pijama acrecentando la sensación de frío, por lo que decidió ir directo a su habitación, enterrarse en las mantas y dejar a los vándalos en paz;

que se las arreglaran solos con la tormenta.

—Se lo tienen bien merecido por irresponsables, mira que salir en una noche así —dijo a Plegoste como si este pudiera responderle.

Al pasar frente a la puerta de la habitación, que, según le había informado el licenciado, correspondía a las dependencias infantiles, Plegoste se tensó y a ella le pareció visualizar una silueta que se movió en el interior de la alcoba.

«¿Será?». Para no quedarse con la duda retrocedió el par de pasos que había avanzado y, decidida a dar por finalizadas las argucias de los adolescentes, entró.

Plegoste saltó de su regazo y, erizado, salió corriendo al tiempo que daba un maullido de los más aterrador.

«Cobarde, con amigos como ese para qué quiero enemigos». Conforme la luz engullía a las tinieblas, fueron apareciendo muebles, objetos y juguetes esparcidos por el lugar.

—¡Ay! —Un dolor lacerante le invadió la pierna izquierda; al aluzar, descubrió que había tropezado con un balancín infantil del típico caballito de madera—. Qué raro, no recuerdo haber visto esto aquí cuando entré con el licenciado. En fin, ya lo llevaré al ático mañana con luz de día. —Hizo a un lado el objeto, empujándolo con el pie.

—¿Hay alguien aquí?

Un nuevo rayo iluminó todo, entonces la joven pudo vislumbrar una silueta junto a la ventana, de lo que parecía ser una mujer; esta le daba la espalda y mecía la cuna que estaba al centro.

«¡Wow! ¡Qué buen disfraz y eso que todavía no es *Halloween!*!». Contempló el vestido que debió ser blanco, un tanto desgarrado y lleno de manchas oscuras. «Vestiduras ensangrentadas, ¡qué original!». Se mofó.

—Ya estuvo bueno de juegos, lo sé todo. Diles a tus amiguitos que estoy

cansada de sus correrías. —Se acercó a la muchacha y le colocó la mano sobre el hombro.

—¡Santo Cristo!

En un santiamén se encontraba corriendo escaleras abajo en la escalinata principal. Con la intención de abandonar la casa de inmediato, apresuró el paso y resbaló a causa del agua.

Después de rodar y golpearse con el filo de los escalones, por su rápido descenso, Julia aterrizó al pie de la colosal estructura. Un dolor punzante le atacó el brazo derecho y la cabeza antes de que todo se volviera oscuridad.

Capítulo V

María

El perfume del recuerdo lleva olor a café.

Abro los ojos y estoy recostada en el patio central, al pie de la escalera. «¿Qué me pasó?». Poco a poco imágenes brumosas, un tanto distorsionadas, llegan a mi apaleada cabeza. La palpo en busca de algún chichón o herida sangrante. Solo recuerdo haber corrido, resbalado y, sobre todo, el dolor que sentí al rodar y caer, pero no hay nada.

«¡Qué alivio! Al menos no salí mal parada después de semejante porrazo».

Me levanto con agilidad y sorprendida por la falta de daños. No es muy común, en una caída como la mía, salir indemne.

Plegoste se acerca con su peculiar ronroneo, quiero cogerlo en brazos, sin embargo, el felino esquivo mi mano. No insisto y lo dejo salirse con la suya.

—Vaya, al menos la tormenta ya pasó, aunque la oscuridad sigue siendo muy cerrada.

El ambiente se siente extraño, diferente. Miro a mi alrededor y, en apariencia, todo se ve igual, aun así, la sensación de cambio persiste. Solo sé que ha dejado de llover y todo está seco.

—¡Cielos! Debí estar inconsciente mucho tiempo, el piso ya ni humedad tiene. ¿Qué hora será? ¿Estará cercano el amanecer?

Recuerdo que dejé mi reloj de pulsera en la mesita de noche de la

habitación, entonces dirijo mis pasos hacia allá.

Plegoste espera como siempre a los pies de la cama. Las mantas se ven tan tentadoras y el colchón tan mullido que opto por meterme dentro.

Un sonido alerta mis sentidos y obligo al oído a prestar atención. Estoy convencida de que es en la cocina; tomo el candelabro, enciendo la vela, levantó mi humanidad de la comodidad del lecho y emprendo viaje.

«Otra vez. ¿Acaso esos jóvenes no duermen?». Recuerdo la pistola de salva, no estoy segura de dónde la dejé la última vez; mi cabeza aún es una revoltura, lo cual no es de extrañar después de semejante caída.

Regreso a la habitación a buscarla, revuelvo los cajones de la mesita de noche y con pesar descubro que el arma no está. Las pantuflas tampoco aparecen y eso me exaspera un poco. «No me importa, voy descalza», decido al tiempo que pienso en que esta situación tiene que llegar a su fin; con policía o sin ella, con padre José o sin él, esto tiene que terminar.

Recorro la alcoba con la mirada en busca de algo que pueda servir como arma. «¡Bingo!» Emocionada voy a la chimenea de roca, tomo el atizador y, con él en mano, cruzo la puerta.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, desde la columna vertebral hasta las extremidades. Cada nervio, célula o átomo es estremecido con un impulso eléctrico que me trastoca hasta lo más profundo.

«Esto no está bien. Hay algo raro que se siente en todo, incluso, en el ambiente —insisto—. Quizá son solo mis nervios, pero... ¡Demonios, Julia! —me reprendo—. Necesitas estar tranquila, cabeza fría, mujer, cabeza fría». Repito la última frase para darme ánimos, pues, a cada paso, aumenta más la ansiedad.

Siento los sentidos alerta y a la expectativa de todo cuanto me rodea. El corazón brinca y bombea mi sangre a mil por hora. Hasta el más pequeño de los vellos en mi cuerpo está erizado, sensible.

Un sonido estridente me hace brincar y deja a mi pobre corazón a punto del infarto. Con la mano en el pecho, miro en todas direcciones. El pasillo está más oscuro y tétrico que nunca. «¡Dios! Ahí está, otra vez esa sensación».

Aferrada al atizador trato de encontrar una explicación lógica a todo cuanto sucede; por desgracia, no lo consigo. Alerta, obligo a mi cerebro a trabajar, pues el muy traicionero parece haber sucumbido al pánico y no sabe cómo interpretar las emociones o sensaciones que el cuerpo le transmite. Es como si estuviera envuelta en un espacio de... ¿cómo describirlo? ¿irrealidad? Sí, esa podría ser la palabra.

«Después de todo, la caída me afectó más de lo que había creído», reconozco. Avanzo un par de pasos hasta llegar a las que, según recuerdo, son las dependencias de los niños. A punto de entrar, un nuevo escalofrío atraviesa mi sistema central y me paraliza las extremidades. No sé qué sucede, solo puedo sentir esto que me impide pasar de la puerta hacia el interior, es como... La iluminación llega de improviso. «¡Dios! Esto que siento ¡es miedo! Pero ¿por qué? o, mejor dicho, ¿a qué? Esto es absurdo».

La cabeza me da vueltas mientras el lado racional trata de imponerse al sugestionable, entonces una de las ventanas se abre de golpe y una sombra siniestra se refleja a través de las cortinas. El grito que pugna por salir se estanca en mi garganta, acorta la respiración y termina por nublar me la vista.

Muerta de miedo logro salir del estado de inmovilidad solo para descubrir que dar un paso pareciera toda una misión imposible a causa del temblor que me invade.

«Vamos, Julia, ¡tú puedes! Recuerda que solo son unos chicos intentando asustarte», repito como mantra.

Con la improvisada arma en mano, camino más que dispuesta a defenderme de quien sea, entonces la cortina cobra vida. En ese instante de confusión no soy consciente de si la tela me ataca e intenta engullirme o si solo

soy yo quien lucha contra un algo inexistente.

Entre gritos, manotazos y patadas un minúsculo felino sale de entre los cortinajes y me observa como si estuviera loca, ¡y en realidad lo estoy! ¿Cómo pude crear semejante drama a raíz de un gato cazando a un pájaro posado en la ventana?

El felino causante de que casi muera infartada, salta muy quitado de la pena y orgulloso de haber espantado al tenebroso pajarraco negro, que se había posado en el borde de madera; luego, el mimoso peludo se restriega en mis pies presumiéndome así su gran logro.

—¡Méndigo animal! ¡Qué susto me has dado! —le recrimino con algo de resentimiento.

Respiro un par de veces para calmar los erráticos latidos en mi pecho. Comienzo a creer que quizá mi imaginación está siendo presa fácil de la fórmula: soledad nocturna + casa veja = combinación letal + ataque de pánico.

Más calmada y tratando de que el lado racional y lógico se anteponga a la histérica natural que, dicen, toda mujer lleva dentro, avanzo decidida. «¡Demonios! Con todo esto del pajarraco en la ventana olvidé lo que estaba haciendo o hacia dónde me dirigía. —Tardo un par de segundos en dar con el enigma—. Ah, sí, a la cocina. Sí, eso es». Y hacia allá voy.

Al llegar al dicho lugar todo está en penumbras y en total calma, solo están unos cuantos gatos y, por supuesto, Plegoste, que sin perder tiempo se restriega en mis pies.

—Hola, traidor, me dejaste sola cuando más contaba. —Lo levanto del piso y comienzo a pasar mi mano sobre su lomo en suaves caricias. No me explico cómo ese movimiento rítmico surte un efecto tranquilizador en mí, pero así es.

Decidida a no dejarme amedrentar más por los sonidos nocturnos de una casa, giro para emprender el camino de regreso a la habitación. Entonces

sucede lo impensable: escucho voces. No son muy claras, parecen murmullos.

Intrigada, giro para encarar a quién o quienes se han atrevido a invadir mi propiedad y lo que veo me deja impávida. Cierro los ojos, respiro hondo una, dos veces, quizá tres, antes de abrir y enfocar la vista en lo que me pareció tan increíble.

Ante mí, la decadente cocina ha cobrado vida con todo su esplendor, luminosidad y calidez. Al menos así es como la percibo, como un espacio agradable en el que, no sé por qué, siento que me gusta estar.

Una mujer regordeta pasa a un costado de mí y se dirige al fogón mientras tararea una alegre canción. Un agradable aroma a delicioso café impregna el ambiente. Incrédula, observo todo a mi alrededor: las alacenas, las encimeras de talavera, las ollas de barro, las cacerolas de peltre azul, la enorme mesa de madera tallada llena de todas aquellas delicias culinarias que esperan a ser devoradas, los jarrones con flores..., ¡todo es hermoso!

El canturreo de la mujer me resulta familiar y tiene un efecto tranquilizador en mí, al grado que no siento temor, al contrario, es como si por fin estuviera en casa.

—¿Otra vez estás pellizcando la comida, mi niña?

«¿Qué? ¿Acaso se refiere a mí?». La mujer me mira como esperando una respuesta, entonces reacciono y logro comprender que no es a mí a quién habla, sino a la chiquilla sentada detrás.

«¿Qué demonios...? ¡Es la niña que vi anoche!».

La infanta me observa con atención, nuestras miradas se cruzan y con ello llega el reconocimiento mutuo. Sin poder entender el porqué, sé que lo que nos une va más allá del encuentro en el huerto y la sala de música; esto, sea lo que sea, es más añejo. Aunque mi mente no la recuerde, tengo la inexplicable certeza de que la conozco.

Me observa desde su lugar junto a la mesa, sonrío, toma una pieza de pan dulce, la muerde, se acerca a mí, la coloca en mis manos y dice:

—¡Ese pan es mío! ¡Quita tus asquerosas manos de él! —Entonces comienza a llorar.

—¡Rebeca! ¿Qué lenguaje es ese? ¿Cuántas veces te he dicho que no molestes a tu hermana? —Ahora es la mujer quien, con ojos furiosos y acusadores, me mira, en especial al pan que sostengo en la mano—. Estoy esperando, jovencita, no tengo todo el día. ¡Discúlpate ya!

—¿Disculparme? ¿Por qué, María? Sí ni siquiera he hablado, fue ella... —Indignada, señalo con dedo acusador a la criatura que me ha inculpado sin vacilación alguna y que nos mira con cara de inocencia absoluta.

Enmudezco al comprender que acabo de llamar a esa mujer por su nombre de pila. ¿Cómo es posible si se supone que no la conozco de nada?

«¿Qué demonios está sucediendo aquí?». No sé explicar cómo es que estoy al tanto de la identidad de esa señora, solo sé que lo sé, vaya la redundancia, pero esto es así de complejo y simple a la vez.

—Rebeca —la tal María sacude la cabeza evidenciando desconcierto y seca sus manos en el delantal a cuadros—, ¿cuántas veces te he dicho que las mentiras no son buenas?, y menos aún, cuando con ellas se lastima a los demás.

—¿Yo? Para empezar, no tengo ni idea de qué está hablando y mi nombre es Julia.

—¡Sí, claro! Y yo soy la emperatriz Carlota. —Se da media vuelta y regresa a los fogones—. Dale gracias a Dios de que no te acuse con tu padre. Toma tu chocolate y no sigas molestando a tu hermana.

¿Hermana? ¿Acaso la muy ladina se está burlando de mí? ¡Soy hija única! Exprimo mi cerebro en busca de explicaciones lógicas para afrontar todo esto

y la única que encuentro es que nada de lo ocurrido es real.

—Esto no es real, no existe y solo está en mi cabeza... —repito como mantra, pues la mujer en verdad ha logrado hacerme sentir como una chiquilla regañada, ¡a mí!, ¡una mujer de treinta!

—¿Lo ves? Te dije que nadie lo notaría, ni siquiera María. Nunca descubrirán lo que hemos hecho.

Salto al sentir la cercanía de esa embustera de vestido rosa pálido, pues, sin percatarme, ella está de pie a mi lado. Su rostro angelical ha dejado de ser dócil y me mira con cierta ¿malicia?

No puedo menos que admirarla, no solo es una magnífica actriz, sino que también es hermosa. No entiendo cómo no me percaté de su belleza las veces anteriores que la vi; entonces parecía tan frágil, perdida... en cambio ahora, su presencia es fuerte, intensa, a tal grado que impone.

—¿Qué pasa, hermanita? ¿No te alegra estar de vuelta en casa? —susurra antes de abandonar la cocina.

—¿De vuelta? ¿En casa? —balbuceo con torpeza, giro la cabeza para encararla y grande es mi sorpresa al descubrir que, tanto la cocina como todo lo demás, está tal cual antes de... ¡de lo que sea que haya sido eso!

Miro a mi alrededor en busca de... no sé en realidad qué. Estoy tan conmocionada que solo alcanzo a comprender que no entiendo nada.

Un frío estremecedor me hiela los huesos. Un minuto estoy en una cocina hermosa, cálida y al siguiente me encuentro de pie en medio de una habitación oscura, sucia y llena de gatos con pelos erizados que bufan asustados a la nada reinante.

Plegoste maúlla para llamar mi atención. Ni siquiera soy consciente de en qué momento abandonó mis brazos.

—¿Qué demonios...? —No puedo terminar la pregunta pues mi cabeza no

es capaz de hilar idea.

«¿Acaso estaré soñando? ¿Cómo despertar cuando se supone que estás despierto? ¿Acaso estoy volviéndome loca como mi tía? ¿Será un efecto de la casa? ¿De los gatos?».

—Tranquilízate, Julia, seguro esto es un sueño. Si, eso debe ser. — Plegoste, al sentirse ignorado muerde mi pantorrilla—. ¿Y a ti qué te pasa?, ¿eh? —Lo cuestiono un tanto molesta. El animal empieza a caminar y, de pronto, detengo mis pasos verdaderamente asustada.

«¡Dios! Estoy más chiflada de lo que creí», pienso ante las emociones que se apoderan de mí. Por un momento sentí una especie de conexión telepática con el gato, a tal grado que juraría que pude entender un claro *sígueme*.

El gato gira su cabeza y centra su astuta mirada en mí. No quiero mirarlo, prefiero ignorarlo y pensar que nada de esto es lo que parece.

—Esto es un sueño, esto es un sueño... —repito sin descanso. Aún más aturdida sacudo la cabeza como si así pudiera resetear mi cerebro, el cual es como un batido de ideas que se mezclan unas con otras sin llegar a ponerse de acuerdo en qué o quién corresponde a cada una.

Sucesiones de imágenes sin sentido desfilan, ocasionándome más confusión. Es como un rompecabezas al cual le faltan piezas y debo iniciar una labor titánica para encontrarlas, ya que parecen estar dispersas por todos lados.

Llevo las manos a mis sienes como si eso pudiera ayudarme a encontrar un orden lógico, pero no es así; el caos persiste y es cada vez más complejo.

Los gatos maúllan y se pasean de un lado a otro. Es aterrador sentir esos cientos de pares de ojos centrados solo en mí. Quiero que me dejen en paz, quiero correr, quiero quedarme... No entiendo nada y eso me da una sensación de inseguridad que me pone los nervios de punta.

—Tranquilízate, Julia, cierra los ojos, respira y deja que la lucidez regrese.

Hago lo dicho, sigo varias secuencias de aspiración/exhalación con la esperanza de recobrar ese algo que todos llaman sentido común, sin embargo, no funciona.

Teorías absurdas como el que alguien ha alterado mis alimentos con el fin de drogarme y hacerme alucinar cobran fuerza. Eso sí que tendría sentido y explicaría todas las cosas «extrañas» que estaban sucediendo.

—¿Qué se hace en esos casos?

Recuerdo que en una ocasión vi en un programa televisivo que cuando se sufre una intoxicación, ya sea por alimento o medicación, lo más indicado es acudir al médico, pero dadas mis circunstancias no creo que tomar el auto y conducir hasta el nosocomio sea lo más conveniente, podría encontrarme con elefantes rosas y azules danzando en tutus por la carretera mientras una orquesta de vacas ameniza su baile, y todo ese alucine podría terminar en un encabezado sensacionalista:

«Mujer se sale de la carretera y termina al fondo de una cuneta».

—¡Dios! ¿Qué hago? —Miro todo a mi alrededor en busca de algo que me ayude.

Plegoste llega hasta mí, está molesto, puedo sentir que no le gustó nada el que no hiciera lo que pidió. Una vez más posa sus ojos felinos en los míos y esta vez es contundente: «Déjate de tonterías y sígueme».

Capítulo VI

El buen Plegoste

La verdad se cuele a través del ojo felino.

Levanto el rostro y ahí está Plegoste, erguido al pie de la escalera; me observa de tal manera que eriza mi piel. Nuestras miradas se enlazan y no sé por qué, y a pesar de esta atmosfera de irrealidad, siento calma. Dentro de esas profundidades color ámbar se vislumbra una inteligencia superior, una sabiduría tan vital y simple que abrumba, algo así como una capacidad extrasensorial para comprender el todo del universo, de la cual —lo reconozco— siento que carezco.

«Esto es absurdo. ¡Es solo un gato!», me digo para calmar el lado racional que exige una explicación convincente para no activar en mí el modo pánico y así evitar que este tome el control, pero ahí está otra vez esa misteriosa conexión que no sé cómo interpretar, pues comprendo que no es telepatía como tal, porque no escuchó su voz en mi cabeza, no, es más complejo, es como si pudiera sentir lo que él quiere. Sí, esa es la definición correcta: «comunicación a través de sentimientos».

A Plegoste parece no importarle mi monólogo interno, pues comienza a subir. No puedo entender el porqué, solo comienzo a seguirlo como si una fuerza invisible me impulsara a hacer lo que él desea.

A mitad de la escalera, una luz proveniente de la planta alta llama mi atención.

«¿No se supone que no había luz a causa de la tormenta? ¿Entonces? ¿Cómo es posible que una de las habitaciones esté iluminada?», me cuestiono. Entonces una idea toma forma. «Ya he dado con ustedes, vagos», pienso en los indeseables intrusos. «Seguro, cuando me entretuve con el cuervo que el gato espantó de la ventana, estos aprovecharon para salir de la cocina y moverse de sitio. Se creen muy listos, ¿no? Pues, ¿qué creen?, yo lo soy aún más. Con alucine o sin él, me las van a pagar».

Con absoluto sigilo avanzo por el oscuro pasillo. La posibilidad de poder desenmascarar a esos pillos en plena acción y de una buena vez terminar con esto me llena de expectación.

Plegoste se detiene justo frente a la puerta de lo que, según recuerdo, era la alcoba que se usaba para los niños. Estoy por abrir la puerta cuando una estridente melodía comienza a sonar. Una vez más salto del susto, de pronto no relaciono el sonido, hasta que, unos cuantos acordes después, capto su procedencia.

«Malditos, otra vez están en el salón principal, jugando con el clavicordio». Enfadada, dejo el pomo de la puerta y doy un par de pasos. Los ruidosos acordes se mezclan con el insistente maullido de Plegoste.

En cuestión de segundos el ambiente ha cambiado: es electrizante, cargado, enrarecido... Un escalofrío recorre mi columna vertebral erizándome la piel.

De forma irremediable comienzo un debate entre hacer caso a Plegoste o seguir el juego de los vándalos. Mis sentidos están conflictuados: una parte de mí esta enganchada al gato y la otra es atraída por la música como si de un hechizo poderoso se tratase.

El sonido cambia de notas discordantes a unas llenas de armonía. «¡Oh, Dios!, conozco esa melodía. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es que mi cuerpo reconoce cada nota, cada acorde, aunque mi mente no tenga ni idea? ¿Qué

rayos está pasando aquí?».

La música parece llamarme, es como un poderoso hechizo al cual es imposible resistirse. Paso a paso soy atraída hacia el salón principal.

Con la mano en el pomo y lista para entrar, Plegoste se restriega en mis pies llamándome la atención por haberlo ignorado.

—¿Qué? ¿Es en serio? ¿No vas a déjame entrar?

El felino me insta a seguirlo, sin embargo, no le hago caso. Sin saber por qué, mi vista se dirige a la puerta principal; a través de los cristales vislumbro una tenue luz en el exterior que despierta mi curiosidad. Intrigada, salgo de la casa a paso veloz. La vacilante flama se mueve con lentitud entre las brumas y los hierbajos.

«Los atrapé», pienso al comprender que son ellos. «De seguro los chicos del padrecito ya se cansaron de jugar conmigo y pretenden emprender la retirada». Decidida a poner fin al juego de «el gato y el ratón» apresuro mi trote y sigo la tenue luz a través de la neblina tan cerrada que impide ver más allá de unos cuantos pasos.

—¡Demonios! ¿Cómo la he perdido? Juraría que estaba por aquí. —Miro en todas direcciones sin poder explicarme cómo una o varias personas podían desaparecer sin dejar rastro. A punto de dar otro paso, descubro que estoy a la orilla del lago—. Tranquila, Julia, bájale a tu histeria. Solo son unos chicos de pueblo que no tienen nada más que hacer que molestar gente.

«Y si apagaron la vela para que no los descubriera y están por ahí escondidos esperando por mí para atacarme».

El ulular de un búho se escucha sobre mi cabeza, asustándome. No puedo evitar gritar y llevarme las manos al pecho donde siento acelerado el corazón.

—¡Malditos animales, van a matarme de un susto! —Enfada, le recrimino al ave posada sobre las ramas del árbol junto a mí—. ¿Qué esperas? Shu, vete,

¡nada tienes que hacer aquí! —El pájaro gira la cabeza en su totalidad, recordándome la tétrica escena de la película *El exorcista*, en la cual la poseída hace lo mismo —. ¡Demonios! ¡Deja de hacer eso! —pido con voz ahogada.

El cuerpo se me eriza cuando la ancestral criatura posa su mirada en mí, pues parece que me observa con un dejo de burla, como si supiera algo que yo no.

Desvío la vista del animal y me concentro en el verdadero problema: ¿cómo voy a volver a la casa con esa espesa bruma que no deja ver más allá de la nariz? Palpo los bolsillos de mi pijama en busca de las cerillas.

Con los sentidos alerta y la piel sensibilizada, enciendo una y emprendo el lento regreso a la casa.

«Ya he tenido demasiado para una sola noche», pienso cuando, al fin, tengo frente a mí la puerta principal. Nada más entrar, las luces se encienden en su totalidad sobresaltándome.

—Ya era hora —digo en referencia al regreso de la luz eléctrica. Pronto comprendo que canté victoria antes de tiempo cuando, con un par de parpadeos, todo queda en penumbras otra vez.

Un nuevo escalofrío me recorre la columna vertebral, pero esta vez viene acompañado de la impresión de que alguien me observa.

«Hay alguien más aquí, puedo sentirlo». Esa sensación de frío líquido en la nuca y que se extiende por toda la espina dorsal, tan recurrente desde que llegue a este maldito lugar, provoca que la piel se me ponga de gallina. El número de latidos por minuto se incrementa considerablemente, al grado de que llego a creer que mi corazón saltará del pecho en cualquier momento. Un sabor metálico se instala en mi boca y el estómago se ha precipitado en caída libre dejando en su lugar un gran vacío.

Temerosa, intento sin éxito encender la luz. Sintiéndome observada, dirijo

la mirada hacia la sala de estar y luego al salón principal. Casi me da un infarto al ver ante mí a la niña, que, por lo visto, goza atormentándome.

—¿Se puede saber qué...?

No puedo terminar mis cuestionamientos, pues Plegoste se ha interpuesto entre nosotras, y, como todo un defensor personal, le bufa de tal manera que temo desafiarlo.

La furia en el rostro de la chiquilla desfigura su belleza por un instante. La mirada de odio que le dirige al gato me hace estremecer.

Observo atenta la reacción del felino y, para mi sorpresa, cuando levanto el rostro, la niña ya no está.

—¿Qué rayos está sucediendo aquí? —pregunto a Plegoste como si este pudiera contestarme.

Otra vez esa extraña comunicación sin palabras con él me insta a seguirlo, solo que, en esta ocasión, no hay nada que me distraiga para llegar al objetivo que el felino tenía fijado desde el principio.

Hecha un nudo de nervios, por primera vez reconozco que estoy realmente asustada como nunca en la vida lo había estado. La casa y todo cuanto en ella sucede, parece estar destinado a terminar con mi cordura.

Aferrada a Plegoste, pongo la mano en el pomo de la puerta de la habitación infantil. Él me mira, es como si dijera un mudo «confía en mí». Luego se acurruca en mis brazos.

Al entrar, lo primero que hago es buscar el interruptor. Desilusionada compruebo que la luz eléctrica no funciona o, peor aún, no quiere funcionar. Es como si cada cosa dentro de la finca tuviera voluntad propia. A estas alturas, y ante tantas situaciones inexplicables, mi lógica y raciocinio están hechos pedazos, y sé que ahora no son muy confiables.

Mis sentidos parecen haberse vuelto locos. Los ojos no se ponen de

acuerdo con el instinto, pues los primeros me muestran que ahí no hay nada, sin embargo, el otro insiste en hacerme sentir que algo, o alguien, espera por mí en las sombras.

La expectativa carcome la poca cordura que queda dentro del caos que reina en mí. ¿Acaso esto es la locura? ¿Será esto un delirio producto de quien sabe qué cosa? ¿Será consecuencia de la caída? He oído de casos en los que, después de un fuerte golpe en la cabeza, pueden presentarse alucinaciones.

Sumida en un mar de preguntas y teorías, vislumbro por el rabillo del ojo una silueta oscura. Aún aturdida, giro el rostro para encarar al intruso.

—Vaya, hasta que por fin se digna en aparecer y dar la cara.

—¿Sabes quién soy? —El hombre sacude la cabeza un tanto confundido.

—Por supuesto —digo—, el corbatín blanco y la camisa negra son muy característicos, ¿no cree, padre José?

—Supongo que sí. —Me observa intrigado. Su mirada deja en mí una fuerte impresión, pues es clara y honesta—. No tienes idea de qué ha pasado, ¿verdad?

—¡Claro que la tengo! Sus muchachos llevan varias noches metiéndose en mi propiedad con el firme propósito de darme un buen susto y que salga corriendo espantada para que así la finca pase a ser de usted, pero sépase que eso no va a pasar. Si tanto quiere mejorar el orfanato, búsquese otro lugar, porque esta es mi casa y de aquí nadie me saca. ¿Entendió?

Sonríe y su semblante es apacible. ¿Qué rayos le pasa al padrecito? ¿Acaso nada es capaz de perturbar a este hombre? Le acabo de soltar una retahíla sobre sus protegidos y permanece en una actitud tan pasiva que me exaspera.

Un estruendoso portazo nos hace girar la cabeza hacia el pasillo.

—¿Lo ve? —avanzo a la puerta.

—Espera.

—¿A qué? ¿A que sus muchachos se vayan? Olvídelo.

Decidida a poner fin a las correrías de los bribones, camino al exterior e ignoro la palabrería de padre, al grado de que ni me entero de lo que reza. Aun así, me parece haber escuchado un «no te alejes de mí».

Recorro la casa de cabo a rabo y lo único que encuentro a mi paso son gatos. Felinos dispersos aquí y allá, pero nada más.

«Ese padrecito, por muy apuesto que sea, es un mal educado, mira que largarse sin decir adiós. ¿Y con ese comportamiento todavía te extraña que los chicos sean unos revoltosos? Vaya que estás mal, Julia», me reprendo al tiempo que sacudo la cabeza.

De pronto soy consciente de lo sola que estoy y, para rematar a mis apaleadas emociones, una sensación de aislamiento me invade.

Plegoste se restriega en mis pies y sin dilación alguna lo tomo en brazos. «¡Dios! Me he convertido en lo que tanto temía: ¡en la típica solterona que vive rodeada de gatos!». Con el minino acurrucado en el regazo, hago un alto en medio del patio y dedico unos minutos para contemplar el cielo. La bella gama de colores indica que está próximo el amanecer.

—Ha sido una noche larga. Es hora de ir a descansar. No sé tú, pero yo pretendo no salir de la cama en muchas, muchas horas. Quizá, cuando abra los ojos, me encuentre con que todo esto no fue más que un horrible sueño.

Capítulo VII

La Toruca

Debajo de toda cama infantil, se guarda el miedo.

Una fuerte luz impregna la habitación, abro los ojos y, por un momento, no reconozco el lugar en el cual me encuentro. La cama es la misma, el colchón también, sin embargo, algo ha cambiado, quizá sea que no la siento tan mullida como antes, no lo sé.

Plegoste permanece a mi lado, pero, a diferencia de otras veces, no duerme, solo me observa con esa mirada que transmite una inteligencia nada propia de un animal.

Caigo en la cuenta de que lo que creí era la luz del sol ha desaparecido para dar paso a una semipenumbra. La confusión que reina en mi cabeza es magistral, al grado de que no sé qué creer de lo acontecido en las últimas horas, de hecho, no quiero pensar más en ello, pues mi cerebro no da para procesar todo lo que está pasando.

Por un momento me convenzo de que todo fue parte de un sueño, que, por fortuna, terminó. «¡Claro! ¿Qué otra explicación mejor que esa? Los sueños son incoherentes, llenos de emociones, faltos de lógica e inexplicables, la mayor parte del tiempo».

«Tiempo». Reconozco que no tengo ni la menor idea de qué hora puede ser. Por inercia giro mi rostro a la mesilla de noche: 3:33 a. m.

—Deja de mirarme así, es intimidante —reprendo al felino, aparto el

rostro y comienzo a buscar el celular en la mesita de noche—. ¡Maldición! ¿Ahora dónde lo dejé? —Revuelvo el cajón si éxito alguno y eso me frustra. Plegoste lanza un sonido agudo, mitad chillido, mitad maullido, que termina por crisparme los nervios; entonces, sin previo aviso, alguien toma mi mano y me da un jalón.

—¡Ven! ¡Corre que ya viene! —Es la niña embustera quien me saca a rastras de la habitación.

—¿Ya viene? ¿Quién?

—La Toruca

—¿Qué? —No tengo ni idea de qué demonios es La Toruca, lo único que sé es que la sola mención de esa palabra causa en mi un miedo atroz. Miles de impulsos eléctricos se clavan en mis terminaciones nerviosas como si de agujas afiladas se tratase.

Cuando logro reaccionar, estamos dentro de una habitación que no recuerdo haber visto o, al menos, no en esas condiciones. Un par de camas con cabeceras de fina herrería, colchas de flores y mullidos almohadones llaman mi atención, sin embargo, no tengo suficiente tiempo para observar los detalles, pues la niña me arrastra dentro de un ropero blanco con detalles en flores rosas.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? ¿Por qué...?

—Sh. Está aquí —responde al tiempo que mira con sumo sigilo por la rendija de la puerta.

Puedo sentir su miedo. «¡Dios! ¡ella también le teme!». Sea «eso» lo que sea. ¿Cómo definirlo?, ¿presencia?, ¿aparición? No lo sé y eso me asusta aún más.

La piel de la nuca se me eriza y el estremecimiento avanza al resto del cuerpo. No escucho nada, pero puedo sentirlo, es maldad pura, algo oscuro,

siniestro... Un sudor frío moja mis manos. Mi corazón, una vez más, parece querer salir y correr desbocado; percibo su latir hasta en mi garganta, la cual, por cierto, está obstruida, no sé si por expectación, pánico, o quizá ambos.

Siento el filo del miedo clavarse en mi carne con toda su saña; la respiración es una tarea imposible, estoy a punto de sucumbir al vértigo, que me provoca arcadas. «¡Dios! ¿Qué es esto? ¿Acaso voy a morir?».

De pronto la puerta se abre y ese algo se lleva a la niña arrastrándola fuera. Ella grita, estira sus bracitos hacia mí, pide, suplica por ayuda y yo solo atino a quedarme aquí, paralizada como vil roca. Esa cosa la ha sacado de nuestro escondite y la ha devorado en su oscuridad. La visión se me nubla, el aire se acaba y sé que es el fin.

Abro los ojos, confundida, compruebo que estoy en mi habitación. No necesito mirar el reloj, algo dentro de mí sabe con toda certeza que marca las 3:33 a. m. Me siento en la cama y trato de poner en orden mi cabeza. Plegoste se acerca y me mira de esa manera, a la cual comienzo a acostumbrarme.

En un instante el ambiente se carga de ese algo a lo que aún no le puedo dar una definición. Es como una fuerza magnética, un campo eléctrico o qué sé yo. La constante sensación de sentirme amenazada puede con mis destrozados nervios. A estas alturas, comienzo a identificar las señales de que algo o alguien viene.

Siempre es el mismo orden: primero el corazón comienza a palpitar a mil por hora, luego, el tan característico escalofrío que nace en la nuca y se extiende por toda la columna vertebral, al tiempo que paraliza brazos y piernas. La boca segrega un sabor amargo, las manos sudan frío y tiemblan sin parar. Ese algo —llámese instinto o intuición— advierte, se pone alerta.

Plegoste se eriza y comienza a bufar asustado.

—¿Qué sucede, amigo?

Un intempestivo viento abre la puerta azotándola contra la pared. No sé

explicar por qué, pero tengo plena seguridad de que es ese algo que se llevó a la niña y ahora viene por mí. Asustada, solo atino a esconderme bajo la cama.

Una sombra oscura se postra en el marco de la puerta e impide el paso de la poca luz exterior. Me busca, puedo sentirlo, escucho sus pasos dentro de la habitación. Se detiene al costado derecho de la cama y, por increíble que parezca, sus botas de piel de víbora me resultan familiares. Dejo de respirar por temor a que pueda escucharme; entonces, toma mi tobillo y luego viene un fuerte jalón.

Mis manos se aferran al travesaño; grito, pataleo y lucho con todas mis fuerzas para evitar que me arrastre fuera. Estoy aterrada, es muy fuerte y no quiere soltarme.

Una brisa suave se cuele en la habitación llevando consigo el murmullo de una canción.

El forcejo al cual me vi sometida cesa. Él me suelta y sale de la alcoba llevándose el olor a alcohol añejo.

Hiperventilo sin poder evitarlo, Plegoste llega hasta mí y comienza a lamer mi rostro para sacarme del estado de choque en el cual me encuentro.

Tardo en reaccionar, cuando por fin lo hago, noto que ese ¿canto de cuna? o quizás un arrullo tiene un efecto tranquilizante en mí. Hecha un ovillo, me abrazo y dejo que la paz de esas dulces notas me llene. Siento los parpados pesados, mi respiración por fin se vuelve acompasada y luego, oscuridad.

Una melodiosa voz me atrae y saca de las sombras. Una vez más mi vista es atraída al reloj de noche: 3:33 a.m. Me incorporo casi por inercia, así como el cuento del flautista de Hamelin, esa canción me atrae y llama. Como autómatasigo el sonido hasta llegar al origen: la habitación infantil.

—¡No entres ahí! —La niña está justo detrás de mí y quita mi mano del pomo de la puerta.

El canto se vuelve más dulce y armonioso, no puedo luchar contra él, tengo que cruzar el umbral cuanto antes.

—Lo siento, me es imposible evitarlo, tengo que ir —respondo sin voluntad alguna de abandonar mi objetivo y abro la puerta.

—¡No, no la escuches! —jala mi brazo para impedirme el avance—. Ella quiere hacerte daño.

—¿Ella?

—¿Recuerdas todas aquellas historias que aterrorizaron tu niñez? ¿A aquellos seres que te hacían evitar mirar bajo la cama por las noches o dentro del ropero? Ya es tiempo de que aceptes que son reales.

—¿Te refieres a esa cosa que tanto miedo nos causa?

—¿Cosa? Ah, hablas de La Toruca. —Sonríe con malicia—. Si, también podría ser, pero no, ahora se trata de ella... —Señala el interior de la habitación—. Con su dulce canto se apodera de la voluntad de los pobres incautos que tienen la desdicha de caer en su hechizo, es así como los atrae para luego devorar sus ojos.

—¿De qué estás hablando?

—¿Tienes miedo?

—¿Quién eres? —suelto exasperada, aunque se ve como una niña, por primera vez comprendo que su forma de hablar y su comportamiento no corresponden al de un infante de esa edad.

—Tardaste mucho en preguntar, hermanita.

—¿Hermana? Eso no es posible, soy hija única.

—Piensa lo que quieras si eso te hace sentir mejor, pero ignorar la verdad no va a cambiarla.

—¿A qué verdad te refieres?

—¿En realidad no lo sabes?

—No.

—Ese es el problema de los adultos, solo ven lo quieren, lo que les conviene.

—¿Por qué habría de hacer eso? Si lo que quiero es entender qué pasa aquí.

—No te creo; en el fondo tienes el conocimiento que tanto buscas y cuestionas, solo que te niegas a verlo porque te aterra descubrir de lo que eres capaz.

—¿Qué? —sacudo la cabeza—. ¡Eso no es cierto!

—¿Qué quieres escuchar? ¿Que soy una extensión de ti misma? ¿La maldad que habita en tu corazón?

—¿Qué? ¿Cuál maldad? Siempre me he portado de acuerdo con lo que se espera de mí...

—Lo sé. ¿No te aburres de ser siempre la buena?

—No te entiendo.

—No hace falta, querida. Tiempo es lo que sobra.

—¡Yo no tengo tiempo!

—¿En serio? ¿No te basta con la eternidad, hermanita?

—No, espera, no te vayas, aún no hemos terminado...

—Tienes razón, esto no acaba aquí. Entra si quieres —ahora es ella quien abre la puerta—, luego no digas que no te lo advertí.

A pesar de que estoy aterrada, ignoro su «advertencia» y me adentro en la habitación. Allí está ella, la dama de blanco que mece una cuna vacía. En cuanto me siente, deja de cantar y gira su rostro hacia mí. Después, todo es

oscuridad.

—¿Julia?

Conozco esa voz, sé que sí. Es... ¡el padre José!

Abro los ojos y mi vista es atraída al reloj en la mesita de noche: 3:33 a. m. Quiero moverme y salir de la cama, pero siento el cuerpo entumido, pesado. Me cuenta mucho incorporarme. La cama que tanto me gustó en un inicio se ha vuelto incómoda y un tanto dura.

—¿Padre? ¿Dónde está?

—¿Cómo estás, Julia? —Sale de las sombras y se sienta a mi lado.

—No tan bien como quisiera. Por cierto, ¿qué hace aquí? ¿Cómo entró?

—Tú me llamaste.

—Sí, pero...

—Tienes que esconderte, ¡ya viene! —La niña entra en mi alcoba corriendo agitada.

—Tú lo atrajiste.

La chiquilla ignora la acusación del padre y posa en mí sus asustados ojos.

—Tienes que venir conmigo, ¡ahora! —insiste.

—¿Qué?

—No hay tiempo para charlas, tenemos que ocultarnos. —Toma mi mano y da un fuerte jalón para ponerme en pie.

—Déjala en paz —advierde el padre.

—No te metas en esto. —Lo fulmina con la mirada.

—Yo puedo protegerla.

—¿En verdad lo crees? —se burla la chiquilla.

—No entiendo, ¿de qué...?

—¡Corre! —grita la niña con el miedo pintado en el rostro.

—¿A dónde? —Estoy asustada, mi cuerpo no responde, no puedo dar paso.

La puerta es azotada y entra una fuerza que —no sé cómo explicar— me expulsó contra la pared. Cuando por fin reacciono, me encuentro tirada en el piso y un fuerte dolor recorre mi cuerpo.

Escucho la voz del padre, parece repetir rezos en una lengua antigua. Lo busco con la mirada y lo veo en medio de la habitación; ese algo ronda alrededor de él como si fuera un huracán, pero el sacerdote permanece inmóvil, con los ojos cerrados y repite ese rezo que repele esa fuerza maligna.

Logro ponerme en pie; el viento que ese ente emite es cegador, resopla en mis oídos ensordeciéndome. Intento huir, pero ese, lo que sea, es poderoso, cierra la puerta ante mi nariz. Puedo sentir su presencia a mi espalda. Cierro los ojos, aterrada. El miedo me invade a tal grado que me aterra abrir los ojos y descubrir su verdadero rostro.

«Puedes cerrar los ojos, pero eso no evita que yo siga aquí». Su frío aliento estremece mi oído izquierdo. Tiemblo sin poder evitarlo. Conozco esa voz, aunque es la primera vez que la escucho, me es familiar.

Él se alimenta de mi miedo, lo sé. Cada aliento que exhalo es bebido y lo hace más fuerte. Entre la bruma del huracán vislumbro un par de ojos negros que ya he visto. Quedo paralizada; aunque solo fueron unos segundos, puedo reconocerlo, ahora sé quién es.

Está a punto de atacarme cuando una brillante luz lo distrae, esta emana del padre José, que entona un extraño cántico que poco a poco sube de intensidad. A la par de ello, la luz que desprende también se magnifica hasta volverse segadora.

Con un rugido animal, él se va y, en cuestión de segundos, todo regresa a la

calma.

—¿Estás bien? —El padre se acerca a mí.

—No lo sé. —Apenas si puedo hablar—. ¡Dios! No sé ni cómo estoy, esa es la verdad. ¡Creí que iba a matarme! —mi voz suena como un chillido.

—No mientras yo pueda evitarlo. —Sonríe con tanta calidez que no puedo evitar abrazarme a él.

—No entiendo nada, cada vez que abro los ojos estoy segura de que despertaré en mi cama y con alivio veré que todo esto no fue más que un horrible sueño, pero no es así, por alguna razón que desconozco, sigo aquí.

El padre me arropa y conforta con dulces palabras. La seguridad que siento en sus brazos es abrumadora, es como si lo conociera desde siempre, como si estar en sus brazos fuera mi lugar, mi hogar.

—Julia, por tu seguridad y bienestar, tienes que mantenerte lejos de los habitantes de esta casa.

De pronto me siento expuesta, él ha dejado de abrazarme.

—Tengo que irme, por favor, mantente lejos de ellos. Volveré pronto.

—¿A dónde vas? No, por favor, no me dejes...

—Déjalo, ahora tenemos cosas más importantes que hacer, como huir de La Toruca. Ten por seguro que regresará, siempre lo hace. —La niña está a mi lado, no sé en qué momento se colocó junto a mí, toma mi mano y me incita a seguirla.

—¿Él es La Toruca?

—Veo que lo has reconocido.

—Sí, ahora sé quién es, lo que no entiendo es qué quiere de mí.

—Será mejor que no lo sepas. Vamos, tenemos que movernos.

—Espera, no quiero ir, prefiero quedarme con él.

—¿Cuál él?

—El padre... —Recorro la alcoba con la vista y con decepción compruebo que se ha ido.

—El padre no es de fiar, no es de los nuestros.

—¿De qué estás hablando?

—De ellos, de nosotros...

—No parlorees, quiero la verdad.

—No es sensato quedarse en un mismo sitio, eso nos hace presa fácil de ellos.

—¿Quiénes?

—Los habitantes de la casa. Los que no pueden marcharse.

—¿Habitantes? En esta casa solo habito yo, los demás son intrusos.

—Por qué te niegas a aceptar lo evidente. También los has visto. Los fantasmas...

—Oh, espera un momento, yo no creo en eso.

—Pues deberías porque son reales. En un principio también me negué a aceptarlo, pero... luego te acostumbras.

—Ahora sí vas a decirme quién eres y qué haces aquí.

—¿Sabías que en el pueblo se rumora que esta casa está llena de espíritus?

—No me cambies de tema.

—Tenemos que movernos o La Toruca o cualquiera de ellos nos encontrará.

—No pienso ir a ningún lado hasta que contestes lo que te pregunté y dejes

de salirte por la tangente. ¿Quién eres?

—Yo...

Un grito agudo y ensordecedor proveniente de no sé qué parte, taladra mis tímpanos hasta el punto del dolor. Las luces parpadean y luego de un instante todo queda en semioscuridad.

—Maldita instalación eléctrica, en cuanto le ponga las manos encima a ese licenciadete... —Revuelvo el cajón de la mesilla de noche, la caja de las cerillas no está.

—¿Buscas esto?

—¿Cómo es que...? —La niña toma una y enciende la vela sin esperar mi aprobación—. ¿Acaso nunca te dijeron tus padres que o hay que jugar con fuego?

—Sí, pero nunca les hice caso. —Muestra una sonrisa que bien podría causar miedo.

Capítulo VIII

La dama de las tijeras

La ausencia mece la cuna del niño perdido.

El pasillo está desierto, aun así puedo sentir esa sensación de cuando alguien te observa. Y lo peor de todo es que sé quién es el que me observa.

—¿Sabías que a este lugar le nombran La hacienda de las tijeras? — comienza la niña—. Le dicen así porque, según reza la leyenda, una mujer trastornada mató a su hijo y luego se sacó los ojos y perforó sus oídos con las mismas tijeras con las que lo asesinó.

—¿Por qué haría algo así?

—Según dicen fue para no ver el fantasma del pequeño ni escuchar su llanto. Se cuenta que desde entonces ella deambula por la casa con su vestido blanco ensangrentado, en busca del hijo perdido. Pero están equivocados, ella no deambula por la casa, solo está en el cuarto infantil y no, no lo mató, fue... otra persona.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Porque la he visto. Es justo como la describen: viste de blanco, con dos huecos negros y profundos en lugar de ojos y los oídos sangrantes...

Detengo mi paso de forma abrupta. Desde la noche en que caí por las escaleras, mi mente ha estado sumida en brumas de confusión, nada es lo que parece y lo que es no es nada. Todo es un caos, aun así, por un momento, la niebla parece disiparse para dar paso al último recuerdo que tengo antes de

rodar escaleras abajo:

Entré en la habitación de los niños, ahí estaba ella, en efecto, con un vestido blanco, lleno de manchas de sangre. Me acerqué sin miedo alguno porque pensaba que era una broma de los muchachos del orfanato; le tomé el hombro y ella se giró, entonces, un grito agudo y ensordecedor taladró mis tímpanos al tiempo que observé que la mujer no tenía ojos; en esos negros abismos solo había oscuridad y una nada infinita. Por la boca soltó una lluvia de polillas pardas, que me rodearon como una nube, aleteando a mi alrededor, inmovilizándome.

Con los recuerdos vuelven también las sensaciones que experimenté en ese instante que pareció durar una eternidad. Mientras estuve atrapada, pude sentir su dolor; de alguna forma inexplicable, supe lo que le había pasado.

—Ahora sé por qué salí huyendo —balbuceé horrorizada—, intentaba huir de... La dama de las tijeras. —Me cuesta mucho aceptar lo sucedido y reconocer que no tengo explicación racional para refutar un hecho infalible; estuve frente a una auténtica aparición.

No sé cómo expresar lo que pasó mientras me tuvo envuelta en ese halo que era como su aliento vital o qué sé yo. Es como una película en cámara rápida dentro de mi cabeza, pero aun así pude entenderla. No es telepatía, es más complicado que eso.

Viene a mi apabullada memoria lo que un espiritista mencionó una vez en una entrevista que le hicieron en la radio.

«Ellos se comunican por medio de sentimientos, no hablan, no es telepatía, simplemente te hacen sentir lo que están experimentado. Te adentran en sus recuerdos y ves todo a través de sus ojos. Es como si por un momento fuésemos uno; revives lo que vivieron con todo lo que conlleva, es decir, van incluidas las emociones, sensaciones y sentimientos.

—¡Wow!, no sé qué decir. —había dicho el locutor.

—*Dilo así, con todas sus letras, no te contengas. Crees que estoy loco, ¿verdad?, lo cual es cierto. (Risas). Créeme, he cuestionado mi cordura cientos de veces, así que no temas herir mi sensibilidad por decir la verdad.*

—*No creo que estés loco, solo me resulta increíble todo lo que cuentas.*

—*¿Sabes? Ellos son muy complejos, no tienen el raciocinio humano, solo ven lo que quieren ver, solo sienten lo que quieren sentir y se quedan atrapados en ello. Por ejemplo, la mujer que deambula en la carretera, llamada “La M”, se quedó estancada en el accidente en que murió y justo allí está atrapada, es un bucle.*

—*¿Se puede romper? Es decir, ¿existe un modo para que esos seres puedan salir de ese estado de repetición y trascender?*

—*El plano en que ellos habitan...».*

Caigo en la cuenta de que en ese momento cambié la emisora y no escuché más.

—Demonios, Julia, ¿por qué tienes que ser tan necia? Ahora, gracias tu terquedad y estrechez de mente, no sabes cómo salir de este... lo que sea esto que esté pasando.

Voy camino a la habitación cuando paso frente al despacho. Me sorprende escuchar murmullos provenientes del interior. Estoy a punto de abrir cuando el sonido de una voz me paraliza.

—Idiota, ¿tienes idea de lo que tu estupidez ha acarreado? el emperador ya está harto de ti y ha decidido tu destitución. A partir de ahora ya no eres reconocido como el gobernador de la Villa de las Aguascalientes —sus gritos son imponentes.

—Me importa un rábano, gano más estando libre que bajo las órdenes de toda esa sarta de tipos que solo quieren manipularme —expresa una segunda voz.

—¿Acaso estás demente? Invertí mucho tiempo y dinero en colocarte donde estabas y ¿qué haces? Echarlo todo a perder por tu maldita maña de tomar lo ajeno. En verdad eres un tonto si crees que, por tu absurda participación en La Intervención Francesa y porque el mismo emperador Maximiliano te mandó regalar una espada en reconocimiento a tu valor, puedes encajar en su círculo.

—¿Por qué no? Poco a poco lo estoy consiguiendo.

—Entonces eres más idiota de lo que creí. Esa gente nunca aceptará como suyo a un bastardo.

—¿Acaso crees que me importa? No soy como tú: un hipócrita fingiendo ser caballero. Soy un salteador y siempre lo has sabido, así que ¿de qué te quejas? Soy Juan Chávez^[1], y a mucha honra.

«¿Qué? ¡No puede ser! ¡No puedo creer que se trate del Juan Chávez, el de la leyenda que nos hacen estudiar en la escuela!», pienso, conmocionada.

—No cambies de tema, sabes que lo estropeaste, ¿o vas a negar que fueron los franceses quienes te retiraron el cargo de gobernador para designar al imbécil de Cayetano Basave?

—Si tanto te interesa, ¿por qué no te postulas tú?

—Sabes que no puedo hacerlo. ¡Maldita sea! Si pudiera, no habría delegado el mando a un idiota que echó todos mis planes por la borda. No eres más que un vulgar ladrón, un delincuente sin educación ni beneficio. ¡Ya no me sirves de nada!

—No tengo la culpa de que hayas echado a perder tu oportunidad al desafiar abiertamente al emperador Maximiliano, pero tranquilo Genaro, tendremos más riqueza mientras yo esté libre y pueda seguir con lo mío. La verdad es que siendo político tenía que llevar una vida intachable, lo cual es de lo más aburrido...

—¿Aún no lo has entendido? No son las riquezas lo que me importa, es el poder; y se suponía que, mientras estuvieras al mando, yo tendría poder ilimitado.

—Sí, ya lo sé, querías que fuera tu títere, pero al menos yo sí he hecho algo: el manifiesto...

—El manifiesto de Juan Chávez es una basura que un tiempo nadie recordará. ¡Ja! «Viva la religión, viva la regencia del imperio». Como si a esos pomposos les importase el pueblo.

—A esos pomposos, como les llamas, les interesaría mucho saber por qué tanto interés de tu parte por desaparecer ciertos documentos y cuánto pagaste por ello.

—No te conviene ponerte en mi contra, te consta que como enemigo...

—Podrás decir misa, Genaro, pero en el momento que yo quiera puedo declarar los verdaderos motivos que me llevaron a quemar el archivo municipal y El Parián, hasta dejar en cenizas gran parte del recinto. Tus detractores pagarían el doble que tú por ese algo que, por fortuna, no se quemó.

—¿Estás diciendo...?

—En efecto, el incendio se realizó, sin embargo, antes me aseguré de poner a buen resguardo ciertos papeles...

—¡Eres un maldito traidor!

—Solo soy un hombre precavido. Ese es mi seguro de vida.

—Nadie le creerá a un vulgar ladrón.

—No, quizás no, pero a tu firma, sí.

—¿Qué haces? Sabes que no le gusta que lo espiemos ni que escuchemos tras las puertas. —La niña está a mi lado y me mira con súplica—. ¿Acaso

quieres hacerlo enfadar? ¿Ya olvidaste lo que pasó la última vez? —Toca mi brazo y un estremecimiento recorre mi ser. No sé cómo lo hace, pero en un parpadeo estoy en la habitación de las dos camas.

Aturdida observo todo alrededor. Hago a un lado la colcha de flores color rosa que me cubre, entonces descubro que mi cuerpo ha cambiado, ahora es el de una niña con un pulcro y largo camisón blanco.

Sin perder tiempo abandono la cama, avanzo a paso lento y al pasar frente al espejo de cuerpo entero, detengo mis pasos. Pasmada, contemplo la imagen que este devuelve. ¡Soy la niña del camisón blanco! «¿Qué rayos está pasando aquí?». Toco mi supuesto rostro y, aterrada, comprendo que esa piel no me resulta ajena.

—¡Rebeca! —Es él, viene por mí.

Espantada, corro en busca de refugio e intento abrir el ropero, pero no lo consigo, observo la habitación en busca de una segunda opción, sin embargo, es tarde.

Siento la presencia maligna, amenazante. Tengo miedo, esto es demasiado para mí, solo soy una niña de 9 años.

Por fin logro abrir el ropero, entró y trato de perderme entre los vestidos. Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Nunca he sentido tanto pánico como en este momento; sin poder evitarlo, me hago pipi.

La puerta se abre y una mano toma mi hombro, sacándome al exterior. Tengo ante mí a don Genaro de la Rentería y lleva un cinto de cuero en la mano.

Un azote, dos, tres, pierdo la cuenta, pues el dolor es insoportable. Aterrorizada, caigo al piso; ese hombre me da pavor.

—A pesar de todo, te quiero Rebeca, pero debes entender que tengo el deber de corregirte y lo que has hecho no puede quedarse sin castigo.

Hecha un ovillo y con los ojos cerrados, espero el golpe mortal, pero nada sucede, de pronto se hace el silencio.

Abro los ojos y compruebo que he vuelto a ser yo, esta sí es mi piel ¿o quizá lo es la otra y la de Julia solo es prestada? Ya no sé qué pensar. Mi cerebro es un batido de ideas sin sentido.

Confundida, logro ponerme en pie y por inercia miró hacia el ropero; una de las puertas cuelga de una bisagra y la otra está totalmente desprendida y recargada a un costado. La habitación ha dejado de ser bella y está sumida en sombras. El marco que antes sostuvo el espejo está vacío. Caigo en la cuenta de que en la recámara principal está el que compré en el pueblo.

Plegoste entra y se restriega en mis pies descalzos, llamando así mi atención.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —Sé que es absurdo, pero me siento traicionada por el gato—. Me dejaste sola cuando más contaba. —No puedo evitar reprocharle.

El felino posa sobre mí su profunda mirada, entonces esa comunicación no verbal nos envuelve y percibo cómo me reprende por no haberle hecho caso cuando me pidió que no siguiera a la niña.

«¡La niña!». Caigo en la cuenta.

—¿Sabes qué demonios está pasado aquí? —Sacudo la cabeza—. En verdad debo estar demente para ponerme a cuestionar a un gato. —Aun así sigo adelante—. ¿Tienes una puta idea de quién soy? La niña... ¿somos una? ¿Es acaso un reflejo de mí misma? ¿Es eso posible? Al estar de pie frente al espejo, es su reflejo, no el mío, el que se observa.

Siento su respuesta, un escueto *sígueme*.

No opongo resistencia alguna, camino detrás del felino. Al pasar por la habitación infantil, el canto de cuna vuelve a hechizarme. Sé que es ella: La

dama de las tijeras. Hay algo en esa mujer que me aterra, pero al mismo tiempo es imposible resistirse; es como si a través de su dulce voz me llamara, y lo más espeluznante es que quiero ir.

Sin vacilar entro en la habitación; ella, como siempre, está meciendo la cuna vacía. En un parpadeo la tengo de frente, toma mi rostro entre sus manos y, como una serie de diapositivas, comienzan a pasar por mi cabeza imágenes y recuerdos.

Siento su desesperación, el dolor que la oprime es tan intenso que asfixia, pero no es en lo físico, va más allá; es revivir una y otra vez aquello que te tortura y lacera el alma en un sufrimiento sin fin.

Estoy tan saturada de todo lo que me muestra que desfallezco; luego, en un instante, todo se vuelve oscuridad.

Siento una suave caricia en la mejilla, la sensación es reconfortante al grado de no querer ni abrir los ojos. Entonces la suavidad se vuelve áspera y húmeda, acompañada de un *levántate*.

—Plegoste, deja de hacer eso. —Giro mi cuerpo hasta quedar de costado. No sirve de nada, el gato insiste con lametazos cada vez más largos. Derrotada, sucumbo a sus deseos y me incorporo—. ¿Contento? ¿Ahora sí me dejarás en paz?

Contrario a lo que espero, el felino permanece inmutable. Noto algo diferente, pero estoy tan aturdida que no alcanzo a discernir qué. «Luz. ¡Eso es!». La habitación está bañada con una tonalidad propia del amanecer.

Sin perder tiempo, corro a la ventana. La neblina no se ha disipado, por lo que no consigo ver más allá de un par de metros. ¿Será posible? ¿Por fin desperté y lo sucedido solo fue un mal sueño? Todo parece indicar que sí, por lo que decido relegar al olvido lo que pasó, la mujer y lo que me mostró.

Como si hubiese dormido un siglo, estiro mis músculos con pereza.

—¿Qué es lo que estaba haciendo antes de toda esta pesadilla? ¡El ático! Estaba ordenando el lugar.

Una vez más, no encuentro las pantuflas, no le doy importancia, me siento tan llena de energía que no quiero perder un solo segundo en trivialidades. Siento una pequeña molestia en la mano derecha, entre el dedo pulgar y el índice, es como un piquete. Observo la zona en cuestión y no hay nada.

No pierdo más el tiempo y camino hacia el desván. A primera vista, el ático parece estar tal cual lo dejé; comienzo a inspeccionar las cajas y baúles. Tomo un álbum de fotografías y paso de una página a otra. Es el conocido «Álbum de los muertos». Un escalofrío sacude mi ser y decido cerrar el libro macabro de golpe, mis nervios no están para eso.

Llama mi atención una caja de madera labrada. «Vaya, esto no estaba aquí la última vez». La saco del interior, no es muy grande, apenas si es del tamaño de una libreta estilo profesional. Sacudo el polvo y procedo a levantar la tapa. Dentro encuentro papeles sin importancia, dibujos de niños, intentos de poemas, canciones y demás cosas triviales. Estoy por cerrarla y echarla de lado, cuando un atado de papel amarillento llama mi atención. Son recortes de periódicos.

1866 «Los terratenientes, Genaro De la Rentería y Víctor Manuel Franco, unen fuerza para monopolizar el mercado de la zona».

1867 «Don Genaro De la Rentería y familia celebran el nacimiento de su hijo varón, quien, mediante del sacramento del bautismo, ha recibido el nombre de Carlos Eduardo».

1870 «Inconsolable la familia De la Rentería tras la trágica e inexplicable muerte de su heredero. Nuestro más sentido pésame. Descanse en paz, Carlitos Eduardo».

1871 «Sigue instalada la tragedia en La Camelia. En misteriosas circunstancias muere Azucena De la Rentería. Algunos dicen que no pudo

superar la pérdida del pequeño Carlitos...».

—¡Oh, Dios! Tenía solo tres años. ¡Qué tragedia tan espantosa! —Un fuerte ruido me hace brincar. Dejo el fajo y emprendo camino en busca de la fuente. Aún no he olvidado las invasiones de los revoltosos. Convencida de haber superado el mal trago que fueron esas extrañas pesadillas, bajo de prisa las escaleras. Trato de identificar el sonido, es como el de albañiles trabajando.

—¡Por fin! Seguro que el licenciado, ahora sí mandó la gente para iniciar con las reparaciones y reformas.

El ruido parece provenir de la cocina, suena como cuando están tumbando a marrazos una pared. Dejo que los ruidos me señalen el camino, por lo que termino en el sótano de la cocina sucia o, lo que es lo mismo, las bodegas de comida y alacenas.

A primera vista, todo se ve normal; obvio que el deterioro y suciedad, propios del estado de conservación de la casa, no pueden catalogarse como novedad. Desconcertada, estoy por abandonar el sitio cuando una corriente de aire, apenas perceptible, se posa en mi nuca y acaricia mis oídos.

«¡Dios! Otra vez no». Reconozco de inmediato las reacciones físicas de mi cuerpo: el estremecimiento de pies a cabeza, el latir desahogado, la boca seca y, sobre todo, esa conocida sensación de que algo o alguien está esperando en las sombras por mí para devorarme.

Llena de temor, todo mi ser sabe que algo trascendental está por ocurrir y que la pesadilla aún no ha terminado.

Ante mí, parte de la pared comienza a desmoronarse. No puedo moverme, solo atino a observar. El agujero no es tan grande. Cuando por fin las piernas se dignan a obedecer, camino al frente; estoy por asomar la cabeza cuando un ser descarado salta sobre mí con toda su rabia y sed de venganza.

La mente humana es muy poderosa, puede llevarte al paraíso o al mismo

infierno, según se lo permitas, y yo, una vez más, sucumbo al pánico, que no tarda en sumirme en la oscuridad.

Capítulo IX

El hombre de la sotana

La luz que ilumina el camino procede del alma.

Plegoste ronronea junto a mi oído, es un sonido rítmico que me transmite paz. Abro los ojos y lo abrazo para acercarlo más a mí. Siento en la boca un sabor ferroso, muy parecido al que dejan los medicamentos. Noto el colchón duro bajo mi cuerpo, me incorporo en la cama y observo la habitación. Lo último que recuerdo es haber bajado al sótano y... ese ser lleno de ira que me atacó con saña.

No puedo seguir negando lo evidente: la casa está llena de espíritus y, lo peor, no sé qué quieren de mí.

Sin esperar, viene a mi mente una ocasión en que llevé en mi auto a un compañero de trabajo, que se dirigía a la casa de su madre, que resultó vivir a dos cuadras de mi cuchitril.

Nada más terminar de abrocharse el cinturón, Javier se había apropiado de la radio y sintonizó ese fraude de programa sobre fantasmas y cosas paranormales.

«—Quizá se deba a que no creo en espíritus ni aparecidos —había expresado el locutor.

—¿Después de lo que acabo de contarte, sigues sin creer? —cuestionó el ponente.

—Es sorprendente lo que me cuentas, pero aun así no sé qué pensar, creo

que siempre existe una explicación lógica para todo. Ese es mi trabajo, encontrar una respuesta razonable y evidenciar a los charlatanes.

—Sí, claro. Por desgracia en este ramo existen muchos que afirman ser lo que no son.

—¿Y tú si lo eres?

—Por supuesto.

—Entonces, convénceme...

—¿Alguna vez has sentido que no estás solo, aunque en la habitación no haya nadie más?

—Sí, y existe una explicación científica para eso, así como para el efecto llamado «se me subió el muerto».

—Eso son solo patrañas de mentes que se niegan a ver lo evidente. Las señales son más que visibles: luces parpadeantes, fallas en la energía eléctrica, sombras o luces a través del espejo, cambio en la temperatura ambiente...

—Todo eso tiene una explicación lógica: tormentas, cortes de luz, fallas en la central energética...

—Tal vez sí, tal vez no. Los ojos son crédulos y fáciles de engañar, pero el instinto no, a ese no se le puede mentir. Siempre que tu mirada es atraída hacia un sitio en las sombras, no es solo coincidencia. Si sientes una presencia en la habitación, no estás loco, o quizá sí lo estás, pero no en el sentido común que se le da a ese término, al que nos tienen acostumbrados. La cuestión es que el cuerpo humano está diseñado para autoprotgerse. Cuando algo o alguien que no pertenece a este plano nos acecha las reacciones físicas son evidentes.

—¿Cómo cuál?

—Las hay de diferentes tipos, según la sensibilidad de la persona. Entre más desarrollada tengan su psique extrasensorial, más fuertes se manifiestan.

—¿Qué quieres decir?

—Hay quienes pueden experimentar un simple dolor de cabeza, otros un leve mareo. Taquicardia, sudoración, escalofríos, piel sensible.

—¿Solo eso?

—Cuando despiertas avanzada la noche y sin motivo aparente, el corazón comienza a latir desenfrenado, a continuación, viene el estremecimiento que eriza la piel. Un súbito escalofrío recorre tu columna vertebral alojándose en la nuca y, casualmente, la temperatura en la habitación desciende unos cuantos grados; no te engañes, tu cuerpo y tu instinto no mienten.

—¿Y eso quiere decir qué?

—Qué no estás solo por más que intentes convencerte de lo contrario. En estos casos nunca lo estás; uno o más de ellos están ahí, observándote, asechándote o esperando por ti. Según el tipo que sean.

—Según tu experiencia, existen varios tipos.

—Así es. Los hay del medio y bajo astral, que son energías terribles, llenas de maldad. La contraparte son aquellos que simplemente siguen atrapados en su bucle personal o aún no han caído en la cuenta de que ya no son seres físicos.

—Estoy sin palabras. Suenas tan convincente que casi logras hacerme creer en el más allá.

—Los humanos no somos los únicos que reaccionamos a ellos, ¿sabes? También los gatos los notan. Cuando un minino se eriza y bufa hacia la aparente nada, no está loco, es que hay algo o alguien ahí que lo hace

sentirse amenazado. Los felinos no tienen el raciocinio del humano para discernir, pero, aun así, su sentido de la supervivencia les advierte que algo no está bien, que no es normal, por eso los antiguos egipcios los consideraban guardianes de la muerte; se dice que pueden conducirse entre los diversos planos astrales...».

Entonces, cansada de tantas patrañas y sandeces, me había apresurado a apagar la radio; claro, después de dar a Javier el respectivo sermón sobre creer en todas esas tonterías.

Pienso en Plegoste y caigo en la cuenta de que, una vez más, se ha ido. Recorro la habitación en su busca, pero ni rastro de él. «¿Dónde se meterá?» Siento gran curiosidad por saber de las andadas del felino. Será que también le teme a los ¿cómo dijo el fulano de la radio? Ah, sí, «habitantes».

Aunque me llena de pavor, reconozco que tengo dos opciones: o renuncio a la propiedad, con fantasmas incluidos, y me largo para siempre, o busco el modo de limpiar la casa de esas presencias y así cumplir con el plazo estipulado. Pero ¿cómo se hace eso? Creo que se llama exorcismo y eso solo lo realizan... «El padre José». No estoy segura de sí querrá ayudarme, pues él es el más beneficiado en que me vaya.

Pienso en él y algo dentro de mí lo defiende. No me parece el tipo de persona que creí en un principio y, contrario a lo que debería, confío en él.

Como invocado, el hombre entra en la habitación.

—¿Cómo estás, Julia?

—No también como me gustaría. Descubrir que tu vida es una gran mentira, ver cómo todo en lo que creías se derrumba y lidiar con ellos es demasiado para mí. —Señalo a la nada.

—Comprendo.

—¿En verdad?

—Por supuesto.

—¡Dios! Nunca pensé que llegaría el día en que admitiría esto, pero, hay fantasmas en la casa. —Me siento liberada después de reconocerlo abiertamente.

—Lo sé.

—¿Entonces no cree que estoy loca?

—¿Por qué habría de creer eso?

—¿También los ha visto?

—Solo a uno. Los demás no se manifiestan, no quieren mi presencia, me repelen.

—Sí, ya lo vi —digo en referencia al incidente en que con sus rezos y cánticos corrió a la temible Toruca, mejor conocida como el espíritu, o lo que sea, de Genaro De la Rentería.

—Debes mantenerte lejos de él.

—Lo sé, eso trato, pero... y los demás, ¿qué quieren? ¿Por qué siguen aquí?

—Eso es algo que tienes que preguntarles, a veces solo quieren que los escuches.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Aunque carecen del raciocinio humano, conservan la voluntad y algunos rasgos específicos de su personalidad en vida, como, por ejemplo, la terquedad. Por ello son capaces de tomar decisiones, como ante quien mostrarse y por qué.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Que los escuches, quizá ocupan de ti para trascender.

—¿Se da cuenta de lo que está pidiéndome? Cada vez que tengo a uno de ellos cerca, o termino desmayada o, al menos, muerta de miedo. —Viene a mi memoria el incidente con el espíritu del sótano—. Son... ¡Dios! ¿cómo describirlo? ¿Aterradores? Esa cosa del sótano está llena de odio, de sed de venganza y esa energía negativa es destructiva.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo?

—No fue necesario, pude sentirlo.

—¿Cómo?

—No sé cómo explicarlo sin parecer una demente, pero ellos se comunican así, te tocan y... es como si entraran en tu cabeza, puedes ver son sus ojos, sentir con su piel. Por ese breve instante, revives lo que vivieron, con todo y sensaciones.

Enmudezco y un escalofrío me estremece hasta las entrañas, siento horror y ganas de llorar. Los recuerdos de lo que La dama de las tijeras me mostró, antes de caer en el desmayo, emergen de mi cabeza. No sé por qué los relegué al rincón de las cosas que no se quieren volver a ver, quizá porque dentro de mi siento temor de conocer lo que ella tiene para contar.

Uno tras otro los recuerdos pasan como una película; veo a la mujer sentada en la mecedora, canta una nana al tiempo que acaricia con ternura su vientre abultado. En el siguiente, ya sostiene en brazos a un bebé. ¡Soy yo!, puedo sentirlo; esa conexión inquebrantable que existe entre nosotras es tan fuerte que ni la muerte ha podido romperla.

Llega el entendimiento y me hace llorar. Ahora sé por qué no puedo resistirme a su llamado, ni alejarme de ella. «La dama de las tijeras ¡es mi madre!». O al menos lo fue.

Las imágenes siguen desfilando: juegos, nanas... Solo percibo amor de su parte, entonces algo cambia, ella me contempla con pesar y tristeza.

Hay un gato muerto... ¡Dios! ¡Yo lo maté y ellas lo saben!

¿Carlitos?, sí es él. Veo a mi hermano pequeño corretear a mi alrededor, luce tan contento. También está ella, es ¿mi hermana? No lo sé con exactitud, mi cabeza es un batido de ideas que me cuesta hilar.

«Romina». Ese nombre resuena en mi cabeza y me hace ruido.

Mamá va bajando los escalones del pórtico cuando escucho: «¿Qué hiciste, Rebeca?» Después, los gritos de la niñera le hacen estremecer, un dolor agudo le traspasa el pecho, lo siento, lo comparto, al menos por este momento.

Al acercarse al árbol del columpio, un grito desgarrador sale de su alma.

«¡Lo mataste!». Esas palabras se repiten en mi cabeza al igual que su mirada acusadora posada en mí.

En todo momento no puedo parar de llorar, las lágrimas resbalan por mis mejillas sin que pueda evitarlo. Un sentimiento que reconozco como culpa me ahoga.

—¡Julia! Espera, no sucumbas a las sombras. Se me agota el tiempo. —
Escucho entre brumas la voz del padre José; después, oscuridad.

Capítulo X

Lina

Ni cientos de ladrillos pueden acallar la verdad.

Abro los ojos, la misma rutina de siempre; miro el reloj: 3:33 a. m. Me incorporo en la cama, el pinchazo en la mano derecha vuelve a molestar, toco la parte afectada, pero no encuentro el origen, todo se ve normal.

«El padre José, tengo que encontrarlo». Mi cerebro recapitula a mil revoluciones por minuto. «Pero antes tengo que saber la verdad». Sin perder tiempo me dirijo al ático, una vez ahí empiezo a esculcar en busca de... lo que sea que pueda ayudarme.

Muevo unas cuantas cajas y de una de ellas cae un fajo de sobres atados con un listón ennegrecido por el tiempo. Jalo el cordón y, una a una, comienzo a leer.

La primera es una misiva fechada en febrero de 1869 en la que don Genaro, junto con otros insurgentes, promueven que la justicia comience una furiosa persecución en contra del caudillo Juan Chávez.

Otra carta en la que le informan que las pesquisas se extendieron del 12 hasta el 15 de febrero, teniendo resultados nulos, pues el salteador escapó.

Es la última la que me deja fría: fechada a 16 de febrero de 1869, en ella, un hombre que no revela sus señas avisa de la muerte de Juan Chávez a la edad de treinta y ocho años. Todo parece indicar que fue el respetable don Genaro, quien sobornó a la misma gente del ladrón para que le diera muerte.

Irónicamente, la ejecución del saltador no fue a manos de la justicia, sino de dos de sus hombres de más confianza, quienes lo atravesaron de lado a lado del tórax con lanzas. Según el asesino, podrían encontrar el cuerpo en un camino que conduce de San Sebastián a Encarnación de Díaz Jalisco.

Todo ello sucedió la noche del 15 de febrero de 1869.

Escondida en un falso trasfondo encuentro un fajo más. A diferencia de las otras, estas son de mi madre.

«¡Ay, Dios! Juan Chávez, era mi tío».

Azucena Dávalos, hija del respetable dueño de la hacienda San Marcos, José Dávalos, no respetó los designios de este ni de su marido, Genaro De la Rentería, sobre mantenerse alejada de su hermano ilegítimo.

Mi madre y el famoso ladrón mantuvieron comunicación por carta y en ocasiones se veían a escondidas. Hasta el último día de la vida de su hermano, ella nunca dejó de escribirle y pedirle que dejara el mal camino, buscara una buena mujer y fuera feliz.

Sigo con la búsqueda, mis ojos son atraídos al baúl de madera y latón que abrí la vez anterior. Es la primera vez que realmente le pongo atención; en la parte cerca de la cerradura lleva una placa grabada. «R E D R». Me arrodillo ante él.

—Rebeca Elizabeth De la Rentería —digo sin vacilación al reconocer el exterior del baúl. Comienzo a hurgar y con terror compruebo que cada cosa contenida en él me resulta familiar, pero no por haberlas visto la vez anterior que subí, sino como objetos con los cuales se tiene un contacto prolongado. El viejo oso de peluche, compañero de cama noche tras noche. Las muñecas de tela, amigas inseparables a la hora del té. La caja de madera, regalo de cumpleaños de nuestros padres.

Saco una muñeca de trapo con vestido rosa, le sacudo el polvo y algo cae de entre sus vestiduras. Estiro la mano y recojo el amarillento papel, al darle

la vuelta, un par de niñas idénticas entre sí me miran con distintas expresiones.

Un recuerdo acude a mi mente, en él veo la habitación de las dos camas, cada una con su respectivo baúl al pie de estas. Ahora sé por qué hay dos, siempre hemos sido dos.

Recorro el desván con la mirada y no tardo en localizar el otro par; gateo hasta llegar, con la mano limpio el polvo y la suciedad de la placa. «R A D R».

—Romina Anaís De la Rentería —murmuro con toda seguridad. Estoy por abrirlo cuando la niña aparece junto a mí.

—No hace falta que lo abras. Yo te daré las respuestas que tanto buscas. —Sin darme oportunidad a reaccionar, toma mi rostro entre sus manos y los recuerdos comienzan a fluir.

Comienza con la vez de la cocina. «¡Cielos, lo había olvidado!». En aquella ocasión acababa de llegar a esta casa, no escuché las advertencias entre líneas del abogado; estaba tan cerrada de mente que no supe ver lo evidente y lo quise confundir todo con un sueño. Incluso llegué a creer que me drogaron.

Esta vez lo veo todo desde los ojos de ella, mi hermana gemela, ahora no tengo dudas de ello. «Siempre juntas, siempre dos».

Allí está María, trajinando en las ollas de los fogones, meneando el café y canturreado esa canción que tanto le gusta.

—¿Otra vez estás pellizcando la comida, mi niña?

Es extraño mirarte a través de los ojos de alguien más; puedo verme parada frente a ella, nuestras miradas se cruzan y con ello llega el reconocimiento mutuo. Está enfada conmigo, puedo sentirlo. La causa es Manuel, pues, una vez más, él ha demostrado la clara preferencia que siente por mí al besarme la mejilla cuando regresamos de pasear con los caballos, y

a ella, como siempre, la ignoró. Sé que no se llevan bien y eso me mortifica, ella es mi hermana, y él, mi mejor amigo.

Un plan se forma en la cabeza de mi hermana, me observa desde su lugar junto a la mesa, sonrío, toma una pieza de pan dulce, la muerde, se acerca a mí, la coloca en mis manos y dice:

—¡Ese pan es mío! ¡Quita tus asquerosas manos de él!

Entonces comienza a llorar, todo esto con la intención de que María piense que he sido yo la que inició el pleito y le funciona, pues al instante María me llama la atención.

—¡Rebeca! ¿Qué lenguaje es ese? ¿Cuántas veces te he dicho que no molestes a tu hermana?

«¿Rebeca?». Según el recuerdo de mi hermana y el mío, ese es mi nombre, pero algo no termina por encajar.

Ella refuerza esa afirmación con más recuerdos en los que, tanto María como mamá y mi padre, me llaman así.

Al igual que la vez de la cocina, veo la ocasión en que papá me dio azotes con el cinturón por haber matado al gato, pero todo desde la visión de mi hermana. Ella siente remordimientos porque sabe que no merezco el castigo, aun así, no me defendió.

No entiendo sus razones, pues decide no mostrármelas, solo se limita a pasar al siguiente recuerdo en el que mamá nos llama a comer.

Luego mamá está hablando con Celia, la niñera que mi padre contrató para Carlitos. Mi hermanito duerme en su cuna y mi madre lo contempla con semblante preocupado.

—Lo siento, señora, sé que ella es su hija, pero hay algo en ella... no me gusta. Rebeca es mala, quiere hacerle daño al niño, lo sé.

—Rebeca es una niña de fuerte temperamento, igual que su padre, pero de eso a que... No, no puedo creerlo. —Mamá sacude la cabeza.

—Entiendo que le cueste trabajo creerlo, pero sé bien lo que vi: ella quería ahogarlo con la almohada, lo juro por mi jefecita santa —insiste la niñera besando la señal de la cruz que hizo con la mano.

«Lo siento, sé que es duro para ti, pero tengo que mostrarte algo más», se disculpa mi hermana.

Carlitos y yo jugamos bajo el viejo árbol. Recuerdo que me gusta corretearlo, resulta muy gracioso ver cómo algo tan pequeño puede moverse tan rápido, a pesar de su corta edad. Mi hermana se une a nosotros, pero Carlitos no quiere jugar con ella y eso la molesta. Aunque, por lo que percibo en ella, siempre está enojada.

El niño me pide que lo suba al columpio, es algo que le encanta, adora que lo empuje, puede durar horas disfrutando del vaivén.

Mi hermana se limita a observarnos con cierta envidia.

—Mash —pide, sé que quiere que le dé más impulso y así lo hago; Carlitos se eleva en lo alto y...

—¿Qué hiciste, Rebeca? —pregunta horrorizada, sigo su mirada y veo el cuerpo inerte de mi hermanito.

—Yo... —No puedo hablar, estoy en estado de choque—. Me pidió que lo paseara en el columpio y eso hice.

Entonces la niñera llega hasta nosotras y comienza a llorar y a dar de gritos, presa de la histeria.

—¡Lo mataste! ¡Asesina!

Mi hermana retira sus manos y, por fin, cesa la tortura.

—¡No! No es verdad, yo no lo maté, ¡fue un accidente! ¡La cuerda se

rompió!

Las emociones de mi hermana, mezcladas con las mías, son tan intensas que no puedo soportarlo. Culpa, arrepentimiento, miedo, horror, angustia... No soy capaz de discernir qué es de quién, mi pulso se acelera a ritmos peligrosos. La sensación de asfixia es tal que, de forma irremediable, me abrazo a mí misma en un inconsciente gesto de autoprotección.

—¡Mamá! —No puedo evitar pensar en la mujer dulce y amable que noche tras noche solía arroparme.

Las lágrimas brotan de mis ojos como un torrente vivo. Duele verla convertida en un alma en pena, llena de sufrimiento y remordimientos y todo parece indicar que es mi culpa.

«Tengo que ayudarla, pero ¿cómo? No puedo presentarme ante ella sabiendo lo que hice, lo que le hice a mi hermano».

Sigo en el piso hecha un ovillo. Me guste o no, soy una asesina y todo apunta a que no fui una buena persona. No puedo respirar, la culpa es algo que abrumba, destruye, tortura sin piedad y tregua, en un sufrimiento que no tiene fin.

Plegoste llega hasta mí, se restriega en mis pies y luego me pide que me ponga de pie.

—¡Déjame! ¿Acaso no lo entiendes? No quiero seguir, no puedo seguir.

«Tienes que hacerlo».

Alentada por el felino, abandono el ático y lo sigo casi como un autómeta. Cuando logro reaccionar le digo llena de temor:

—¡No! ¿Te has vuelto loco? ¿Tienes idea de lo que hay allí abajo? — Siento su respuesta afirmativa—. No, estás demente si piensas que... ¡ni muerta pienso bajar ahí!, ¿me oyes?

Viene a mi memoria el ser horrendo y descarnado del sótano. Tanta ira y venganza acumulada no son buenos para nadie.

Haciendo caso omiso a mis protestas, Plegoste comienza el descenso. No sé por qué, quizá soy masoquista, pues termino siguiéndolo.

El gato se detiene frente al agujero en la pared, por el cual esa cosa asomó su rostro y con sus podridas manos quiso jálame al interior.

—No, por favor, no; no me pidas que me acerque.

«Solo escúchala». Es su escueta respuesta.

Vacilante, me acerco hasta quedar a escasos centímetros del hueco en la pared. En un santiamén eso toma mi rostro con las manos y mientras un grito desgarrador, lleno de polillas me aturde, comienza a contarme su historia.

A diferencia de las veces anteriores, ahora no viene el desmayo, simplemente caigo al piso de rodillas.

—¿Lo sabías? —cuestiono al felino—. ¡Es horrendo! ¿Cómo pudo hacerle algo así? —Las terribles imágenes permanecen en mi cabeza provocándome arcadas.

Ese ser no es maldad, es una mucama, una pobre chica que tuvo el infortunio de caer en las manos equivocadas.

Su relato comienza con la incomodidad que la libidinosa mirada de don Genaro le causa. Luego, el hombre no se conformó solo con observarla, después vinieron los acosos verbales, seguidos de besos y manoseos por la fuerza, hasta esa fatídica noche que lo cambió todo.

Lina está sola en la cocina, María está enferma y el trabajo se le cargó a la pobre chica, pues la loza acumulada, después de la cena con los Franco, es interminable.

—¡Don Genaro! ¿Qué hace aquí?

El hombre no le contesta, se limita a estamparla contra la pared, arrinconarla con su cuerpo y meterle mano por todos lados. Es un hombre fuerte, puedo sentir el horror que a ella le causa. La arrastra hasta la mesa y, entre forcejeos, logra ultrajarla.

Vivir una violación es la experiencia más terrible a la que una persona puede ser sometida y, aunque no es mi cuerpo, Lina me transmite todas y cada una de las cosas que sintió en ese macabro momento.

Aún no logro reponerme de todo aquello, cuando recuerdo su petición: ella solo quiere salir e ir tras el hombre que arruinó su vida.

Sin lugar para arrepentimientos, me pongo en pie y comienzo a jalar los ladrillos, pero no consigo arrancarlos. Busco algo con que romper la pared, doy con el azadón, sé que eso tiene que servir.

Alentada por las emociones que aún permanecen en mí, golpeo hasta conseguir liberarla. Lina sale y su aura de dolor estremece mi piel, detiene su avance un poco y siento su *gracias* antes de que desaparezca.

—Lo sabias, ¿verdad, Plegoste? Siempre supiste quién era el ser de la pared. ¿Qué más hay en esa cabecita tuya que no quieres decir? Como sea, el caso es que entre más conozco de mi pasado, más deseo nunca haberlo descubierto.

»¿Cómo puede un hombre ser capaz de algo así? Esa chica fue víctima del deseo insano del respetable don Genaro De la Rentería, que, cuando se enteró de que la había dejado embarazada, ordenó a sus hombres sostenerla e inmovilizarla y la obligó a tomar un té abortivo; gracias a ello, la mujer perdió a su bebé.

En cuanto se repuso, y animada por el dolor, Lina lo amenazó con contarle todo a su esposa y él... ¡Dios! Ni siquiera puedo decirlo. —Tomo aire—. ¡La mató y sepultó tras esa pared! —Señalo con verdadera indignación—. No conforme con ello, arruinó su reputación: pagó a un joven para que dijera que

ella escapó con su amante. Hizo creer a todos que Lina se fue por voluntad propia. Eso es ¡monstruoso! ¿Qué clase de familia somos?

No logro acallar los sollozos, estos me estremecen hasta las entrañas.

«No te tortures con culpas ajenas», me dice el felino.

—No puedo evitarlo. Romina..., ella me mostró cosas que... —trago saliva y las palabras «que hice en mi vida pasada» no logran salir de mi garganta.

Gritos como de animales salvajes en plena lucha se escuchan en alguna parte, poniéndome los pelos de punta. Sin perder tiempo subo las escaleras y llego al patio central. Lina y esa maldad, que por desgracia es mi padre, se atacan sin piedad.

Capítulo XI

Manuel

El amor siempre tiene dos o más rostros.

No puedo evitar sentirme culpable; si mi padre logra dañarla, sé que no me lo perdonaré. Tengo la intención de intervenir, pero Plegoste se interpone en mi camino.

«Esta no es tu pelea», siento su advertencia.

—Pero... —El felino avanza escaleras arriba y sé que quiere que lo siga —. Espera, voy contigo —digo renuente. No puedo evitar mirar hacia atrás, solo veo dos corrientes eléctricas chocar una contra otra.

Llegamos una vez más al ático, a pesar del caos en mi cabeza, una parte de mi se niega a aceptar que sea una asesina. Sé que es ilógico que un culpable se declare como tal, todos alegamos inocencia hasta el fin, aun así, no termino por creer del todo que fui capaz de matar.

Empiezo en la caja de los recortes del periódico.

—Este no, este tampoco. —Uno a uno paso los artículos hasta dar con el que quiero.

1870 «Inconsolable la familia De la Rentería tras la trágica e inexplicable muerte de su heredero. Nuestro más sentido pésame, descanse en paz, Carlitos Eduardo.

La fatalidad pintó de luto La Camelia. Según aseguró el propio don

Genaro De la Rentería, la muerte del pequeño se trató de un desafortunado accidente. Lo curioso del caso es que, tanto la familia como el médico que certificó el fallecimiento, no dieron detalles de lo ocurrido, ni las circunstancias que propiciaron dicho accidente».

—¡Demonios! Aquí no dice nada relevante. —Mi vista es atraída a otro recorte.

1879 «Misterioso incendio en los huertos de naranjos De la Rentería deja como consecuencia pérdida total y la muerte del joven heredero Manuel Franco».

—¿Manuel? —Tardo varios segundos en comprender quién es. De acuerdo con lo que me mostró mi hermana, y con lo que pude entender, él era mi amigo.

Un sentimiento de afecto y calidez inunda mi pecho. No puedo evitar pensar en el padre José. Sé que nada tiene que ver uno con otro, pero ambos me hacen sentir segura y querida.

—¿Julia? ¿Dónde estás? Sal para que pueda verte.

Escucho la voz del padre José, parece distante, apenas si lo escucho.

—No vayas. —Mi hermana está a junto a mí.

—¿Por qué no?

—Es malo, solo quiere confundirte y alejarte de nosotros, de mí.

—Eso no es verdad, él es bueno, lo sé.

—¿Qué crees que el padrecito pensará de ti cuando sepa quién eres? ¿Lo que hiciste con el gato y con Carlitos?

—Yo... —Siento vergüenza. Comprendo una verdad que no quise aceptar por mucho tiempo. Viví en esta casa en una vida pasada y lo que hice entonces fue monstruoso. No es de extrañar que, por alguna macabra broma del destino, esté atrapada aquí, en este bucle intemporal. Ese es mi castigo.

—¿Si soy Rebeca, tú...?

—Soy Romina —afirma con una sonrisa extraña.

—¿Julia? —el padre insiste—. No te escondas, por favor.

—No vayas con él —suplica. No le hago caso y bajo las escaleras.

—Tengo que hacerlo, lo siento —digo sin dejar de avanzar.

El pasillo está helado y más oscuro que nunca. El pulso se me acelera, siento los sentidos sensibles y alertas. Tengo miedo, el vello erizado de mis brazos advierte peligro, hay alguien en las sombras esperando por mí.

Estoy aterrada, no veo nada, sin embargo, mi instinto parece haberse vuelto loco, el aire me falta y estoy a punto del desmayo.

«Tengo que ser fuerte. Tengo que ser valiente, solo es mi padre». Avanzo con piernas temblorosas.

—¿Papá?

Esa fuerza macabra que todos, incluida mi hermana, temen no es mi padre. Ese desconocido me expulsa fuera del balcón y caigo en el patio central, un piso abajo.

Siento un dolor insoportable, mi cuerpo tiembla sin que pueda evitarlo sacudiéndome como si fuera una hoja la viento. La cabeza pareciera querer estallar. Por mi boca escurre espuma y no puedo controlar las violentas sacudidas.

Está fibrilado...

Antes de caer en la oscuridad, sé que eso solo fue una advertencia, pues aún permanece en mí la amenaza de ese alguien. «Sé lo que hicieron».

Abro los ojos; esta vez no me detengo a mirar el reloj, ¿para qué? Ya se la hora que marca. Los recuerdos de lo sucedido comienzan a llenar mi cabeza. El molesto picor de siempre en mi mano derecha se convierte en un ardor

insoponible que sube hasta la parte media del brazo. Siento un gran alivio al comprobar que estoy sobre la cama y lejos de él, sea quien sea, y de la ira de mi padre.

Por más que rasco la zona que molesta no consigo calmar el ardor, entonces noto una protuberancia bajo la piel, es como una acumulación de alguna especie de sustancia.

—¡Qué raro! —Froto sin cesar mi brazo con la esperanza de que ese fuego líquido que recorre mis venas deje de quemar.

Trato de incorporarme, pero un fuerte mareo azota mi cuerpo, obligándome a regresar a la posición horizontal. Cierro los ojos en busca de que así el malestar disminuya o pase. Escucho voces, parece ser la de una mujer; quiero verla, moverme, mas no me es posible, los parpados me pesan y el cuerpo no responde a las órdenes que le doy.

¿Quién... y movió... tiempo del goteo?... acumulación... canalizar...

Por más que intento escuchar, la voz parece distante y no logro captar más que fragmentos. Siento un ligero pinchazo en la mano izquierda. Poco a poco el fuego infernal abandona mi brazo diestro. La oscuridad regresa por mí, llevándome consigo.

—¿Julia?

Estoy aturdida, un zumbido atormenta mis oídos. Recuerdo el ardor y el terrible mareo. A diferencia de la vez anterior, me cuesta un poco enfocar la mirada, cuando lo consigo, la figura del padre José aparece ante mí.

—¿Estás bien? —Me mira con pena.

—No... no lo sé. Ya no sé nada.

—El tiempo se me acaba. Tienes que encontrar el modo de salir de aquí, pequeña. No quiero perderte.

—¿De qué está hablando? Aún no quiero irme, mamá, Lina, Romina...

—A pesar de todo lo que has presenciado y visto, aún no comprendes lo que te pasó y el peligro que corres, ¿verdad?

—¿Qué tengo que comprender? ¿Que debo protegerlas de él? Y ya lo sé; estoy atrapada en una casa llena de fantasmas que ocupan mi ayuda. Usted mismo lo dijo, ¿acaso ya lo olvidó?

—No, por desgracia no. Julia —toma mi mano—, tienes que alejarte de ellos, en especial del más fuerte.

—Pero usted dijo...

—¡No a costa de tu integridad!

—Tal vez piensa que estoy loca por aferrarme a permanecer aquí, pero estaré bien, sé cuidar de mí misma.

El padre sacude la cabeza en clara desaprobación.

—No tienes ni idea de lo que te pasó, ¿verdad? ¿Del peligro que corres? Por favor, Julia, mantente lejos de ellos.

—Al final de cuentas, ¿a usted qué le importa lo que me pase?

—Me importa más de lo que crees. Si te dañan, no me lo perdonaré jamás.

—¿Cómo puede decir eso? No me conoce.

—Mira a tu alrededor, ¿qué ves?

—¿Cómo que qué veo? Obvio, una habitación.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? ¿Que te bañaste o cambiaste de ropa?

—Qué pregunta más absurda, fue... —Trato de recordar, y por increíble que parezca, la última ingesta de alimentos que viene a mi memoria es la cena de la noche en que rodé por las escaleras y, en cuanto a lo demás, mi mente

está en blanco.

—¿Cuándo fue la última vez que atendiste tus necesidades fisiológicas o cepillaste tus dientes? Piensa, Julia, a partir del accidente, ¿tiene orden lógico todo lo que sucede? Es decir, el avance del tiempo, lo que haces o debes hacer; algo tan simple como sentir hambre. Dime, cada vez que tienes consciencia, ¿dónde estás? ¿Cómo...?

—Aquí, en mi cama.

—Bien. ¿Cómo llegaste?

—Yo... —Entre recuerdo y recuerdo de lo acontecido, existen periodos vacíos de oscuridad que no puedo rellenar—. ¡Oh, Dios! No lo sé. —El padre tiene razón, en un momento estoy en X habitación, alguno de ellos aparece; luego, oscuridad y, cuando vuelvo a tomar consciencia, estoy en el punto inicial, que es justo donde estoy ahora.

—¿Has vuelto a escuchar el canto de las aves? ¿A percibir la luz del sol? ¿A caminar más allá de los límites de la propiedad? —insiste.

Consternada trato de procesar todo aquello que, no sé por qué motivo, no había tomado en cuenta. Después de rodar escaleras abajo noté un cambio radical, que, en su momento, no fui capaz de entender.

Miro a mi alrededor, tal y como él sugirió. La casa, en apariencia es la misma, pero a la vez todo es diferente. Sé que suena absurdo, pero así es. Como bien dijo, nada sigue el orden lógico que la vida «normal» conlleva. Trato de hilar lo acontecido desde el «accidente» y, en efecto, hay huecos imposibles de llenar, todo es un salto de una cosa a otra, enredos y confusiones.

—¿Acaso estoy muerta? ¿Es esto es una especie de purgatorio?

—No, hermanita, te equivocas, el purgatorio es personal, mientras que el infierno siempre es compartido.

—Aléjate de ella. —El padre se interpone entre Romina y yo, protegiéndome con su cuerpo.

—Muy conmovedor —dice ella—. Siempre tienes que...

—Tranquilo, ella no me hará daño. —Tomo el brazo del padre para calmarlo—. Es mi hermana, Romina.

—¿Romina? —Él suelta una risa cínica—. ¿Sigues con ese juego absurdo que nadie cree? —la increpa molesto—. ¿Qué buscas? ¿Hasta cuándo vas a seguir con tus embustes?

—¿Qué sucede? ¿Por qué le habla así? ¡Es solo una niña! —Indignada, lo reprendo por su agresivo comportamiento y me coloco junto a mi hermana.

—¿Niña? Eso es lo que ella quiere que veas. ¿por qué no te muestras como realmente eres, Rebeca? —en sus palabras va un reto implícito.

—¿Rebeca? Se equivoca, yo soy... —intentó rebatir, pero el padre interrumpe.

—¿Sigues con ello? —La señala con dedo acusador—. ¿El juego del cambio de identidades? ¿Culparla por tus crímenes?

No entiendo nada, se supone que yo soy Rebeca, ¿entonces? ¿Por qué mi hermana no lo niega?

—Hermanita, no lo escuches, te dije que ese hombre es malo, solo quiere separarnos. —Se abraza a mí con expresión asustada.

—Aléjese de nosotras —ordeno furiosa. El padre me mira asombrado.

—Ven conmigo. —Ella me toma de la mano y juntas comenzamos a caminar.

—¡No voy a permitir que te la lleves! —El padre avanza hacia nosotras y de pronto es proyectado contra la pared por una fuerza invisible igual a la que me arrojó por el balcón.

—¿Por qué haces eso? —la reprendo—. ¡No es necesario que lo lastimes!
—Llego hasta el padre, que permanece inerte en el piso; lo giro y no puedo evitar acariciar su rostro. Es tan hermoso, me llena de tanta paz. Su expresión es tan serena. No sé por qué, pero a su lado me siento feliz. Al tacto de mi mano él abre los ojos.

—¿Estás bien? —Me sonrío y siento el cuerpo como si fuera de trapo.

—Eres tú el lastimado y aun así me preguntas si estoy bien —digo al borde de las lágrimas. La auténtica preocupación que muestra por mi bienestar conmueve hasta lo más hondo de mi ser. Posa su mano en mi mejilla; en sus ojos hay tanta ternura y afecto que el corazón me da un vuelco.

Siento una fuerte energía emanar de los dos y fundirse en una sola. Es cálida, llena de paz y, ¿por qué no?, amor.

—¿Qué...? —Soy apartada de él, de su lado. En un santiamén estoy junto a mi hermana.

—Basta de juegos, Rebeca. —José está de pie y la observa con la expresión rígida y mirada severa mientras avanza hasta nosotras.

—No eres rival para mí, ¿lo olvidas?

No entiendo que sucede entre ellos; a primera instancia, parece una rivalidad reciente, pero hay más de trasfondo, puedo sentirlo, aunque no logro dar con el porqué. Solo más preguntas vienen a mi cabeza: ¿por qué mi hermana se comporta así? Ese no es el proceder propio de un niño.

—Deja de fingir y muéstrate como realmente eres, Rebeca. —Al tacto del padre José en su brazo, la dulce niña es reemplazada por una joven mujer de belleza extraordinaria.

Se miran con fiera determinación. No puedo evitar admirarlos, son dos magníficos contrincantes.

Saltan chispas entre ellos, la energía que desprenden es totalmente

opuesta, es como tener frente a mí al Ying y al Yang.

—¡Vaya! Olvidé que sí tienes agallas —responde ella con una sonrisa cruel. Su presencia se ha tornado oscura, emana una maldad incluso superior a la de papá.

—¿Qué está pasando aquí? —Me ignoran de forma absoluta.

—¿En verdad crees que permitiré que me la arrebates otra vez? —amenaza él con gesto duro.

—La tengo aquí, conmigo, donde siempre debió estar —se burla ella—. Una vez más, perdiste.

—¡No!

—Claro que sí. Yo siempre gano y ya deberías saberlo.

—Encontraré el modo de sacarla. Juro que lo haré —advierde él.

—Me conmueve tu ingenuidad —se mofa—. Sabes que eso es imposible. La casa no la dejará marchar, nunca lo hace. Ya ves, todos, tarde o temprano regresan; tan es así que aquí estás, Manuel.

—¿Manuel? —quedó pasmada y de rodillas caigo al piso.

Capítulo XII

No más comparaciones

El uno no lo es sin el otro.

Poco a poco comienzan a llegar remembranzas perdidas en las brumas de una memoria pasada, revueltas con los descubrimientos más recientes.

Las piezas del rompecabezas empiezan a encajar y a rellenar los huecos hasta revelar una aterradora verdad. En efecto, no soy Rebeca, tal y como ella quiso hacerme creer, soy Romina, siempre lo he sido.

Rebeca me manipuló valiéndose del juego que solíamos hacer en el que cambiábamos de personalidad. Siento rabia al pensar que, como siempre, caí en su trampa. Con recuerdos prestados, logró confundirme más, pero ¿con qué propósito? La conozco lo suficiente como para saber que ella nunca hace nada al azar y sin un trasfondo.

Mis ojos son atraídos hacia los de Manuel y el vínculo entre los dos se fortalece. Puedo vernos juntos desde siempre: dos niños inocentes jugando, riendo, felices por el simple hecho de estar el uno con el otro. Siento como, al igual que nuestros cuerpos, los sentimientos fueron creciendo hasta convertirse en algo más profundo e inagotable.

El primer beso, el descubrimiento de la sexualidad compartida, la angustia del primer amor... Como si nuestro pensamiento estuviera conectado, nos miramos con mutuo entendimiento.

Aquella primera vez bajo el viejo sauce llorón. Las promesas de amor y

fidelidad eterna, los planes a futuro, el incendio...

Los recortes de periódicos que vi en el ático hacen acto de presencia en mi memoria.

1879 «Las poderosas familias Franco y De la Rentería anuncian el compromiso entre sus hijos Manuel y Romina. Enhorabuena por los novios. Un feliz y próspero matrimonio a los jóvenes herederos».

1879 «Misterioso incendio en los huertos de naranjos De la Rentería deja como consecuencia pérdida total y la muerte del joven heredero Manuel Franco».

1880 «Tras la muerte de su único hijo, el terrateniente Víctor Manuel Franco, cancela sus negocios y declara abierta enemistad con la estirpe De la Rentería. Alega que esa familia está maldita y destruye todo lo que toca».

Veo en su mirada la agonía de una muerte precipitada. Puedo sentir su dolor e impotencia por tener que dejarme.

—¡Fuiste tú! —horrorizada ante tal revelación, grito a Rebeca y no puedo evitar que las lágrimas resbalen por mis mejillas.

Manuel había llegado al viejo sauce llorón, que estaba en el extremo más alejado del huerto, alentado por una supuesta carta mía en la que le pedía que nos viéramos en nuestro rincón secreto, con urgencia.

Mi hermana lo había citado y su intención era hacerse pasar por mi e intentó convencerlo de huir y casarse de paso en cualquier pueblo. No contó con que Manuel descubriría el engaño en cuanto ella lo besó, entonces discutieron y, furiosa hasta lo más hondo, Rebeca lo golpeó en la cabeza cuando él, dándole la espalda, comenzó a caminar para alejarse.

—Pero, ¿y el incendio? —No quiero entender la trascendencia de lo que esto implica.

—Fue el ardid que ella utilizó para tapar lo que había hecho —respondió

Manuel con gesto adusto.

Por más que trato de justificar a mi hermana, no puedo ignorar lo evidente, así que solo atino a preguntar, por qué. Me siento destrozada al comprender la naturaleza real de ese ser que estuvo junto a mí desde la concepción, con el que compartí sangre, nutrición, espacio, placenta, juegos, confidencias y, sobre todo, la vida.

—¿Después de todo, te atreves a cuestionarme? Fuiste tú la que me traicionó al enamorarse de él. ¡Te ibas a marchar! —reclama con amargura.

—¡Es la ley de la vida! —protesto.

—¡No! Tú y yo éramos un equipo antes de que él se metiera...

—Soy tu hermana y siempre lo seré, pero no eres mi dueña, nadie lo es.

—Dejaste de quererme.

—Eso no es verdad —respondo indignada.

—¿Vas a negar que lo preferiste? Incluso ahora.

—No se trata de elegir, puedes amar a varias personas a la vez y de distintas formas. Existe el amor de padre, el de madre, el de hermanos, el de amigos, el de pareja... Aunque esté con Manuel, siempre serás mi hermana.

—¡No! No lo quiero aquí, ¡que se vaya!

—Sabes que, si lo hace, me iré con él.

—¡Jamás!

Una vez más esa fuerza oscura se pone de manifiesto proyectándome contra la pared. Manuel corre hacia mí y se interpone entre las dos.

—¡Basta! —grita enfurecido y avanza hacia ella—. No voy a permitir que le hagas más daño.

—No puedes evitarlo, como bien dijiste, se te acabó el tiempo. —Sonríe

con esa expresión tan cruel que me hiela hasta las entrañas.

Sin que pueda evitarlo, Manuel es arrastrado fuera como si una mano invisible lo llevara. Corro tras él, pero ese algo que lo sostiene consigue atravesar los muros, cosa que me es imposible.

—¡Tienes que encontrar el modo, Julia! —es lo último que dice antes de ser absorbido por la pared.

—¿Qué le hiciste!? ¿Adónde fue? —La enfrento. Siento rabia, impotencia, frustración y no sé cuántas emociones más.

—¿Yo? No tiene nada que ver conmigo; Manuel se coló aquí... podría decirse que, por la puerta trasera, haciendo trampa, pero su treta no puede durar más, no sin que su condición se vuelva permanente.

—¿A qué te refieres?

—No importa, el caso es que no va a volver, al menos por un tiempo, mientras tú y yo...

—Tú y yo, nada. Encontraré el modo de llegar a él.

—No, no lo harás.

—No puedes detenerme.

—Ni lo intento, sería perder el tiempo, créeme, la casa se encarga de ello. Nunca te dejará marchar.

—No estés tan segura, ya escapé una vez.

Ahora tengo plena consciencia de mi vida anterior. Recuerdo el juego absurdo de cambiarnos de personalidad, el mismo que repetíamos cuando a ella le daba la gana.

—¿Por qué te pones mis vestidos? ¿Qué de divertido tiene cambiarnos? —le había preguntado la primera vez.

—Me gusta que la tonta de María crea que soy tú. Ya lo viste, todos me tratan diferente cuando creen que están ante la dulce y tierna Romina.

Entre peleas, estiras y aflojas, pasó nuestra infancia. Después de la muerte de Manuel, descubrí que estaba embarazada, sabía que mi bebé corría peligro en esta casa, por lo que convencí a mi padre para que me dejará ir de interna en el convento. Las madres se hicieron cargo del niño, pero fue inevitable que mi padre se enterara de su nacimiento.

A pesar de mis súplicas, la madre superiora le informó de todo, ya que el respetable don Genaro era uno de sus más grandes benefactores.

En el tiempo que estuve en el convento, padre casó a Rebeca con Andrés, hijo de una respetable familia proveniente del viejo continente. Como condición para el enlace, mi padre exigió que él adoptara el apellido De la Rentería, para así continuar con su legado.

Al poco tiempo de su matrimonio, Rebeca concibió, pero perdió al bebé. Como papá estaba al tanto de mi embarazo, obligó a mi hermana a seguir con la farsa de que seguía encinta, incluso sobornó al médico del pueblo para que inventara supuestas complicaciones y así sacar a Andrés no solo del dormitorio, sino también del lecho de ella. El objetivo era que el hombre nunca descubriera el embuste. Cuando el tiempo se cumplió, le entregó a mi hijo.

Enloquecí de dolor, no solo había perdido a Manuel para siempre, sino también a ese ser que era una extensión suya, producto del más puro amor.

No se me permitió la salida del convento y, entre las cuatro paredes de una celda de reclusión, la vida se me extinguió a causa de una complicación por la anemia.

—¡Me robaste a mi hijo! —grito, colérica.

—No tenía opción, padre me obligó. Nunca dejó de reprocharme mi imposibilidad de ser madre y dar a la familia un heredero. Después de que

perdiera a mi bebé, el médico aseguro que sería imposible volver a concebir. Hasta en eso tenías que ser tú la perfecta.

—¿Por qué me odias tanto?

—¿Y todavía lo preguntas?

—¡Contesta! Necesito saberlo.

—Siempre lo tuviste todo. María, mamá, padre, incluso Manuel, todos te preferían.

—¡Eso no es verdad! Se nos dio todo por igual.

—¡No mientas! Madre vivía elogiando tu impecable comportamiento y nobleza de corazón, al igual que María, que siempre estaba reprendiéndome y llevando quejas sobre mí a padre. A pesar de mis esfuerzos, nunca era suficiente, siempre había regaños para mí y halagos para la dulce Romina. Ni siquiera la muerte del estúpido gato consiguió manchar tu reputación. Ya ni contar la del estorbo babeante.

—¿¡Qué!?

En cuanto toco su brazo, la cruel verdad es por fin revelada sin tapujos.

Veo cómo Rebeca me observaba mientras daba mis lecciones de clavicordio, está aburrída. Cuando su turno llega, la señorita González la reprende, como siempre. Siento su frustración y cómo la rabia la invade mientras esta la compara conmigo.

Luego es el rostro de María. «Rebeca, ¡esos modales! ¿Por qué no puedes ser como tú hermana?».

Se unen los reclamos de padre: «Una señorita debe ser recatada y bien portada. Su única aspiración debe ser el convertirse en una buena esposa. Los negocios y la política son para los hombres. ¿Por qué no puedes ser como tu hermana? Ella no anda en pantalones, trepada en caballos y cepillando a los

sementales. Romina toca el piano, borda y teje como cualquier buena mujer debe hacer».

Rebeca había salido del despacho de padre, llena de rabia e impotencia. Por desgracia, Tato, que es como se llamaba el pobre gato, tuvo la desdicha de interponerse en su camino y recibió una patada que lo llevó a golpearse la cabeza con una roca afilada.

Siento el rápido latido de su corazón, el miedo al descubrir que el animal no se movía. Ver la muerte de primera mano la horrorizó.

Asustada, observó en todas direcciones, entonces me vio jugando en la terraza de la recámara principal con Dolly, mi muñeca de trapo. Una maceta pendía al borde de la barandilla y solo era cuestión de tiempo para que yo, con mis efusivos movimientos, la tirara abajo.

A una velocidad récord colocó a Tato entre los restos resquebrajados de la maceta; me conocía bien y sabía que soy lenta en reacción, pues cuando me asusto solo atino a quedarme paralizada, así que eso le daba suficiente tiempo para preparar la escena del crimen y huir.

Y así, las imágenes siguen un flujo constante. Desde su punto de vista, es aberrante tanta comparación entre las dos; en verdad, la entiendo.

Rebeca era como un chico atrapado en el cuerpo de una mujer. Le gustaba cabalgar, cepillar y cuidar de los caballos. Las actividades propias de las señoritas las encontraba aburridas y sin sentido. Incluso llegó a saber más de administración de la finca y la crianza de animales que padre, pero, como siempre pasaba en esa época, él no confió en ella por el simple hecho de ser mujer.

Cuando Manuel pidió permiso para cortejarme, padre fue inmensamente feliz, no solo por la unión de las dos fortunas familiares y la unificación de los negocios, sino que en él veía al sucesor perfecto para su legado.

Rebeca se sintió desplazada, el chico no solo le había robado el amor de

su hermana, sino también la admiración y respeto de su padre.

—Ojalá aprendieras de tu hermana —le dijo papá en una ocasión que la llamó al despacho—. Romina logró conquistar un excelente partido porque sabe comportarse. En cambio, contigo me daré de santos si consigo a alguien que, a cambio de una buena dote, esté dispuesto a soportar tu insolencia y loqueras.

Siento su frustración y dolor, y, aunque no comparto su punto de enfoque, lo comprendo. Rebeca amaba la finca y todo lo que en ella había, más que a sí misma. Adoraba la vida de campo; para ella, los vestidos, los bailes de salón, el cotilleo y el batir de pestañas no eran su ideal de vida. Por eso estuvo dispuesta a engañar y fugarse con Manuel, creía que, así, algún día podría llegar a manejarlo todo.

Siento la impotencia que la invadió cuando Manuel descubrió su engaño. No fue su intención matarlo. Horrorizada contempló su cuerpo inerte; el pánico pudo con ella. Sabía que, si padre llegaba a enterarse de lo que había hecho, era capaz de matarla. Manuel era para él el sustituto de Carlitos, el hijo en el cual delegar su imperio.

Ahora sé que ella no estaba enamorada de él. Una parte de mí siempre se culpó por haber arrebatado el amor de ella. Su objetivo no era Manuel, nunca lo fue, sino lo que él representaba.

Suelto su brazo, estoy desbordada, son demasiados sentimientos mezclados, los suyos, los míos. No puedo evitar sentir pena por ella, sin embargo, no puedo justificar su proceder.

—¿Por qué sigues guardando tanto rencor? A diferencia de mí, tuviste tu final feliz.

—¿Final feliz? —Suelta una estridente carcajada llena de amargura—. ¡No tienes idea de nada! Escapaste del infierno, te refugiaste con tus monjitas en tu mundo alegre y perfecto. En cambio, yo me quedé sola a merced de los

buitres.

—¿Mundo perfecto? ¡Me arrebataron a mi hijo! Nunca más pude volver a verlo. Padre ordenó a la madre superiora que se me negara la salida. Estuve prisionera entre los muros del convento hasta que... mi vida terminó.

—No fue mi culpa que te conformaras con eso, pudiste haber escapado.

—¿Acaso crees que no lo intenté?

—Yo...

—Con la ayuda de María y la hermana Coco, ideamos un plan de escape, sin embargo, no sé cómo, padre se enteró y frustró mis planes de huida. Exigió a la superiora que me diera un castigo ejemplar por mi osadía. A petición suya, me encerraron en la celda de castigo y sin alimentos; él pretendía darme una lección y solo consiguió que una fuerte anemia mermara mi salud, facilitando así que un simple virus acabara conmigo. Lo tenías todo para ser feliz, Rebeca: una familia, libertad... No estabas sola, contabas con un esposo, un hijo. Porque, aunque a Genaro Daniel no lo pariste, él era tu hijo; te entregó su amor y te reconoció como su madre, mientras que yo tuve que conformarme con ser su tía, la monja a la que nunca conoció. ¡Pudiste haber sido muy plena si te hubieras permitido soltar el pasado!

Furiosa toma mi rostro en sus manos y comienzan a fluir los recuerdos. Andrés, lejos de ser un buen marido, no soportaba su lengua viperina ni su espíritu rebelde, por eso, a base de golpes, minó su ser hasta el punto en que no quedó nada de ella.

Rebeca quiso refugiarse en Genaro Daniel, pero entre padre y Andrés se lo arrebataron al enviarlo a un internado en la ciudad de Guanajuato. Muerta en vida, mi hermana quedó vacía de todo sentimiento.

Me muestra el funeral de padre; por más que lo intentó no pudo derramar una sola lágrima. Es triste, pero no siente nada, el vacío que se ha instalado en su alma no lo llena nada. Cuando regresó del deber moral de dar santa

sepultura al difunto, se encerró en su alcoba, entonces entró su marido azotando la puerta. Está ebrio, como casi siempre, se acercó a ella y comenzó a golpearla. Esa vez ese desalmado estuvo a punto de matarla si no fuera porque María intervino golpeándolo con una botella en la cabeza; el hombre se desplomó inconsciente.

A raíz de esa golpiza, una fuerte hemorragia reveló que Rebeca estaba embarazada y había perdido al niño.

No puedo soportarlo más, el dolor que ella sintió ante la pérdida de su segundo bebé es infinito. Lo que me transmite es desgarrador; demasiado odio y rencor para cualquier mortal, sin embargo, no se detiene en sus revelaciones, se aferra más a mí y no permite que rompa conexión.

Revivo con ella su convalecencia, el dolor físico, espiritual y moral. La frustración de tener que permanecer en la cama, mientras la gente hipócrita del pueblo le presenta a su marido las condolencias por la terrible pérdida de su suegro y por la infortunada caída de un caballo que había sufrido su mujer.

La primera vez que vertió arsénico en la comida del hombre no fue tan difícil como creyó. Conforme envenenaba a su verdugo, ella iba recobrando algo de sí, hasta invertir papeles: el cruel victimario pasó a ser una débil víctima, hasta morir.

Siento su regocijo, en ella no existe el más mínimo arrepentimiento por las acciones pasadas.

Por fin suelta mi rostro. Estoy aturdida ante tantas revelaciones. Ahora entiendo que esa presencia que me lanzó por el balcón no fue padre, sino Andrés.

—¿Por qué, Rebeca? ¿Por qué empeñarte en retenernos si tanto nos odias?

—No soy yo, es la casa, ya te lo dije. Una vez que te llama, no puedes marcharte.

—Eso no puede ser verdad. Una casa no tiene esa facultad. Estás mintiendo, lo sé, pero si no quieres decirme, no importa; como le prometí a Manuel, encontraré el modo, saldré de aquí. Lo hice una vez...

—Y créeme, me encargaré de que no vuelva a repetirse.

—Cuento con ello, hermana.

Salgo de la recámara dispuesta a encontrar respuestas. No tengo ni la menor idea de por dónde comenzar. De pronto siento la suave caricia de Plegoste, que se restriega en mis pies. Sin dilación lo cargo para acomodarlo en el regazo.

—¿Tienes idea de...?

El felino no me decepciona, al instante siento su característico *sígueme*.

Capítulo XIII

La escalera

En lo más alto, está el perdón.

Una vez más camino tras Plegoste, el pasillo está más oscuro y tenebroso que nunca. Ahora que sé que hay dos presencias malignas tras de mí, esperando la menor oportunidad para dañarme; estoy a la defensiva y más alerta que nunca. Sé que Andrés y padre son rivales muy poderosos, sin embargo, no debo permitir que eso me impida seguir adelante.

—¿Qué hacemos...?

Lina aparece ante mí. Ahora no se muestra como ese ser descarnado y horroroso que tanto miedo me causó. Es una joven de grácil rostro y dulce expresión. Se acerca, toma mi mano y al instante siento cómo su aura —o se llame como se llame esa energía que emana de ella— cambió; ya no hay dolor, ni sufrimiento, no queda nada más que luz y en mí escucho su *gracias* antes de que una luminosa escalera se abra camino entre las brumas hasta posarse a sus pies.

El brillo es intenso, me ciega por un instante y, cuando logro recuperar la vista, ella no está. Entonces vienen a mi mente las palabras que la anciana me había dicho aquella tarde en el despacho del licenciado Ortiz: «La salida no siempre es por la puerta».

—La salida no siempre es por la puerta —repito como si así pudiera resolver el enigma.

Rebusco en mi cerebro y trato de reunir toda la información que conozco sobre el tema, pero tengo que admitir que es casi nula. En cuestiones esotéricas, soy como una papa enterrada; una neófita que, por considerar que esos temas eran meras patrañas, nunca se preocupó por saber o al menos escuchar.

Llego a la conclusión de que es posible salir, tan es así que Lina lo había conseguido. El punto es ¿cómo?

Plegoste llama mi atención, quiere que lo siga y así lo hago. No me extraña que la siguiente parada sea la habitación de Carlitos.

—¿Mamá? —El gato asiente—. De acuerdo, es hora de escuchar lo que tienes que decir, para poder salir adelante.

—¿Madre? —la llamo con cierta inseguridad.

Ella no tarda en aparecer frente a mí. No sé cómo empezar, aclaro mi garganta, abro la boca, pero termino por cerrarla.

—Yo... quiero pedirte perdón, porque, aunque no maté a Carlitos de forma directa, no me fijé en que el lazo del columpio estaba gastado, no tuve cuidado de revisar... De haberlo sabido, jamás... —Se acerca a mí.

—No es Carlitos, nunca lo ha sido.

—¿Qué? Pero, creí...

—Cuando tu hermano se fue, el dolor era insoportable, sí, pero eso no era justificación para lo que hice. Me olvidé de ti y de Rebeca, sobre todo de ella, las descuidé tanto...

En ese momento comprendo que, en el fondo de mi alma, nunca la perdoné por haberme abandonado. Los sentimientos, por tanto tiempo arraigados y en represión, salen abatiéndome con fuerza.

Vuelvo a ser la niña necesitada de su madre que llora sin consuelo porque

no es capaz de asimilar que ella ya no está. Una pequeña desvalida que no entiende porque ella la dejó sin guía, consejos y protección.

—Sí te abandone, pero no del modo que tú piensas —dice.

—¿De qué estás hablando?

Toma mi mano y la magia comienza, otra vez.

Madre está encerrada en la habitación de Carlitos, lleva días allí, abrazada al suetercito que ella misma le tejió y que aún conserva su aroma. No tiene deseos de levantarse, le parece imposible recuperarse de ese duro golpe.

Las lágrimas por su pérdida nunca son suficientes para calmar el dolor por su pequeño. Padre llega y al verla sucia, descuidada y sumida en esa autocompasión de la que no quiere desprenderse, comienza a reñirla. La lleva casi a rastras hasta el cuarto de baño y la mete bajo el chorro de agua fría con la esperanza de que eso la haga espabilar.

—Tienes que reponerte. Todavía tienes un marido y dos hijas —le dice molesto—. También era mi hijo, pero la vida sigue.

Mamá sabe que padre tiene razón, aun así, no está preparada para dejar ir el dolor. Se desliza al piso y llora por horas.

Su ropa está empapada y el frío le ha calado hasta los huesos, aun así, es incapaz de incorporarse hasta que María llega y la levanta para luego obligarla a ir a su recámara; le cambió la ropa por un camisón limpio y seco, luego la metió a la cama.

Siento cómo poco a poco la fiebre sube y le hace sentir que su cabeza explotará en cualquier momento. Cada vez que el aire entra en sus pulmones, es como fuego ardiente que la quema por dentro.

El médico ha hecho lo que está a su alcance; por desgracia, es tarde, ella sabe que el fin está cerca y es justo en ese momento que comprende lo erróneo de sus decisiones, pues estas desencadenaron el fin precipitado. Ahora

entiende la gravedad de su falta, ya no estará para sus niñas, no las verá crecer, dejándolas a merced de un hombre autoritario y egoísta.

Siento su agonía, no encuentra la paz porque sabe que desperdició tiempo valioso en llorar al hijo ausente cuando las presentes la necesitaban más que nunca.

Ahora sé por qué dijo que no era Carlitos, que nunca lo fue; somos mi hermana y yo. Nosotras somos su asunto pendiente.

—Pero, ¿y las tijeras? ¿Los ojos? ¿Los oídos sangrantes?

—Esa es la forma en la que expreso lo que hice. No quise ver ni escuchar cuánto me necesitaban; cuando por fin lo entendí y deseaba cortar el mal hecho, era tarde.

—Nunca es tarde para el perdón. —Sé que ha llegado el momento de ir hacia adelante y dejar atrás lo que no tiene remedio—. De corazón, madre, te perdono y deseo que puedas hacerlo contigo misma. No te preocupes más por mí, estaré bien, lo prometo.

—¿Y Rebeca?

—Rebeca solo se ama a sí misma. Es verdad que la falta de una madre influyó en nosotras, pero eso no es pretexto para no hacer lo correcto. Ella tomó su decisión y, al igual que yo, eligió su camino. No tienes que culparte por lo que cada una quiso ser.

—Gracias.

Ahí está otra vez esa luz, irradia paz, pero sé que solo es para ella. Mamá por fin logró la redención, ya no tiene ninguna deuda.

«¡Eso es!». Por fin lo entiendo, no es la casa la que encierra, es la culpa lo que nos mantiene cautivos. Mientras no perdonemos, sobre todo a nosotros mismos, estamos condenados a repetir.

Con esa nueva iluminación, analizo mi conciencia; según mi criterio, estoy lista para salir, ¿entonces?, ¿por qué no sucede nada? ¿Dónde está mi escalera? No entiendo nada.

La puerta es azotada con toda la fuerza destructiva de Rebeca.

—¿Por qué la dejaste ir? ¡Tiene que pagar por lo que hizo! ¡Nos abandonó!

—Te equivocas, cada quien es responsable de sus actos y, mientras no lo entiendas, seguirás atrapada.

—Al parecer no soy la única. Dime, hermanita, si tan segura estás, ¿por qué no te has ido aún?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Pero pronto lo averiguaré.

—Sabes que padre no te dejará ir, incluso ahora está furioso. No solo dejaste salir a la tonta de Lina, sino también a madre; eso no le gustó y a Andrés tampoco.

—¿De qué estás hablando?

Siento una fuerza destructiva invadir la habitación, en un santiamén estoy envuelta y sumergida en un remolino que me arrastra hasta encerrarme en el ropero de la que fue mi habitación.

En un principio me siento aterrada, el pánico puede conmigo y estoy a punto de sucumbir. Siento el pulso a mil revoluciones, el cuerpo comienza a convulsionar, el dolor en el pecho es insostenible; no puedo respirar. Plegoste aparece a mi lado y su orden es muy clara: «Despierta».

De pronto otra fuerza invisible me arrastra atravesando paredes y personas hasta colocarme al lado de una cama de hospital, en la cual hay un cuerpo pálido e inerte conectado a muchos aparatos que zumban y pitan.

—*¡Está fibrilado!*

Un dolor agudo me atraviesa el pecho. Soy yo la que yace sobre la

plancha. Los médicos me aplican *electroshock* para que mi corazón vuelva a latir, luchan contra la muerte que, por extraño que parezca, tiene el rostro de mi hermana y pretende llevarme de regreso a «la casa».

Sé que tengo que decidir. No quiero volver, pero hay algo en ese lugar que no me deja ir.

Estoy por seguir a Rebeca cuando una luz atrae mi vista, observo más allá del cristal que separa el quirófano del pasillo; entre la intermitencia de los destellos, veo fuera, allí está él, Manuel lleva un crucifijo colgado al cuello, lo sujeta entre sus manos y este brilla de forma cegadora, me atrae hacia sí.

—Tienes que encontrar el modo —suplica—. Por favor, Romina, regresa a mí.

Capítulo XIV

La voz de Manuel

Lo bello del amor está en su imperfección.

Una vez más sostengo su mano con la esperanza de que vuelva en sí. El neurólogo y Simón insisten en que no hay una causa física para que Julia continúe dormida, sin embargo, no regresa.

Llevo varios días visitándola y sigue sin presentar reacción alguna. A raíz de que salí de «la casa», no tengo ni la menor idea de qué sucede, a qué se estará enfrentado ella sola. Me aterra pensar que sigue expuesta a la furia de los habitantes.

Un suave quejido sale de sus labios y la siento moverse un poco. Levanto mi rostro para encontrarme con su mirada. Se encuentra aturdida y desorientada, puedo verlo en sus ojos. Su rostro es un poema, en él puedo vislumbrar todas las emociones que la embargan.

—¿Estás bien? ¿Llamo a la enfermera? —No puedo evitar preocuparme por ella.

—¿Qué pasó? ¿Cómo es...? —su voz se escucha ronca, gutural.

—Estuviste en coma a raíz del accidente.

—¿En coma?

—Sí. No te agites, aun estás muy débil.

—Estoy bien, no te preocupes tanto, Manuel.

La mención del nombre que antes llevé, me pone en alerta. Se supone que no debería recordarme, no así.

—¿Cómo...? ¿Recuerdas...?

—Eso creo.

Toca su cabeza y sufro al verla tan frágil y desvalida.

—Deja eso —le ordeno al tiempo que retiro su mano de la zona más afectada. Tiene la cabeza rodeada de vendajes.

—¿Entonces? ¿No morí?

—Estabas en el tercer plano —expongo.

—¿Qué?

—Existen dos planos que todos conocemos: el de los vivos y el de los muertos; pero ¿qué sucede cuando una persona no está en ninguna de las dos situaciones anteriores? El tercer plano es un intermedio entre los otros dos. No se está del todo muerto, puesto que el cuerpo aún vive, aunque el alma haya salido de él. Por eso, quienes se encuentran en ese intermedio, todavía experimentan sensaciones y sentimientos humanos como ansiedad, escalofríos, miedo, lágrimas, incluso dolor.

—¿Tú...?

—No —explico—. La mañana siguiente de tu accidente, llegue a buscarte; en el pueblo me habían dado tu recado y quería presentarte disculpas en nombre de los chicos.

La tarde anterior, Arnulfo me informó de tu visita y expuso tus quejas. Me dijo que los muchachos se habían estado colando en tu propiedad por la noche.

Frente a los chicos y a Ricardo, uno de los mayores aceptó que lo hicieron, pero reconoció que solo fue una vez. Dijo que, Abel, uno de los más pequeños, lo escuchó cuando se estaba poniendo de acuerdo con los demás,

entonces, el chiquillo, que sabía que no lo llevarían si lo pedía, decidió unirse a la excursión por su cuenta. Se ocultó en el bote bajo unas mantas y, cuando los muchachos se dieron cuenta, era tarde para regresarlo, ya que se exponían a que alguien, incluyéndome, pudiera descubrirlos.

Ricardo me contó que hicieron un par de travesuras para asustarte, nada de gravedad, según expresó bajo juramento; el caso es que cuando volvían, Abel comenzó a decirles que había una niña fea, vestida de blanco, y que lo estaba molestando.

—¿Rebeca?

—Ajá. El caso es que los chicos, que están al tanto de las historias que se cuentan, se asustaron y decidieron volver. Lo que nunca esperé fue que, al llegar a La Camelia para disculparme, te encontraría al pie de las escaleras, inconsciente y con la cabeza partida. Llamé a los servicios de emergencia, tenía miedo de moverte y lastimarte más. Después de lo que me pareció una eternidad, llegó una ambulancia y te trajo aquí.

—¿Estuve en este lugar todo el tiempo?

—Al menos tu cuerpo sí. Los médicos te intervinieron y detuvieron el sangrado. Cuando la inflamación cedió, las tomografías revelaron que, por fortuna, no había daño cerebral de importancia. Retiraron la medicación que te mantenía inconsciente, pero aun así no despertaste. El neurólogo aseguró que no había una razón lógica para explicar el porqué no salías del coma. Dijo que hay casos en los que, a causa de traumas, los pacientes no quieren volver.

—Eso lo entiendo, pero y tú, ¿cómo llegaste allí? La casa...

Puedo ver la incertidumbre en sus ojos.

—A causa de la preocupación y las prisas por sacarte de la casa y que fueras trasladada a recibir atención médica, ni siquiera nos cercioramos de si había quedado bien cerrada la propiedad, así que, en cuanto despuntó el alba, decidí acercarme, tomé la bicicleta de Cruz y agarré camino. Unos chicos,

ebrios hasta los zapatos, que regresaban de la parranda y que conducían a exceso de velocidad, no me vieron hasta que fue tarde.

—¡Oh, Dios!

—Por gracia de Él, no pasó de un fuerte golpe en la cabeza y contusiones menores en el resto del cuerpo. Estuve inconsciente unos minutos y fue cuando entré a... «la casa». En un principio no tenía ni idea, pero un gato me llevó hasta ti.

—¡Plegoste!

—Imagina mi sorpresa al encontrarte en ese plano. Suelo visitarlo en sueños involuntarios, que muchos suelen llamar «viaje astral», por eso no me resultó difícil entender lo que me rodeaba. Lo que jamás esperé fue que, al ver a la «niña», mi tercer ojo se abriera, regresándome a Manuel.

—Para mí no fue tan fácil. Rebeca jugó conmigo desde el principio, como siempre lo ha hecho. Me manipuló valiéndose del absurdo juego que solíamos hacer, en el que cambiábamos de ropa y, por ende, de personalidad; acomodó los recuerdos para hacerme creer lo que no era.

—No imaginas la impotencia y angustia que sentí cuando desperté. Tenía plena consciencia de ti, de mí, de todo lo acontecido en la otra vida. Comprendí el peligro que corrías y lo que implicaba que permaneciera ahí, con ellos. Sobre todo, con ella. Tenía que sacarte a como diera lugar. Lo intenté todo: dormir con pastillas, hablarte al oído; dicen que las personas en coma pueden escuchar. Estuve, incluso, tentado de darme otro golpe solo para poder regresar por ti.

—¿Entonces? ¿Qué hiciste?

—En una de las visitas que te hice, estaba de guardia Simón, un compañero de bachillerato, que fue mi amigo hasta que entré al seminario y tomamos caminos separados. El punto es que, al ser él médico, le pregunté sobre métodos para tocar la inconsciencia más profunda. Entre risas y

anécdotas, le saqué información y descubrí que un fuerte somnífero podía servirme. Me cuestionó el porqué de tanto interés al respecto, por fortuna logré marearlo con excusas y pretextos.

»Al día siguiente, sabía que Simón estaría en su ronda matutina, así que, aprovechándome de la sotana y de que Aída —la secretaria de él— me conoce, pues suelo traer la comunión a los enfermos, pude esperarlo dentro del consultorio.

Aída regresó a lo suyo, dejándome a solas; entonces, y que Dios me perdone, robé el medicamento controlado del que Simón me había hablado. Lo demás ya lo sabes. Fue una sola dosis por tratarse de una muestra médica, por lo que no tenía mucho tiempo antes de que este perdiera efecto y yo volviera a la consciencia.

—No debiste hacer eso, aun así, te lo agradezco, Manuel.

Toca mi mejilla y no puedo evitar desear abrazarla. Mi cuerpo despierta al deseo físico por tanto tiempo reprimido.

—Ahora soy José —interrumpo el contacto, temeroso de no poder contenerme. La atracción que siento por ella es demasiado fuerte.

—Lo sé, es la costumbre, discúlpeme, padre José. —Dolida, retira su mano.

—No seas tan drástica, Julia. Podemos ser amigos. —Sé que suena absurdo y es egoísta de mi parte, pero no puedo renunciar a ella.

—¿Amigos? —La expresión de su rostro es tan clara, sé que la he lastimado.

—No deberías recordar todo lo que pasó. No es sensato ni prudente. La vida como Romina terminó en su momento, ahora eres Julia y como tal debes vivir.

—¿Y eso cómo se hace? ¿Finjo que simplemente no pasó? ¿Qué no te

conozco desde siempre? ¿Qué no te amé más que a mí misma y, a pesar de todo, sigo haciéndolo?

—Es lo mejor. Hice un juramento de servicio que debo cumplir. —Señalo mi ropa, es más que representativa de lo que ahora soy y no debo olvidar.

—Entiendo. —No agrega nada más.

—¿Me permites seguir viniendo a verte? —Sé que no tengo derecho a pedírselo, pero no puedo evitarlo, necesito verla, saber de primera mano que se encuentra bien.

—¿En calidad de sacerdote?

—No, como amigo.

—Necesito tiempo para asimilar lo que... todo. —Gira su rostro para evitar que vea que sus ojos se han puesto acuosos—. Espero me comprendas, pero prefiero evitar todo contacto hasta entonces.

—Lo comprendo. Julia, yo...

—No digas más y márchate, José.

—De acuerdo; si me necesitas, sabes dónde encontrarme —digo antes de ponerme en pie, le doy un beso en la mano y abandono la habitación.

Capítulo XV

Amor en pausa

El que dice adiós no siempre es el que se va.

En cuanto Manuel sale de la habitación, siento como cuando las nubes ocultan al sol. El día se torna gris y carente de todo encanto. Me siento más sola y abandonada que nunca. Quizá ese es mi destino.

Sin poder, ni querer evitarlas, dejo que las lágrimas corran libres por mis mejillas. Manuel tiene razón, lo que sentimos el uno por el otro, al menos por su parte, terminó. Como bien dijo, ahora es solo José, un sacerdote de pueblo dedicado a su ministerio y yo no soy quién para juzgar sus motivos.

—¿Se encuentra bien? ¿siente dolor? —pregunta la enfermera en cuanto entra a la habitación y me ve llorar.

—Sí, mucho dolor, pero, por desgracia, es de esa clase que los analgésicos no curan.

—Para infortunio del pobre mortal, no existe mejor remedio que el tiempo para curar el mal de amores —dice antes de salir y seguir con su ronda.

«¿Y qué hacer cuando ni el tiempo es suficiente?». Llevo dos vidas amando a un hombre que, todo parece indicar, no es para mí.

Paso varios días en el hospital antes de que se me permita volver a casa. El licenciado Ortiz pasó por la clínica en cuanto le llamé, al fin pudimos ponernos de acuerdo sobre el personal, las reformas, *etc.*

Trajo de visita al arquitecto, que resultó ser un hombre muy inteligente y accesible. Sentí empatía en cuanto nos presentaron, él tiene un don especial, parece leer en tu mente lo que quieres y materializarlo. No fue difícil ponernos de acuerdo en conceptos y costos. Por eso en cuanto puse un pie en La Camelia, los trabajos ya habían comenzado.

Es extraño ver tanta actividad en la finca, no estoy acostumbrada a tener personas entrando y saliendo.

En cuanto cruzo la puerta, regresa la nostalgia por los que ya se fueron. Sé que mamá es ahora plena y goza de la felicidad absoluta al lado de Carlitos. La casa es la misma, siempre lo ha sido, sin embargo, la energía que emana es otra.

Plegoste llega hasta mí y se restriega en mis zapatos.

—¿Tienes idea de lo que te eché de menos? —En este plano no existe esa comunicación fantástica entre nosotros. No sé a qué se deba, pero aquí existe una limitante para todo.

En el tercer plano, como Manuel le llama, hay una percepción más clara, eres más ¿cómo explicarlo? ¿Intuitivo?, ¿sabio?, ¿infinito? No lo sé, solo entiendo que todo se siente diferente.

Sé que en algún sitio aún permanecen tres habitantes, espero no volver a toparme con ellos. Rebeca, mi padre y Andrés deben solucionar sus asuntos pendientes para poder trascender, y tendrán que hacerlo sin mí

Entre mezcla, yeso, ruido de hombres trabajando y la estación de radio que escuchan, transcurren los días.

Es domingo. No sé si ir a misa sea lo más adecuado. A pesar de todo, incluso de mí misma, sigo aferrada a él. No puedo ser tan «práctica» y separar a Manuel de José, para mí son el mismo y, mientras sea así, lo más sensato es mantenerse lejos de la tentación.

Tomo el auto y emprendo rumbo a la ciudad. Paseo por la plaza principal, me detengo en mi local de comida favorito y disfruto de un rico plato de pozole. Por la tarde voy de mirona por las tiendas. Está por anochecer cuando una torrencial lluvia cae. No me da confianza manejar en esas condiciones, así que decido acercarme a una casa de huéspedes con la intención de pasar allí la noche. Ruego al cielo que la tarjeta de crédito pase, pues sé que la tengo hasta el límite.

Con el préstamo que consiguió el licenciado, apenas si me alcanza para pagar al banco, el sueldo de los albañiles y vivir austeramente en lo que se libera el fideicomiso. Tengo que ser cuidadosa con el dinero si no quiero verme en serios problemas.

Antes de irme de la capital, decido llevar a valuar el fajo de cartas de mi padre.

—¡Cielos! Los historiadores del INAH[2] pagarán una fortuna por tener esta información —dice el experto en avalúos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Quizá hasta cifras de cinco o seis ceros.

—¿En verdad?

—Habrá que esperar para hablar con mi contacto en México. Considero que a más tardar en una semana le tengo una respuesta.

—Gracias, espero que sean excelentes noticias.

—Yo también así lo deseo, señorita Ibáñez.

Llego a La Camelia el lunes por la tarde, me encuentro con la novedad de que Manuel o José, está esperándome sentado en los escalones del pórtico.

—¿Dónde estabas? —suelta en cuanto me bajo del auto—. Ni siquiera viniste a dormir.

—¿Disculpa? —Lo miro indignada.

—No asististe ayer a misa y me preocupé —dice, como si eso lo explicara todo.

—Sí fui, pero no en su templo, padre.

—Julia, no seas infantil, podemos llevar una relación cordial...

—Tiempo, Manuel. Te pedí tiempo, es eso tan difícil de entender.

—Solo me preocupo por ti.

—No necesito tu preocupación, gracias.

—Romina, por favor.

—¡Vaya! Ahora soy Romina —reniego con ironía—. ¿No que lo nuestro se acabó?

—Deja de revolver las cosas, por favor. —Pasa la mano por su cabello en un claro gesto de exasperación.

—¿Por qué sigues empeñado en convencerme de que entre nosotros no queda nada, de que esto que sentimos no es real cuando tú también estás atrapado aquí?

—¿Qué?

—Sabes de sobra de lo que hablo, por mucho que intentes, no puedes dejar atrás lo que pasó en el sauce junto al huerto de los naranjos. Las tardes que pasamos junto al lago o el dulce aroma de azahar.

—No sigas.

—¿Por qué? Te molesta recordar que yo también estuve ahí, que tengo plena consciencia de los besos que nos dimos, las caricias... ¿Necesitas más detalles?

—¡No! ¡basta, no sigas por ese camino, Romina! —Su mirada es dura.

—Pues entérate de una vez, que esa tarde tuvo consecuencias.

—¿Qué? No es posible.

—Lo fue, me dejaste embarazada.

—¿Qué pasó con el bebé? ¿Te casaste? ¿Tú...?

—Mi padre me lo arrebató y obligó a Rebeca a criarlo como suyo. Genaro Daniel De la Rentería, era hijo tuyo, no de Andrés, el marido de mi hermana.

—¿Cómo era? ¿Tuvo una vida buena, feliz?

—No lo sé. En la biblioteca es escasa la información sobre él. Solo sé que se casó con Jacinta Pedroza y que tuvieron dos hijos, Genaro Arturo y Luis Andrés; este último fue el padre de mi difunta tía Amelia. Que, ahora sé, fue la segunda reencarnación de María y mi madre biológica, en esta ocasión. Fantástico, ¿no? Tengo dos madres.

—¿Eso es todo?

—Lo que recuerdo de él en vida de Romina, es nulo. Por orden de mi padre, permanecí interna en el convento y nunca se me permitió verlo, solo tenía la vieja fotografía que María me llevó en una de sus visitas. Por ella supe que lo habían mandado a un internado católico. Quizá papá temía que le contara la verdad, temor que no era infundado, pues, si hubiera tenido la oportunidad, lo habría hecho. El caso es que morí a causa de una afección pulmonar y no supe más de él.

Una lágrima rueda por mi mejilla.

—Siento tanto lo que tuviste que pasar. Si Rebeca no me hubiera arrebatado la vida, nada de eso habría pasado. —Limpia con su dedo mis lágrimas.

Me retiro de él unos pasos, no quiero que me toque, me duele su cercanía; el verlo y no poder tenerlo me hace daño.

—Es lamentable. Por desgracia el pasado no se puede remediar, pero el presente sí. Esta es una segunda oportunidad...

—Julia, no.

—Ahora vuelvo a ser Julia, la indeseable y estorbosa, Julia, para la que no tienes más que amistad.

—No digas tonterías.

—¿Tonterías? Te guste o no, eres y siempre serás Manuel, mi primer y único amor, el hombre que me hizo mujer aquella tarde de abril. El que me robaba besos entre naranjos y colocaba flores de azahar en mi pelo.

—Julia, por favor, no me hagas esto más difícil.

—Vete y no vuelvas.

—Julia...

—¡Que te largues! Aquí no hay lugar para José, y, cuando necesite un sacerdote, buscaré a otro.

Entro en la casa y doy un portazo. No me importa que los albañiles se hayan enterado de mi pleito en el jardín con el padrecito, ya no me importa nada. Corro a mi habitación, me tiro en la cama y dejo que el llanto fluya.

Plegoste se coloca a mi lado y en silencio me consuela.

Los siguientes meses, apenas si salgo de la propiedad. Evito a toda costa acercarme al pueblo, en especial a la iglesia. Las remodelaciones están por finalizar. Es increíble lo que el dinero y un buen arquitecto pueden hacer. La casa parece otra.

De pie frente a la casona, contemplo cómo cada vez se parece más a mi adorado hogar. A ese lugar en el que soñaba ser inmensamente feliz al lado de Manuel y tener muchos hijos correteando por aquí.

En cuanto el arquitecto dé por finiquitado el trabajo, pienso pasar una

temporada en Europa. Para qué sirve el dinero, sino para darse gusto. Con nada venimos y sin nada partimos al otro mundo. Así que, antes de poner en marcha mis planes de vida, necesito unas vacaciones lejos de él. Espero que el tiempo y la distancia logren apartarme definitivamente de Manuel.

El año que pasé viajando de país en país pasó casi sin sentirlo. Me siento renovada y llena de ideas para realizar en la finca. Con la ayuda del licenciado Ortiz, conseguí dar con Ernesto, un hombre diestro en la administración de fincas campestres.

El abogado tuvo la amabilidad de recogerme en el aeropuerto junto con un hombre alto, de piel aceitunada y unos impresionantes ojos verdes.

—Licenciado, no esperaba este recibimiento, aun así, gracias por venir.

—¿Qué tal? Tú debes de ser Ernesto, ¿cierto? —sonríó con un dejo de coquetería.

—Señorita, Julia, un gusto conocerla, al fin. —Extiende su mano en señal de saludo.

A raíz de mi estancia en el tercer plano, mi sensibilidad y percepción de ciertas cosas cambió, por lo que, en cuanto Ernesto Santa Cruz toma mi mano, supe que era él. Tengo ante mí a mi hijo, Genaro Daniel.

Enmudezco por un instante, no puedo creerlo. En verdad que el destino es un tirano cruel y manipulador que juega con nosotros como si fuéramos fichas de ajedrez, haciendo que algunas veces coincidamos, otras no.

—El placer es mío, Ernesto. Estoy ansiosa por que me muestres lo que has hecho en La Camelia.

A mi regreso, la propiedad está tan bien cuidada que por poco y no la reconozco. Ni en tiempos de mi padre tuvo tanto esplendor. Los jardines son preciosos, los establos pintados de rojo están totalmente restaurados y listos para recibir a los sementales que compré en Oriente Medio.

—¿Cuándo dice que llegaran los caballos? —me pregunta mientras acaricio a Estrella, la yegua que trajo consigo cuando llegó.

—A principios de la semana que entra. El licenciado no exageró en halagos cuando dijo que eras un excelente administrador, Ernesto, llevas todo con orden y eficiencia. Los huertos de naranjos, las casetas de gallinas, los establos... todo está de maravilla.

—Gracias, patrona. Si todo sale bien, en un promedio de tres años, el huerto estará reportando dividendos. Las casetas tardarán un tiempo aproximado de año y medio y la crianza de caballos...

—Ya entendí, Ernesto, gracias. No tienes que impresionarme, confié plenamente en ti. —Siento unas ganas terribles de abrazarlo, de llenarle el rostro de besos, pero sé que, como él carece de esa consciencia psíquica, mi actitud maternal será, sin duda alguna, mal interpretada.

—Gracias, patrona, no tiene idea de lo que eso significa para mí y para Daniela.

¡Cierto, lo había olvidado! El licenciado mencionó que Ernesto es viudo y que tiene una niña. «¡Dios, soy abuela!». A mis treinta y tres años, soy madre de un hombre de veintiocho y abuela de una niña de cinco.

—Tienes que presentármela, muero por conocerla.

Daniela es una niña estupenda, dulce y llena de ocurrencias que me hacen las delicias de la tarde.

Al transcurso de los días no me es difícil adaptarme a ellos. Sin darnos cuenta, se instaló entre nosotros una dinámica de convivencia muy peculiar, es como si fuéramos una familia. Incluso la niña me llama mamá Julia.

Han pasado un par de meses desde que volví, los mismos que he evitado acercarme al pueblo y, por ende, a él. Manuel aún es parte de mí, siempre lo será, pero, al tener cerca a mi hijo y a Dani, ese vacío ya no es tan profundo.

Quizá es hora de tomar las riendas y dejar el pasado atrás.

Como cada domingo, Ernesto y Dani van a misa y luego a la fonda de doña Chuy a comer. Dani nunca pierde la esperanza de que diga que sí y una vez más me invita a ir con ellos. Por primera vez decido tomarles la palabra y acompañarlos.

—¿De verdad, mamá Julia? Creí que no te gustaba el pueblo. —Dani me mira entusiasmada ante la idea de que me una a ellos en el paseo.

—No es eso, es solo que antes tenía cosas que atender.

—No molestes a Julia con preguntas, nena, luego ya no querrá venir —la riñe Ernesto, que conduce la nueva camioneta del rancho.

—Nada de eso, me encantará pasear con ustedes.

Entrar a la capilla de José fue más fácil de lo que creí. Ernesto, Dani y yo tomamos asiento en una de las bancas medias. Al instante sentí las miradas curiosas de todos. La niña toma mi mano y no se aleja de mí.

La adoro tanto que no puedo evitar cogerla en brazos. Es en ese instante en que Manuel hace su entrada. Nuestras miradas se enlazan por un instante. Su gesto es inexpresivo, así que no me muestra lo que mi presencia le ocasiona. Dani besa mi mejilla y eso hace que desvíe mi mirada hacia ella. Esa niña es un sol, sin palabras me reitera que debo centrarme en lo que tengo y no en lo que se fue.

La misa transcurre sin incidentes; al salir, el sacristán se acerca y me dice que el padre José desea hablar conmigo.

—Gracias, dígle que procuraré darme un tiempo en la semana para pasar a verlo. —Y sin más me alejo del brazo de Ernesto y Dani colgada de mi mano.

—¡Vaya! Tenías razón, hijo, la comida aquí es riquísima —digo sobándome la barriga después de acabar con mi plato de enchiladas con pollo.

—Es raro que siendo casi de la misma edad me digas hijo —comenta Ernesto con una sonrisa—. En verdad es gracioso.

—¿No vas a pedir postre, mamá Julia? —me cuestiona una incrédula, Dani.

—Haz caso a la niña. Las jericallas son deliciosas.

No necesito levantar el rostro para saber que se trata de Manuel.

—Padre, ¿cómo está? —Ernesto se pone de pie y lo recibe con un efusivo saludo—. ¿Gusta acompañarnos?

—No quiero interrumpir ni molestar. —Posa su mirada acusadora en mí.

—No es ninguna molestia, padre, es más yo invito, pida lo que guste; mientras iré a llevar a Dani a la heladería, le prometí un cono con doble chocolate. —Sin esperar respuesta, tomó a la niña de la mano y abandonó el lugar.

No entiendo la actitud de Manuel, se niega a renunciar a su ministerio para estar a mi lado, pero al mismo tiempo no deja de molestarme.

En el pueblo no es bien visto que una mujer «soltera» viva con un hombre bajo el mismo techo sin estar casados, por lo que los chismes comienzan a correr y mi reputación es tema de conversación en todo momento. Tan es así que el respetable padre José se apareció en mi casa para sermonearme sobre mi conducta y estilo de vida.

No era verdad que Ernesto y Dani vivían conmigo, ellos estaban instalados en las dependencias para empleados, pero, a raíz de la visita al pueblo y la impertinencia de Manuel, insistí en que se instalaran en la casa grande.

Dani escogió la habitación que nos perteneció a Rebeca y a mí. No tuve inconveniente en ello, al contrario, la llevé conmigo a la capital y en un santiamén la teníamos decorada como la alcoba de una princesa.

El verdadero problema inició un par de días después, cuando la niña, a la hora del almuerzo, dijo algo que me preocupó.

Estamos en el comedor, Ernesto hablaba de trabajo, incluso menciona que no sabe el porqué, pero ama estas tierras, que incluso siente que, por primera vez desde que enviudó, está en casa.

«Y así es, hijo», reflexiono. Todo es felicidad y armonía; por un momento, tanta perfección me da miedo.

—Papá, mamá Julia, ya no quiero esa habitación. Hay una niña que me habla, me asusta.

—Por favor, Daniela, deja de hablar tonterías. El mes pasado era un amigo imaginario, ahora una niña que te persigue. ¿Qué sigue?, ¿eh?

—No la regañes, Ernesto —intervengo un tanto inquieta.

—Desde que su mamá murió, tiene problemas, incluso tuve que llevarla a terapia un tiempo.

—Estoy segura de que Dani sabe lo que es real y lo que no. Dime, pequeña, ¿qué te dice esa niña que tanto te asusta?

—Quiere llevarme con ella al ropero, pero no quiero ir, es mala, puedo sentirlo.

—Esto es absurdo, Daniela. Si sigues con esto, tendré que castigarte. — Ernesto está molesto, por lo prefiero guardar silencio y dar por zanjado el tema. No quiero complicar más las cosas, ya hablaré con la pequeña más tarde y a solas.

—Señorita, el padre José está en la sala principal y pide hablar con usted.

—Honorita, la cocinera y ama de llaves entra en el comedor.

—Dígale que no puedo recibirlo...

—¿En verdad quiere que le diga eso? ¡Es el padrecito! —Levanta sus

blancas cejas en un gesto de incredulidad.

Suelto el aire, resignada. En este pueblo el sacerdote es el equivalente a un santo patrono. Comienzo a entender la renuencia de Manuel; si él decidiera claudicar al sacerdocio para realizarse como hombre, sería lo mismo que un sacrilegio. La gente nunca lo perdonaría y a mí me tratarían como a una prostituta, hija de satanás, que fue capaz de corromper a un discípulo de Dios.

Ernesto decide acompañarme para saludar al padre antes de ir a su recorrido por las casetas de pollos. El chico dice que no se explica por qué, pero que el padrecito le agrada y que le tiene afecto. Si él supiera...

En cuanto quedamos solos, no pierdo el tiempo.

—¿Qué hace aquí?

—He venido a decirte que no puedo más. Estás volviéndome loco. No puedo soportar verte junto a él, los celos me carcomen y siento ganas de... ¡Dios! Perdóname, Padre Santo, por tan horribles pensamientos.

—Esa fue tu decisión, Manuel, una vez más decidiste dejarme.

—No tuve elección, fui asesinado, ¿recuerdas?

—La segunda vez no.

—Julia, no empecemos, por favor.

—No sé qué vienes a hacer aquí, solo estamos perdiendo el tiempo. Será mejor que te marches.

—¿Para que puedas seguir revolcándote con tu amante?

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. —Sacudo la cabeza; la poca paciencia que me queda se agota.

—¿Y qué quieres que piense cuando te la pasas exhibiéndote con él?

—Lo que yo haga o deje de hacer no tiene por qué importarte. No tienes

ningún derecho sobre mí, ¿recuerdas?

—¿Y él sí?

—Sí.

Me toma de los hombros y sacude mi cuerpo de forma brusca.

—No juegues conmigo, Julia —expresa furioso.

—¿Qué quieres, José?

—¡Que se largue de aquí, quiero verlo lejos de ti!

—Eso no va a ser posible. Él tiene tanto o más derecho que tu...

—¡Renuncié por ti y así es como me pagas!

—¿Qué?

—En una ocasión que estuve por aquí, el licenciado me dijo que pensabas regresar a más tardar en un mes, entonces hablé con el arzobispo, le presenté mi renuncia, le expuse mi caso y quedó que, en cuanto tuviera la resolución a mi petición, me lo haría saber. Cosa que sucedió hasta hace una semana. La misa del domingo fue la última.

—¿De verdad hiciste eso por mí?

—Sí, y no sabes cómo me arrepiento. Durante meses esperé con ansias tu regreso y tú, a la primera, te entregas a otro como una...

—Es Genaro Daniel.

—Ese hombre es un...

—Ese hombre es Genaro Daniel.

Capítulo XVI

El camino de vuelta

El eterno dilema del principio y el fin es circular.

Manuel me mira aturdido, sé que aún está asimilando la revelación hecha. Pasa la mano por su rostro cansado.

—¿Qué? Repite eso.

—No entendiste mal, Ernesto es mi hijo, tu hijo.

—¿En verdad esperas que crea eso?

—Eso es cosa tuya. En cuanto lo conocí, sentí algo especial; pero, en cuanto su mano estrechó la mía, lo supe.

—¿Estás segura?

—El corazón de una madre nunca se equivoca.

—¿Entonces? ¿Por qué yo no siento esa conexión?

—Quizá porque nunca lo has querido ver. Estabas tan empecinado en ver cosas donde no las hay que te cegaste a lo que sí es.

Se queda pensativo unos momentos, otra vez pasa la mano por su cabello.

—¿Mi hijo? ¡Dios! ¿Te das cuenta, Romina? ¡Tenemos una nieta! ¡Somos abuelos!

—Lo sé. ¿Ahora entiendes por qué no puedo apartarme de aquí ni permitir que se vayan?

—¡Cielos, mujer! ¡Mi hijo, una nieta! Qué loco es todo esto. —Suelta una risotada un tanto histérica—. Hace unos minutos quería descuartizarlo vivo por ponerte las manos encima y ahora solo quiero correr y estrecharlo en mis brazos.

—No si no quieres asustarlo. Recuerda que él no tiene consciencia de nada.

—¿Cómo puedes contenerte?

—Me conformé con tenerlos a mi lado.

Un grito acompañado de un golpe estridente nos pone en alerta.

—¡Es Dani! —grito al tiempo que corro en su busca. Manuel me sigue de cerca.

Al llegar a la habitación, Daniela yace en el piso con el ropero encima de su cuerpecito.

—¡Dios, no! —grito y sin perder tiempo comienzo a levantar el pesado mueble. Manuel me ayuda y entre los dos lo quitamos en un instante.

—Aún respira —dice alarmado—. Hay que llamar a los servicios de emergencia.

—Dani, mi amor, despierta, chiquita. Tienes que estar bien, por favor —emito al cielo una sincera plegaria.

Manuel ha llamado para pedir una ambulancia.

—Ya no deben tardar, amor. —Toma la mano de la niña entre las suyas y comienza a rezar. A pesar de todo lo vivido, es un hombre de fe.

—¿Qué ha pasado? —Ernesto entra alarmado y, en cuanto ve a Daniela, avanza hacia ella con la intención de tomarla en brazos.

—No, hijo —le detiene Manuel—, no es conveniente moverla. Esperemos por los paramédicos, ya vienen en camino.

—No puedo esperar.

—Tienes que hacerlo. —Trato de calmarlo.

—¿Qué pasó?

—El ropero le cayó encima, aún no logro explicarme cómo sucedió.

—Escucha, hijo... —comienza Manuel, entonces, Daniela comienza a volver en sí.

—¡Hija! —Ernesto corre a su lado—. ¿Cómo te sientes, princesa?

—¿Dónde estoy? —observo cómo se le dificulta enfocar la vista.

—En casa, corazón —respondo. Me mira de una forma que no sé cómo interpretar. Algo en ella...

No tengo tiempo de seguir con mis cavilaciones, pues en ese momento los paramédicos ingresan a la habitación.

Ernesto va con ella en la ambulancia, Manuel y yo los seguimos en mi camioneta.

—¿Cómo está? ¿Qué te han dicho? —preguntamos al unísono en cuanto vemos a Ernesto.

—Le están haciendo estudios, pero en apariencia está bien. Solo quieren cerciorarse de que el golpe no tenga secuelas.

Las horas pasan en lenta agonía. Manuel no deja de darnos ánimos y repetirnos que tengamos fe.

—¿Familiares de Daniela Santa Cruz?

—Soy su padre —responde Ernesto.

—La niña está bien, pero, como corresponde en estos casos, queremos dejarla en observación.

—¿Podemos pasar a verla?

—Por supuesto.

Ernesto es el primero en pasar a la habitación, tarda unos minutos y regresa más animado.

—Está de buen humor. —Sonríe—. Quiere verte —me dice.

—No tardo.

Llego a la habitación de la pequeña, me parece tan frágil conectada a todos esos aparatos que monitorean sus constantes.

—¿Cómo estás, princesa?

—Acércate.

—Aquí estoy.

—Más, quiero decirte un secreto.

Me coloco junto a ella y bajo mi cabeza hasta estar cerca de su boca, después, todo es oscuridad.

—¿Julia?

¿Manuel? No, parece que es Ernesto, o quizá ambos.

—¿Estás bien?

Ahora soy yo la que está en la cama de un hospital.

—¿Qué ha pasado? —pregunto confundida.

—Te desmayaste.

Miro a Manuel, el entendimiento mutuo no necesita más explicaciones.

—Ernesto, podrías ir a con Dani, necesito hablar con Ma... José.

—Sí, solo quería cerciorarme de que estás bien.

—Ya lo estoy, vete sin cuidado.

En cuanto mi hijo abandona la habitación, viene la pregunta del millón.

—¿Qué pasó allí dentro?

—Está aquí.

—¿Quién?

—No sé cómo lo consiguió, pero la niña que está en la habitación, no es Dani.

—¿De qué estás hablando, mujer?

—De Rebeca. Está aquí y, según me dijo, viene para quedarse.

—Eso no puede ser, mujer, quizá te confundiste.

Un par de días después, Honoria entra al comedor con un sobre blanco en la mano.

—Señorita, trajeron esto para usted.

—¿Una carta? ¿para mí?

—Qué raro —expresa Manuel.

—Sí, ¿quién utiliza la carta en estos días? —reitera Ernesto.

—Veamos de qué se trata. —Comienzo a leer, al instante siento un escalofrío recorrer mi cuerpo. Levanto mi vista y en ella, en su mirada burlona, está la confirmación de todos mis miedos.

Querida hermanita:

Ahora gracias a ti sé que la conexión que nos une va más allá de la sangre, incluso de la muerte.

Siempre juntas, no lo olvides. Quizá en un principio no me reconozcas, pues nos encontraremos con una piel prestada y una identidad ajena, pero siempre representando el mismo papel dentro de la obra que nunca cambiará de escenario.

Te lo dije, la casa nunca te dejará ir, eres parte de ella tanto como yo.

P.D. Dale mis saludos a Manuel.

Con amor.

Rebeca de la Rentería

Fin

NOTAS

Capítulo VIII

[1] Juan Chávez es un personaje famoso del estado de Aguascalientes, México y sus alrededores. (4-jul-1831 – 15.feb-1869).

Capítulo XV

[2] Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Agradecimientos

A ti que depositas tu confianza en mí para conducirte al mundo que solo la pluma puede llevarnos. Gracias, porque en cada nueva aventura decides embarcarte conmigo y recorrer juntos cada travesía.

A mi esposo e hijas, que son mi motor y mi todo. A mis padres, que son mis maestros de vida; los amo. (Y a ti, papá, te mando un beso hasta el cielo).

Quiero agradecer a Lola Gude, a Mimi Romanz y a todo su maravilloso equipo por hacer posible un sueño más. A Olga Hermon, porque con su paciencia y consejos se ha convertido en pilar fundamental de mi existencia.

Gracias a Dios y a la vida por todos y cada uno de ustedes.

Con todo mi amor y respeto.

Fabiola Arellano

Si te ha gustado

La casa de los naranjos

te recomendamos comenzar a leer

El ladrón de reflejos

de *Marta Luján*



El ladrón de reflejos

La melodía volvió a sonar y las notas se esparcieron por el aire como invisibles gotas de lluvia que caían y se alzaban suavemente. La música envolvió el silencio en un abrazo maternal, protector, pero al no hallar respuesta se fue desvaneciendo hasta que el silencio reinó de nuevo.

El hombre que esperaba en la sala escuchó los pasos que se acercaban y suspiró. Creía conocer la respuesta, pero de todas formas tenía que preguntar.

—¿Lo habéis conseguido?

El sirviente negó con la cabeza apesadumbrado, pero al darse cuenta de que su señor se encontraba de espaldas y no podía verlo, se apresuró a responder:

—No, señor.

—Es una lástima —aseguró mientras suspiraba de nuevo. Luego se volvió para mirar fijamente a aquel mensajero de tan malas noticias—. Creo que tendremos que hacerlo de nuevo.

El sirviente le devolvió la mirada y supo con certeza que sus palabras no aludían a la música que acababa de sonar, sino a algo más, a algo que había quedado enterrado en el pasado.

—Eso creo yo también —convino. Probablemente era el único modo de solucionar el problema.

El hombre asintió aliviado al ver que su sirviente no protestaba. Caminó hacia uno de los rincones de la sala donde descansaba un enorme objeto cubierto con una tela. La retiró con suavidad, dejando que resbalase, y se quedó contemplando su imagen en el espejo.

—Esta vez no podemos equivocarnos.

I

Salió fuera del edificio y tuvo que entrecerrar los ojos para evitar el

resplandor del sol. A su alrededor se elevaba una inquietante algarabía. Multitud de voces se mezclaban en una alegre cacofonía.

—¡Por fin se acabaron las clases! —exclamó mientras estiraba los músculos.

Su amigo le sonrió.

—¿Y qué piensas hacer ahora, Malco? —le preguntó.

El muchacho, alto y de anchas espaldas, se encogió de hombros como si la respuesta fuese obvia.

—Volver a casa —le contestó sonriente mientras le daba una palmada en la espalda y echaba a correr para poder alcanzar el autobús que acababa de detenerse en la parada.

Se sentó junto a la ventanilla y contempló las calles y los edificios que desfilaban rápidamente ante sus ojos. Aún tenía que recoger sus cosas del apartamento antes de regresar a casa. Vuelta al hogar y a un verano tranquilo.

Allí todo seguiría como siempre. El baño ocupado todo el tiempo, lo mismo que el ordenador; su habitación, compartida a medias con su hermano, hecha un desastre, y su madre corriendo de aquí para allá mientras su padre solo la miraba y suspiraba.

A pesar de todo, Malco estaba dispuesto a disfrutar de las vacaciones y a olvidarse, al menos por unos meses, de las lecciones de alquimia que había recibido durante ese año en la universidad. No es que no le gustase la carrera que había escogido, sin embargo, no se trataba de una disciplina bien considerada entre los magos, más bien la tenían como algo de segunda categoría. Malco en cambio creía firmemente que no habría ciencia si no existiese la alquimia.

Él podría haber escogido cualquier otra carrera, como su hermana Lyra, que estudiaba numerología, o su hermano Arti, que estudiaba el dominio de los

espíritus, pero a él siempre le había atraído la alquimia. Había nacido en el seno de una familia de magos. Su madre era una bruja —en el sentido literal de la palabra—, descendiente de una larga generación de brujas y hechiceros de la vieja escuela, y experta en hechizos, especialmente amorosos. Desde niño, le había inculcado el amor por los libros antiguos. Un día cayó en sus manos un libro sobre la historia de la alquimia, lo leyó y se apasionó por esa rama de la magia.

Aunque en la actualidad los no magos convivían en paz con los magos, estos tenían sus propias escuelas y universidades para no perder los arcanos conocimientos heredados de siglos de estudio y experiencia de sus ancestros. Por eso, cuando tuvo que elegir carrera, aunque pudo haber escogido cualquiera en una de las universidades de los no magos, se decidió por la alquimia. A veces tenía la sensación de no encajar en su propio mundo, como si la alquimia fuese más propia de otro tiempo, de otra época.

Al día siguiente de su llegada a casa, se levantó por la mañana con algo de confusión en la mente mientras se preguntaba dónde se encontraba. Cuando su cabeza se aclaró, salió de la habitación y se dirigió hacia el cuarto de baño bostezando. Vio la sombra de Lyra proyectarse por debajo de la puerta de su dormitorio, escuchó el clic que hizo esta al abrirse, y se apresuró para llegar primero.

—¡Venga ya, Malco! No puedes hacerme esto —le gritó Lyra al ver que él se introducía en el cuarto de baño.

—¿Hacerte qué? —preguntó Malco a su vez elevando el tono de voz para hacerse oír mientras su hermana golpeaba la puerta—. Yo he llegado primero. Tendrás que esperar tu turno.

—Si no has salido dentro de diez minutos —lo amenazó—, volveré a aporrear de nuevo la puerta hasta que se caiga, ¿me has oído?

—Te he oído, y ahora, déjame en paz —le gruñó él.

Se giró hacia el espejo donde esperaba encontrarse con la misma cara de siempre; un rostro normal, de mandíbula firme, que le miraba con sus grandes ojos del color del chocolate. Sin embargo, no vio nada, ni su alta figura, ni su pelo castaño dorado, ni unos ojos somnolientos. Nada.

—¡Lyra! —gritó enfadado sabiendo que su hermana se encontraba todavía al otro lado de la puerta. Seguramente se reía con ganas—. ¡Deja de hacer eso! Sabes que en casa no podemos manipular la materia.

—No estoy haciendo nada —replicó ella irritada—, y a ti ya solo te quedan ocho minutos.

Malco volvió de nuevo su mirada hacia el espejo, pero su reflejo seguía sin aparecer. Abrió la puerta bastante enfadado.

—¿Quieres dejarlo ya? —le espetó.

—¿Dejar qué?, ¿de contar? —le replicó con burlona suavidad—. Ni hablar, que luego te pasas más de media hora ahí dentro.

El negó con la cabeza a punto de perder la paciencia.

—No, quiero que dejes de manipular la materia.

—Yo no he manipulado nada, listillo; tú eres el alquimista, no yo.

—¡Devuélveme mi reflejo! —le soltó de golpe.

Lyra abrió mucho los ojos y lo miró como si hubiese perdido el juicio. Malco comprendió en ese momento que aquello no había sido obra de ella; de haberlo hecho, ya habría estallado en carcajadas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lyra con curiosidad ladeando la cabeza.

Malco no respondió. La tomó de la mano y de un tirón la introdujo en el cuarto de baño. Quedaron los dos frente al enorme espejo colocado sobre el lavabo.

—Mira —le pidió Malco.

Ella dirigió primero su mirada hacia él y luego la volvió hacia el espejo. Malco vio cómo sus ojos redondeados se agrandaban al contemplar en el límpido cristal únicamente su propio reflejo, como si solo ella se encontrase en el interior del cuarto de baño.

—Pero ¿qué...? —espetó mientras alargaba la mano y tocaba el cristal. Tan sólido como de costumbre. Lanzó un silbido de admiración—. ¿Cómo lo has hecho?

—Pensé que habías sido tú —repuso con una mueca de fastidio.

—¿Yo? —inquirió sorprendida; luego negó con la cabeza—. ¿Eso quiere decir que no tienes ni idea de dónde se encuentra tu reflejo ni de lo que ha pasado con él? Bueno, míralo por el lado positivo, ya no tendrás que ver tu fea cara todas las mañanas —le dijo mientras esbozaba una de esas sonrisas dulces que ponen las hermanas solo para fastidiar.

—¡Lyra! —le advirtió él.

—Está bien, está bien —repuso ella levantando las manos en son de paz—. Veamos. La cuestión es que tu reflejo ha desaparecido del espejo y quieres recuperarlo, aunque primero tendremos que saber qué ha pasado. Tú eres el alquimista. ¿Puede ser que el espejo haya sufrido una transmutación?

Malco sacudió la cabeza negando.

—Tu reflejo aparece, y también todo lo que hay en el baño. Una transmutación afecta a todo el objeto, no solo a una parte de él. Al cambiar su esencia, cambia el objeto completo. No creo que se trate de manipulación de la materia.

—¿Entonces qué puede haber sucedido? —preguntó Lyra volviendo a extender su mano hacia el espejo.

Le resultaba raro verse a sí misma, con su pelo largo suelto y alborotado y

sus ojos somnolientos, sintiendo a su lado la presencia de su hermano, pero sin poder verlo en el espejo.

—No lo sé, Lyra —dijo Malco—, pero voy a averiguarlo.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—Lo primero, darme una ducha —le respondió al tiempo que la empujaba fuera del cuarto de baño sin miramientos—; así que sal de aquí

—¡Eh, que ya se pasaron tus diez minutos!

Cerró la puerta e ignoró los golpes y las protestas. Se giró hacia el espejo. Resultaba curioso ver reflejado en él todas las cosas excepto su propio cuerpo. Cuanto más lo miraba, más se sentía como si le faltase una parte, como si estuviese incompleto. Estiró el brazo y comenzó a tantear la superficie. Lisa, sin irregularidades. Estaba fría, excepto en algunos puntos donde se notaba una suave tibieza, lo que le hizo pensar en una pérdida de masa molecular. Alguien había actuado sobre ella con algún tipo de magia, pero ¿cómo habían podido eliminar su reflejo?

Cuando terminó de vestirse en su habitación, y asegurándose de que Lyra había salido ya del cuarto de baño, decidió descolgar el espejo y trasladarlo a un laboratorio que sus padres le habían construido junto al garaje. No tenía ni idea de por dónde empezar a investigar el asunto. Su habilidad como alquimista servía de poco en este caso, y en su familia no había nadie con dotes adivinatorias.

—Supuse que estarías aquí.

Se giró sobresaltado al escuchar la voz de Lyra. Concentrado en el problema del espejo no se había percatado de su presencia. Venía acompañada por una chica alta y delgada, con largo cabello negro ondulado y unos ojos de color gris que le recordaron al mercurio líquido. No la había visto antes entre el grupo de amigas de su hermana.

—Hola —lo saludó ella.

Su voz era agradable; tenía un timbre suave y profundo.

Él no respondió inmediatamente. Apretó con más fuerza el espejo que custodiaba entre sus brazos mientras miraba como un tonto a la muchacha. No se consideraba tímido, pero le costaba un poco el trato con la gente y por ello prefería la soledad.

Lyra, viendo que su hermano no decía nada, suspiró resignada y se apresuró a hacer las presentaciones.

—Akara, este es mi hermano Malco —dijo—. Malco, esta es Akara. Estudia numerología, pero va mucho más avanzada que yo. He pensado que quizás podría ayudarnos a averiguar qué ha pasado con tu reflejo.

—¿Se lo has contado? —inquirió molesto mientras fulminaba a su hermana con la mirada y apoyaba el espejo contra una pared.

Akara trató de disculpar a su amiga

—Sí, aunque no le quedó más remedio —admitió mientras se acercaba despacio al espejo—. En cuanto la oí quise saber más, porque he escuchado ya de otros dos casos como el tuyo.

—¿De reflejos desaparecidos? —le preguntó con incredulidad.

Akara asintió.

—Así es, pero no conocía a los afectados personalmente y no pude ir a investigar qué podía haber sucedido, pero ahora...

Se encogió de hombros. Estiró la mano y tocó con cierta reverencia la superficie del espejo en el que podía contemplar su rostro, pero no el de Malco.

—¿De verdad crees que puedes averiguar algo? —quiso saber él.

—Bueno, no estoy segura —respondió volviéndose a mirarlo—, pero

puedo intentarlo.

Malco no pudo evitar sonreír ante su respuesta. Nunca le habían gustado las chicas que creían saberlo todo ni las que pensaban que nunca se equivocaban, porque probablemente se equivocaban en mucho de lo que creían saber.

—¿Cómo lo harás? —quiso saber.

Ella sonrió. Una sonrisa sincera que provocó que se le marcasen unos hoyuelos en las mejillas.

—Con la numerología —respondió.

Malco abrió los ojos asombrado y su hermana compuso esa cara de «ya te lo había dicho». Akara se echó a reír con una risa musical que a él le agradó.

—¿Es posible?

La muchacha se giró hacia el espejo y contempló su propia imagen pensativa.

—Ya sabes que existe una relación entre los números, los seres vivos y las fuerzas físicas o espirituales —le explicó.

—Sí —afirmó él—. Fue Pitágoras el primero que estableció una relación entre los planetas y su vibración numérica.

—Así es —convino ella—, y la llamó la música de las esferas. Todos los objetos, incluso nuestras mismas palabras, emiten un sonido que vibra en consonancia con la frecuencia de los números. Si tienes la melodía o armonía que producen, tendrás los números; y si tienes los números, podrás identificar el objeto, la persona o las palabras.

—Así que —intervino Lyra—, si descubrimos los sonidos que emite el espejo, podremos averiguar si algo o alguien actuó sobre él.

—Comprendo —les aseguró—. Muy bien, pues hagámoslo.

—He venido preparada —dijo Lyra con una amplia sonrisa mientras mostraba el maletín que llevaba en la mano.

Lo abrió y extrajo su violín.

Fabiola Arellano nació en Aguascalientes México, en 1979. Estudió Informática, aunque su verdadera pasión siempre ha sido escribir. Trabajó en la radio, en el departamento de creatividad, diseñando campañas publicitarias y haciendo guiones para comerciales. Más tarde fue asistente de producción de un programa matutino en *Televisa Aguascalientes*, y posteriormente estuvo en la comisión de filmaciones. Y fue allí donde una compañera y amiga le preguntó si alguna vez había pensado en escribir como profesión. Y a partir de ahí inició su carrera como escritora.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Fabiola Arellano © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-44-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial